

# Miradas sobre la Historia

---

Fragmentos de un recorrido

Cristina Viano

-editora-



**prohistoria**  
ediciones

*Miradas sobre la Historia* propone un recorrido por distintas formas de pensar y hacer Historia partiendo del mundo de entreguerras a través de la reflexión de Walter Benjamin y Antonio Gramsci. Se interna luego en un quehacer historiográfico que, desde diversificados intentos arremete contra las prescripciones sobre las cuales la Historia se fundó como una ciencia en el Siglo XIX.

Los retratos de la Historia Social, de los historiadores marxistas británicos, de la historia de las mujeres (y la problemática de género) y de la Historia Reciente completan esta obra que introduce al lector en problemáticas centrales de la historia de la historiografía.

ISBN 978-987-1855-27-8



9 789871 855278

**colección Universidad - 20**

■ **Cristina Viano** es historiadora. Docente e investigadora en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina, donde se desempeña como Profesora Titular en Problemática Histórica y como Profesora Adjunta en Historia de América III. Es Coordinadora del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Historia Oral y Social (CLIHOS) y Profesora en la Maestría La Sociedad y el Poder desde la Perspectiva de Género de la UNR. Ha publicado numerosos artículos en libros y revistas especializadas sobre temas de historia argentina reciente, mujeres y movimientos sociales y problemas teóricos metodológicos inherentes al desarrollo de la historia oral y la memoria social. En este año (2012) está finalizando la dirección de *Des-bordando los márgenes. El movimiento de mujeres en Argentina*.

# Miradas sobre la Historia

## Fragmentos de un recorrido

Cristina Viano  
-editora-



Rosario, 2012



Miradas sobre la Historia. Fragmentos de un recorrido / edición literaria a cargo de Cristina Viano. - 1a ed. - Rosario : Prohistoria Ediciones, 2012.  
148 p. ; 22x15 cm. - (Universidad; 20)

ISBN 978-987-1855-27-8

1. Historiografía. 2. Historia Oral. I. Viano, Cristina, ed. lit.  
CDD 907.2


Fecha de catalogación: 02/10/2012

colección Universidad - 20  
Composición y diseño: Georgina Guissani  
Edición: Prohistoria Ediciones  
Diseño de Tapa: Perdidos en el Fortín

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS  
HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Viano, Cristina

© de esta edición :  Prohistoria Ediciones

Tucumán 2253, (S2002JVA) – Rosario, Argentina

Email: prohistoriaediciones@gmail.com - prohistoriaediciones@yahoo.com.ar

Webstore: www.prohistoria.com.ar/ediciones - www.facebook.com/prohistoriaediciones

Descarga de índices y capítulos sin cargo: www.scribd.com/PROHISTORIA

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en Booverse, Buenos Aires, en el mes de noviembre de 2012.

Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-1855-27-8

## Índice

INTRODUCCIÓN	
Cristina Viano .....	9
<i>Una cita revolucionaria: Walter Benjamin y la historia de los vencidos</i>	
Débora Cerio .....	15
<i>El marxismo de Antonio Gramsci: diagnóstico, estrategia y conceptos para la sociedad occidental de entreguer- rras</i>	
Ángel Oliva .....	35
<i>Rompiendo tradiciones: la renovación historiográfica de la Historia Social</i>	
Mariana Bortolotti .....	55
<i>La historia social radical: el marxismo británico</i>	
Débora Cerio .....	73
<i>El Género de la Historia: aportes y desafíos para el estudio del pasado</i>	
Andrea Andújar .....	97
<i>Desarrollos, tramas y desafíos de la Historia Reciente</i>	
Cristina Viano .....	117
BIBLIOGRAFÍA .....	139

Miradas sobre la Historia. Fragmentos de un recorrido / edición literaria a cargo de Cristina Viano. - 1a ed. - Rosario : Prohistoria Ediciones, 2012.  
148 p. ; 22x15 cm. - (Universidad; 20)

ISBN 978-987-1855-27-8

1. Historiografía. 2. Historia Oral. I. Viano, Cristina, ed. lit.  
CDD 907.2


Fecha de catalogación: 02/10/2012

colección Universidad - 20  
Composición y diseño: Georgina Guissani  
Edición: Prohistoria Ediciones  
Diseño de Tapa: Perdidos en el Fortín

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS  
HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Viano, Cristina

© de esta edición :  Prohistoria Ediciones

Tucumán 2253, (S2002JVA) – Rosario, Argentina

Email: prohistoriaediciones@gmail.com - prohistoriaediciones@yahoo.com.ar

Webstore: www.prohistoria.com.ar/ediciones - www.facebook.com/prohistoriaediciones

Descarga de índices y capítulos sin cargo: www.scribd.com/PROHISTORIA

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en Booverse, Buenos Aires, en el mes de noviembre de 2012.

Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-1855-27-8

## Índice

INTRODUCCIÓN	
Cristina Viano .....	9
<i>Una cita revolucionaria: Walter Benjamin y la historia de los vencidos</i>	
Débora Cerio .....	15
<i>El marxismo de Antonio Gramsci: diagnóstico, estrategia y conceptos para la sociedad occidental de entregue- rras</i>	
Ángel Oliva .....	35
<i>Rompiendo tradiciones: la renovación historiográfica de la Historia Social</i>	
Mariana Bortolotti .....	55
<i>La historia social radical: el marxismo británico</i>	
Débora Cerio .....	73
<i>El Género de la Historia: aportes y desafíos para el estudio del pasado</i>	
Andrea Andújar .....	97
<i>Desarrollos, tramas y desafíos de la Historia Reciente</i>	
Cristina Viano .....	117
BIBLIOGRAFÍA .....	139

## INTRODUCCIÓN

“La lucha de clases que el historiador educado en Marx tiene siempre ante sus ojos es una lucha por las cosas rudas y materiales sin las cuales no hay las finas y espirituales. No obstante, estas últimas están presentes en la lucha de clases de otro modo que como la (mera) representación de un botín que le cae en suerte al vencedor. Están vivas en esta lucha como confianza, empedernimiento, valentía, humor, astucia y ejercen su eficacia remontándose en el tiempo. Una y otra vez pondrán en cuestión cada victoria que logren los dominadores. Tal como las flores vuelven su corola hacia el sol, así, en virtud de un heliotropismo de secreta especie, tiende a volverse lo sido hacia el sol que empieza a despuntar en el cielo de la historia. De esta la más inaparente de todas las transformaciones, tiene que estar enterado el materialista histórico.”

Walter Benjamin

**L**as y los lectores no encontrarán en *Miradas sobre la Historia* una compilación al modo en que se nos ofrecen una multiplicidad de emprendimientos cognitivos, es decir la reunión de dispares materiales amparados en una introducción común. Por el contrario, este libro es el resultado de una experiencia de trabajo colectiva desplegada en variados ámbitos y temporalidades y ha supuesto una elaboración que, si bien producto de voluntades (y manos) diferentes, posee un sentido de unidad que se desprende de una subyacente corriente de sensibilidades historiográficas y teóricas agitadas por similares preocupaciones.

La invocación al trabajo colectivo no constituye un lugar común; sino la ineludible referencia a que *Miradas* es principalmente el producto de un aprendizaje gestado al interior de una experiencia que se fue forjando desde los años de la recuperación democrática en la tarea docente en el seno de la universidad pública en las cátedras Problemática Histórica e Introducción a la Problemática Histórica de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario.

Se trata entonces de anudar varios propósitos en esta cita particular; recoger y sistematizar parte de esa experiencia en los precisos puntos de sus recorridos que, asumiendo centralidad en nuestros devenires, tanto investigativos como docentes, se constituyeran en un insumo, que a modo de señales de advertencia operaran en la tarea de introducir *miradas sobre la Historia* no sólo a nuestras y nuestros estudiantes sino a un público lector más amplio. Y el hacerlo al modo de *Fragments* supuso la decisión de aventurarnos por un recorrido que se encuentra distante tanto de constituir una reunión aleatoria o azarosa de autores y vertientes como de configurar una presentación sistemática.

Hemos escogido, del laberinto de posibilidades que hacen a las distintas formas de pensar y hacer historia, algunas *Miradas* que, alejadas de la pretensión de acumular evidencias que respalden la construcción de una filiación o el forzamiento de una genealogía, más bien sugieren unos recorridos que, forjados en tiempos de oscuridad, asociados a luchas políticas, a procesos de movilización social o en la resistencia cultural, trazan horizontes de sentido críticos, inconformistas o abiertamente subversivos.

El mundo de entreguerras y las incitaciones de época con sus consecuentes modulaciones teórico-políticas constituyen un primer escenario de *Miradas sobre la Historia*, que se despliega tanto a través de la reflexión sobre la historia (en los casos particulares de los abordajes de Walter Benjamín y Antonio Gramsci) como desde un específico quehacer historiográfico que a través de persistentes y diversificados intentos arremete contra las prescripciones sobre las cuales la Historia se fundó como una ciencia (primero del espíritu, luego humana, por último social) en el siglo XIX. La Historia Social en sus multiplicados despliegues temáticos e insinuaciones interpretativas se hace presente en todos y cada uno de los abordajes siguientes; ya sea en el retrato singular de un itinerario, en el abordaje de los historiadores marxistas británicos, en la historia de las mujeres (y la problemática de género) y en la historia reciente.

En el capítulo inicial, Débora Cerio nos introduce en el pensamiento de Walter Benjamin que, atravesado por su experiencia personal —en la forma del aislamiento académico, las dificultades económicas, la persecución y el exilio— conjuga las contradicciones de una época. Obra que, inclasificable por lo fragmentaria, por lo diversa y por haberse nutrido en fuentes heterogéneas y difícilmente conciliables, no prolonga ninguna de las tradiciones cuyas influencias recoge, aunque tampoco puede pensarse al margen de ellas.

Su trabajo recorre la trama sutil en la que los avatares de una existencia desplegada en tiempos que condenaron a muchos miembros de su generación al pesimismo, se tejen con la construcción de un relato emancipatorio en donde componentes selectivamente recuperados del romanticismo, el misticismo judío y el materialismo histórico se fundieron en el molde de una visión del mundo explosivamente cuestionadora. Asimismo, se interna en la textura de la concepción de la historia nacida de ese estallido, una mirada que, desde los bordes, desgarró las certidumbres de la tradición decimonónica, ofreciendo originales claves de interpretación para pensar la historia de los vencidos.

El objetivo de la contribución de Ángel Oliva es ubicar el pensamiento político de Antonio Gramsci en la trama de las grandes transformaciones en el estado y la sociedad capitalistas de la entreguerra europea. Intentar ubicarlo subsiguientemente en clave de una generación de pensadores, dirigentes y activistas marxistas que intentaron reformular los elementos constitutivos de la doctrina, a partir de un diagnóstico que reflejaba a manera de denuncia y debate, los síntomas de inercia política de los tradicionales partidos socialistas del siglo anterior frente a una marcada ofensiva de las fuerzas del capital contra el trabajo. Situarlo, en tercer lugar, como parte de un conjunto de debates estratégicos surgidos en el interior de la joven III Internacional a partir de los efectos prácticos y teóricos arrojados a occidente por la triunfante Revolución Rusa; y en el marco de la asunción por parte de estos nuevos dirigentes de las tesis leninistas.

Por último como resultado de esta contextualización mensurar los aportes conceptuales del dirigente comunista para con el conjunto de las ciencias sociales, y en especial para la disciplina histórica, teniendo en cuenta que su reflexión estratégica, no estuvo exenta de parámetros metodológicos para los estudios histórico sociales; de hecho podemos leer una suerte de anticipación del programa de la historia social marxista de los años posteriores —la *historia desde abajo*, el concepto de *experiencia* y en la renovación del concepto de *clase*—, así como un replanteo general de la relación entre estructura y superestructura. El marxismo de Gramsci arribó a la pregunta de cómo escribir la historia y lo hizo en base a otra pregunta más acotada, ¿de qué modo debemos escribir la historia de las clases subalternas? Reparó luego en que el cambio de perspectiva cambia la interpretación y el abordaje de la historia de todas las clases y no sólo de las clases subalternas.

Tomando como punto de partida la revisión crítica del proceso de profesionalización del oficio de historiador y el ingreso de la Historia al dominio de las ciencias de la mano de la Escuela Histórica alemana en el siglo XIX,

Mariana Bortolotti examina pormenorizadamente la arborescente renovación historiográfica que comportó la emergencia y desarrollo de la Historia Social. Subraya que bajo su amparo se nuclearon distintas propuestas que compartían un clima opositor y buscaban por una vía científica rescatar lo reprimido por la historia general y sostenían, con frecuencia, una mirada crítica respecto a las condiciones de vida de las mayorías.

Así fueron asignando a *lo social* contenidos y significaciones diversas. Una historia social entendida como historia de las clases populares y de los movimientos de pobres y trabajadores se dedicaba, puntualmente, a la historia de las ideas y organizaciones obreras y socialistas. Otra vertiente albergaba bajo la misma denominación todas las actividades humanas que se desenvuelven en el plano de lo cotidiano, las “maneras” o “costumbres”, sin dirigir la mirada específicamente a las clases populares sino a la vida cotidiana del colectivo social. Una última acepción que combinaba lo social con lo económico, denominándose historia económica y social se caracterizó por el predominio analítico del primer término. En suma se puede vislumbrar a través del texto como desde un común punto de partida —el carácter reactivo frente al paradigma historicista— y con la pretensión de presentar “la cara humana del pasado” situando a los sectores populares en el rol protagonista, la tarea de definir qué implica efectivamente hacer historia social, qué tipo de conocimiento construye y con qué instrumental teórico trabaja continúa siendo, hasta nuestros días, una cuestión controversial.

En su abordaje de los historiadores marxistas británicos, Débora Cerio señala que en las distintas vertientes de la naciente historia social se otorgaba carta de ciudadanía a actores antes invisibilizados y que conforme se multiplicaban los materiales que podían considerarse huellas de lo pretérito se colocaban otro tipo de procesos bajo análisis. Pero que, no obstante tributar en esa dirección la tradición historiográfica marxista inglesa imprimió a los estudios sobre «los de abajo» una tonalidad singular, al proponerse rescatar la dimensión política de las experiencias de los hombres comunes y, en consecuencia, las dinámicas de dominación / subordinación, lucha / adaptación que configurarían el entramado de las relaciones colectivamente entabladas por éstos.

Su escrito examina el trayecto vital de esa vertiente —desde su originaria confluencia en el grupo de historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña hasta la disolución del mismo— inscribiéndola en el devenir de una época que resignificó los sentidos de la política asumiendo el cuestionamiento de las lecturas dogmáticas de la letra marxista. A partir del análisis de los aportes historiográficos y teóricos de algunos de sus representantes, el texto da cuenta

de este modo de la articulación entre investigación empírica y formulación conceptual que constituye lo central de su contribución colectiva.

A modo de expresión de una tradición de nuestro equipo, que a lo largo de los años sostuvo diálogos y recibió la generosa colaboración de un conjunto de especialistas con quienes compartíamos preocupaciones que nos recorrían medularmente, incluimos en *Miradas* el artículo de Andrea Andújar *El Género de la Historia: aportes y desafíos para el estudio del pasado*. Su texto nos propone un recorrido analítico del desarrollo del campo historiográfico conocido como Historia de las Mujeres, examinando en primer lugar, el contexto de su surgimiento y sus principales debates conceptuales y propuestas metodológicas. Se detiene en los desafíos que la misma abrió al colocar a las mujeres como objeto de estudio de la Historia, despejando la biología en su constitución en tanto sujeto social e incluyendo en la investigación y revisión del pasado las relaciones entre ellas y los varones. Luego, ahonda en las formulaciones teóricas e interpretativas propiciadas dentro de este campo, enfocándose fundamentalmente en la construcción del concepto de género. Se ocupa centralmente de explorar cómo este último, interactuando con otras categorías —como la de clase social—, ilumina novedosos temas y problemas historiográficos, renueva la metodología de investigación y el abordaje de las fuentes que sostienen el conocimiento histórico y brinda claves para comprender de manera más compleja el pasado.

Finalmente, nuestra propia contribución se interna en los desarrollos, las tramas y los desafíos que enfrentó y enfrenta un campo de trabajo que ha agitado sostenidamente el paisaje historiográfico de distintas latitudes en las últimas décadas; el de la Historia Reciente. Aun asumiendo que los debates por la nominación, la delimitación temporal y el estatuto epistemológico están lejos de haberse agotado, acercamos algunas claves analíticas que nos aproximan a una modalidad de historización que se halla investida por la relación de contemporaneidad entre los procesos y problemas que se investigan y el acto de investigar, o para señalarlo con difundidas fórmulas que “se historiza el pasado vivo” o que se escribe “la historia del mundo en que vivimos”.

Subrayamos que la Historia Reciente se ha desarrollado estimulada profundamente por la Memoria como fenómeno distintivo de las sociedades contemporáneas y de alta significación de la vida social, la cultura y la política. Reconociendo que la Memoria ha empujado a nuestra disciplina más allá de los límites establecidos, al tiempo que se ha convertido en un tema central de la Historia Reciente, apuntamos algunas reflexiones sobre las competencias específicas de una y otra, habida cuenta de que esa marca filiatoria inscrita en

los orígenes y encarnada en las figuras de Mnemosine y Clío reclama ser repensada a la luz de los procesos contemporáneos. Asimismo reparamos en los desarrollos de una Historia Oral que, con sus testigos y sus testimonios se ha vinculado íntimamente con la Historia Reciente. El texto se cierra con algunas miradas (no sistemáticas) sobre los avatares que este dinámico y expansivo campo ha atravesado en el seno de la historiografía argentina.

Cristina Viano

## Una cita revolucionaria Walter Benjamin y la historia de los vencidos

DÉBORA CERIO

“Me dicen que, adelantándote a los verdugos, has levantado la mano contra ti mismo. Ocho años desterrado, observando el ascenso del enemigo, empujado finalmente a una frontera incruzable, has cruzado, me dicen, otra que sí es cruzable. Imperios se derrumban. Los jefes de pandilla se pasean como hombres de estado. Los pueblos se han vuelto invisibles bajo sus armamentos. Así el futuro está en tinieblas, y débiles las fuerzas del bien. Tú veías todo esto cuando destruiste el cuerpo destinado a la tortura.”

Bertolt Brecht (1940)

**“No existe un documento de la cultura que no lo sea a la vez de la barbarie”**

**Los avatares de una biografía en tiempos de oscuridad**

**26** de septiembre de 1940. Arrinconado y exhausto por una marcha cuyo porvenir había sido incierto desde el comienzo, Walter Benjamin ponía fin a una vida que dos hechos revelan como destellos. El primero, haber desoído hasta que ya fue demasiado tarde los desesperados llamados de sus amigos para que huyera cuanto antes del fascismo: compenetrado en el trabajo de archivos que estaba realizando en la Biblioteca Nacional, aceptó abandonar París recién en junio de ese año, en uno de los últimos trenes que llevaron refugiados fuera de la ciudad.<sup>1</sup> Por intermedio de Theodor Adorno y Max Horkheimer, establecidos tiempo atrás en los Estados Unidos, obtuvo en Marsella una visa de ese país. Con unos pocos conocidos, se proponía alcanzar en Lisboa el barco que habría de sacarlos de Europa. Para

<sup>1</sup> Durante la segunda guerra mundial, la derrota de los Aliados en la batalla de Francia (mayo-junio de 1940), derivó en la ocupación del norte y el oeste de Francia por el Ejército alemán. El sur quedó al mando de un gobierno francés colaboracionista, conocido como “régimen de Vichy” porque en esa ciudad tenía su sede.

evitar los controles, caminarían desde Port-Vendres hasta Port-Bou, un pequeño pueblo situado en la frontera con España. Lograron atravesarla el 25 de septiembre. Pero allí la policía no les permitió continuar porque carecían del permiso francés para salir del país. Los autorizaron a quedarse en un albergue del pueblo para ser devueltos al día siguiente a la policía del régimen de Vichy y, por lo tanto, a la Gestapo. Benjamin, que guardaba en su memoria los tres meses durante los que, privado de ciudadanía por el régimen nazi, había permanecido en el Camp de Vernuche, consumió esa misma noche una dosis letal de morfina. De forma elocuente, durante un trayecto a pie que para su debilitada salud resultaba hartamente penoso, se negó terminantemente a separarse de una valija repleta de papeles que entorpecía aún más su agobiado paso. “Lo principal –decía– es salvar el manuscrito. Es más importante que mi propia persona.”

Fulguraciones que, como intervenciones temerarias de un naufrago que busca lanzar el pedido de auxilio más potente desde lo alto del mástil de un barco que se está yendo a pique, iluminan el rastro de un itinerario reflexivo marginal y perturbador. Port Bou, el minúsculo reducto de su último pasaje, podría pensarse como símbolo de un gesto filosófico que ha dislocado las certidumbres de distintas ortodoxias, instalando su pensamiento en los intersticios de las cosmovisiones contemporáneas. Pensamiento inclasificable, en primer lugar por las características de una obra fragmentaria y diversa tanto por su forma –desde el ensayo y la monografía hasta las memorias, pasando por los procedimientos más experimentales del montaje y la cita– como por haberse aplicado sobre campos del saber múltiples –la literatura, la teoría del lenguaje, la crítica de arte, la filosofía, la historia– sin producir nada parecido a un sistema. Inclasificable, también, porque no puede ubicarse como continuación de ninguna de las tradiciones cuyas influencias recoge. Decía Adorno que Benjamin se encontraba “al costado de todas las corrientes”. Enfatizando otra de las cualidades que lo definen de modo no menos crucial, para Michael Löwy, se halla también “en el cruce de todos los caminos”. Insertándose en una tradición genuinamente crítica, la actitud que signó la construcción de su relato emancipatorio fue una búsqueda en torno a fuentes heterogéneas y difícilmente conciliables.

Las intenciones políticas de su letra no son, sin embargo, legibles de modo transparente en un discurso que nunca se sostuvo en la práctica militante. Nutrido en una experiencia vital en la que se entraman su pertenencia sociocultural con el más tardío encuentro con el marxismo, su concepción de la revolución fundió componentes selectivamente recuperados del romanticis-

mo, el misticismo judío y el materialismo histórico en el molde de una visión del mundo que abrevó en ellos para subvertirlos. Buena parte de la originalidad de su pensamiento reside precisamente en el intento de establecer un vínculo entre posiciones antagónicas. El carácter disruptivo de su concepción de la historia debe buscarse, pues, en el estallido producido por ese choque.

Walter Benjamin nació en Berlín en 1892, en el seno de una familia de origen judío. De acomodada posición económica, sus padres le aseguraron sustento hasta bien entrada la juventud. Estudió filosofía en las universidades de Berlín, Freiburg y Munich y en 1919, con una tesis sobre *El concepto de crítica del arte en el romanticismo alemán*, obtuvo su doctorado en la Universidad de Berna. En 1925, la Universidad de Frankfurt rechazó su *habilitationsschrift*, la disertación por medio de la cual los aspirantes a una plaza docente defienden ante un tribunal un trabajo de investigación. Que del estudio en cuestión, *El origen del drama barroco alemán*, los evaluadores no hayan comprendido, según ellos mismos reconocieron, una sola palabra, es el dato que completa un cuadro ciertamente desfavorable: judío en un medio antisemita, graduado en Suiza y sin tutores reconocidos, fue un outsider también en el medio universitario. Al emprender la habilitación sólo estaba intentando proporcionar a sus padres una muestra de reconocimiento público.

Cerrado el camino a una carrera académica, Benjamin –junto a su esposa, Dora Kellner, de quien se divorciaría en 1928, y su hijo, Stefan– pudo subsistir a duras penas gracias a la publicación de sus artículos en diversos medios hasta que el ascenso del nazismo lo obligó a emigrar. Por esos difíciles años afianzó una relación no siempre libre de conflictos con el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Frankfurt, ya en el exilio, lo cual le permitió, aunque también precariamente y contando con la colaboración de otros amigos, mantenerse durante un periplo que desde 1932 lo llevó a permanecer alternativamente en Ibiza, Svendborg, Niza y San Remo, con base en París, donde experimentaría con su intención filosófica más ambiciosa: una exploración de los avatares de la formación cultural del siglo XIX a partir del despliegue de su mundo objetual, el inacabado *Proyecto de los Pasajes* (1927-1940),<sup>2</sup> cuyo devenir ha definido el peso específico de todo lo producido en el ciclo parisino con la dimensión de lo histórico. Pieza ineludible de esa arquitectura intelectual y documento capital del siglo XX, las “tesis” *Sobre el concepto de*

2 BENJAMIN, Walter *Libro de los Pasajes*, Ediciones Akal, Madrid, 2005. En adelante en el cuerpo del texto: [LP, convoluto, pág.]

*Historia* (1940)<sup>3</sup> cristalizan a la vez esa confluencia de tradiciones que es la marca indeleble de su obra y la coyuntura trágica que las vio nacer.

#### **“La chance de una solución enteramente nueva”**

##### **La inspiración benjaminiana entre el mesianismo y la revolución**

Aún si el sesgo de ese último tramo de su recorrido es fuertemente historio-gráfico, la impronta de esta preocupación que, al decir de Stéphane Mosès, constituye la unidad secreta de una obra dispersa y multiforme, habita su pensamiento desde sus formulaciones iniciales. Firmemente arraigada a lo largo de las distintas estancias de su reflexión, la meditación sobre la historia des-punta en unos primeros escritos que, alimentados de intuiciones teológicas, exhiben la influencia de las ideas del romanticismo, un estilo de pensamiento que, desde fines del siglo XVIII, se ha definido por la impugnación del modo de vida característico de la civilización moderna en defensa de valores e ideales del pasado. Los puntos de vista sobre el problema de su eventual superación, empero, pueden agruparse en torno a tendencias que incluso se hallan en conflicto, entre las que propugnan una restauración de lo que se ha perdido o la conservación de un estado tradicional, los programas de reforma y las que suponen planteos de tipo revolucionario.<sup>4</sup> En Benjamin, el cuestionamiento del presente entronca con una aspiración humanista y libertaria cuya mirada nostálgica contiene la esperanza de un porvenir radicalmente nuevo.

Desde estas coordenadas, adquirió temprana visibilidad un motivo que se ubicaría como línea de fuerza de su concepción de la historia: la percepción crítica de la ideología del progreso en nombre de una utopía cuya realización se juega en la apertura del pasado. Porque el blanco de su embestida nunca fue el progreso en sí mismo sino el dogma que lo instauro como locus de la felicidad (futura), una estación en donde las víctimas de su imparable marcha son relegadas como accidentes marginales. Poniendo el foco en los proyectos frustrados por ese avance, la lente benjaminiana no se fija en el pasado como un todo, cual si representara un tiempo pleno de virtudes; procura, más bien, inmovilizar todo lo que en él ha significado una ruptura de la continuidad:

3 BENJAMIN, Walter “Sobre el concepto de historia”, en: Oyarzún Robles, Pablo, *La diálectica en suspenso. Fragmentos sobre historia*, Universidad ARCIS y LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1995. En adelante en el cuerpo del texto: [número de Tesis]

4 LÖWY, Michael y SAYRE, Robert *Rebelión y melancolía. El romanticismo como contracorriente de la modernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2008, p. 27 y ss.

“Hay una concepción de la historia que, confiando en la infinitud del tiempo, sólo distingue el tempo de los hombres y las épocas, que avanzan rápida o lentamente por las vías del progreso. (...) El punto de vista que adoptaremos a continuación, en cambio, sólo abarca un determinado estado de cosas en el cual la historia se halla concentrada en un único foco, tal como en las imágenes utópicas de los pensadores de todos los tiempos. Los elementos del resultado final no aparecen en ella bajo la forma de una amorfa tendencia hacia el progreso, sino que se encuentran profundamente implantados en el presente, aunque bajo la forma de creaciones e ideas perseguidas, desacreditadas y ridiculizadas. Dar al estado inmanente de perfección la forma pura de lo absoluto, hacerlo visible y soberano en el presente, he aquí la misión de la historia. Pero tal estado no se deja atrapar por medio de una exposición pragmática de detalles (instituciones, costumbres, etc.); por el contrario, se sustrae a ella. Sólo se lo puede aprehender en su estructura metafísica, como en el caso del Reino mesiánico o la idea de la Revolución Francesa.”<sup>5</sup>

Benjamin estaba mirando el mundo desde el prisma de una tradición religiosa que interpreta la curva de la historia humana entre la caída y la redención, pero el modelo que expresa el deseo de cambio es a la vez teológico y político, toda vez que la realización del reino mesiánico supone el rescate, en el terreno interpretativo, de unas esperanzas que han sido derrotadas. Empresa cuya consumación no gravita en torno al rastreo de los procesos históricos en su evolución sino a la evocación, bajo la forma de imágenes, de los elementos utópicos contenidos en ciertos núcleos de lo acaecido. Condensando muchos de los conceptos que desenvolverá en los años posteriores, este breve pasaje prefigura la interrupción fugaz que su penetración histórica produciría en el derrotero de un campo del saber fuertemente influido por el paradigma de las ciencias físico-naturales. El fragmento expone así, no simplemente una precoz percepción superada con la maduración de su pensamiento sino el origen de una serie de ideas que adquirirán una nueva dimensión tras el repliegue desde esta fase fuertemente marcada por la teología.

5 BENJAMIN, Walter “La vida de los estudiantes” (1915), en: *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989, p. 49.



Así, cuando en los primeros '20 comenzara a reflexionar sobre cuestiones que hasta entonces habían permanecido fuera de su campo de visibilidad, estimulado en parte por sus nuevos vínculos con intelectuales marxistas —entre otros, Ernest Bloch y Theodor Adorno pero, sobre todo, Asja Lacis<sup>6</sup> y Bertolt Brecht—, el materialismo histórico se convertiría en uno de los componentes clave de su concepción de la historia y la política mediante el para nada sencillo ejercicio de la interpolación del texto marxiano en un entramado hecho de piezas con las que esa tradición tenía vínculos problemáticos, la religión en primer lugar.

Por otra parte, y especialmente como inspiración para el reconocimiento de las calamidades sociales contenidas en cada paso del progreso económico capitalista, pueden advertirse ecos de la influencia romántica en un tejido conceptual al que sus propios autores han considerado deudor también de la obra literaria de Honoré de Balzac, Charles Dickens, Charlotte Brontë, Elizabeth Gaskell, “la espléndida fraternidad actual de escritores de ficción en Inglaterra, cuyas páginas elocuentes y vivaces aportaron al mundo más verdades sociales y políticas que todos los políticos, publicistas y moralistas profesionales juntos”<sup>7</sup>. Una lectura —plantan Löwy y Sayre— que se apropia de algunas de sus objeciones a la dinámica industrializadora, rechazando sus valores éticos y socioculturales precapitalistas. El *Manifiesto Comunista* es, en este sentido, acabada expresión de la lucidez con que fueron capaces de captar el carácter simultáneamente liberador y opresor del capitalismo en una única visión crítica. Sin embargo, su resonancia es ambigua en un corpus textual que, en la frontera más nítidamente hegeliana de aquellas por la que discurrió el pensamiento de Marx y Engels, no deja de hacer ostensible una fascinación por la lógica progresista que, por lo demás, explica la diversidad de marxismos que se disputaron la herencia tras la muerte de los fundadores. Los artículos sobre la dominación británica en India, la intervención de Estados Unidos en México o la figura de Simón Bolívar son las referencias usuales de la línea que atiende principalmente al papel históricamente positivo jugado por el capitalismo, en virtud del grado de desarrollo de las fuerzas productivas que ha permitido alcanzar y la universalización de su modo de producción.

El singularmente heterodoxo cruce entre mesianismo y revolución que ilumina la mirada de Walter Benjamin se deshace de estas tensiones —lo cual la

6 Actriz, directora de teatro y militante comunista letona, Benjamin estuvo sentimentalmente vinculado a ella a comienzos de los años '20.

7 MARX, Karl y ENGELS, Friederich, *Sobre arte y literatura*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1968. Citado en: LÖWY y SAYRE, Op. Cit, p. 106.

libera además de la tentación exegética tan cara a lo más dogmático del marxismo— asumiendo ese legado de forma limitada y, mediante la articulación de aquella otra vía, inaugura una concepción de la historia de la cual permanece como único exponente.

### “Cada época sueña la siguiente”

#### Los Pasajes de París y el despertar de la conciencia

La indiscutible significación que el texto *Sobre el concepto de historia* se reserva al interior del corpus que Benjamin escribió en París no puede escindirse de la labor que lo ocupó desde sus primeros contactos con la capital francesa hasta el final de sus días: el *Proyecto de los Pasajes*, una denominación que hace referencia a las enormes construcciones de hierro y cristal que caracterizan el paisaje parisino desde las décadas iniciales del siglo XIX y constituyen, desde su perspectiva, el símbolo de la modernidad naciente.

La leyenda sugiere que la cartera que tan celosamente protegiera al salir de Francia, a la sazón desaparecida después de su muerte, contenía el borrador del libro, aunque lo más probable es que lo que hoy conocemos como fondo documental organizado temáticamente sea la secuela de una tentativa inconclusa, preservada de la furia destructiva del nazismo gracias al entonces director de la Biblioteca Nacional y amigo de Benjamin, Georges Bataille. Y aunque el inicio del proyecto data de 1927 —cuando por primera vez se refirió a él como el ensayo *Pasajes de París: un cuento de hadas dialéctico*—, el esquema definitivo de la obra empezaría a delinearse a partir de 1929, tras algunas discusiones con Adorno y Horkheimer y por el decisivo impulso que éstos le proporcionaron para la lectura de *El capital* y otros escritos de Marx. Comenzó a trabajar intensivamente en éste después de 1933, exponiendo alrededor de esos años sus fundamentos en un ensayo titulado *París, capital del siglo XIX*.

Como si fuera un mundo en miniatura —piensa—, París cristaliza el devenir del capitalismo industrial, permitiendo desplegar los mecanismos que estructuran un período en que la conciencia colectiva se fue adormeciendo en un sueño cada vez más profundo: el de la circulación y el fetichismo de la mercancía. En tanto espacio en el que se comercian objetos de lujo, los pasajes representan el modo en que la masa experimenta ese universo y por ello, de manera simultánea, un interior, apartado de la agitación urbana, y un exterior, en la medida en que esos productos resultan por completo inaccesibles para los individuos comunes que los recorren en sus horas de esparcimiento, muchos de ellos trabajadores fabriles que han dedicado su jornada laboral a producir lo

que allí no pueden siquiera tocar. Tránsito frenético y constante que les impide el goce, esta es la cautivadora pesadilla de la modernidad. Ingresar en esas galerías es, por tanto, adentrarse en el “colectivo onírico”. Y es precisamente esto lo que Benjamin quiso mostrar a través de la arquitectura y la política, de la moda y la publicidad, de las exposiciones universales y la cultura, mediante una minuciosa descripción de fragmentos capaces de plasmar el cuadro de la vida urbana en la París decimonónica: su morfología, edificaciones, personajes, consumos, modos de vida, pensamientos, mitos.

Si es seguro que el interés por atravesar las encrucijadas de la historia social del capitalismo fue suscitado por el acercamiento al materialismo histórico, la proposición debe ubicarse en la textura singular de la deriva benjaminiana. En los confines de un marxismo que desde territorios geográfica, política y teóricamente dispersos, se quitaba de encima el polvo del economismo bajo el que lo habían sepultado la socialdemocracia y el stalinismo, la superestructura a cuyo pormenorizado análisis se ha consagrado no se revela sin más como reflejo de lo económico:

“Pues la cuestión es: si la base determina en cierto modo la superestructura en cuanto a lo que se puede pensar y experimentar, pero esta determinación no es la del simple reflejo, ¿cómo entonces —prescindiendo por completo de la pregunta por la causa de su formación— hay que caracterizar esta determinación? Como su expresión. La superestructura es la expresión de la base. Las condiciones económicas bajo las que existe la sociedad alcanzan expresión en la superestructura; es lo mismo que el que se duerme con el estómago demasiado lleno: su estómago encontrará su expresión en el contenido de lo soñado, pero no su reflejo, aunque el estómago pueda “condicionar” causalmente este contenido. El colectivo expresa por lo pronto sus condiciones de vida. Ellas encuentran su expresión en los sueños y en el despertar su interpretación.” [LP, K 2, 5, pág. 397]

Una lectura causal del vínculo presupondría la descomposición de la realidad en dos niveles ontológicamente distintos. Pero la praxis no puede escindirse: el hombre no efectúa primero una actividad productiva para luego transponerla y desarrollar una superestructura, y entonces pensar, participar en política, hacer literatura, etcétera. El ser genérico del hombre está íntegramente presente en el modo en que produce su vida material y por eso la única relación

que Benjamin admite entre ambos términos es la de identidad; suprimiendo radicalmente esa división que ha sido la causa de la distorsión y desnaturalización del marxismo, percibe la realidad histórica concreta no como la suma de una estructura y una superestructura sino como una unidad inmediata que se concreta en la praxis. Así, su recorrido por las vicisitudes de una formación cultural entraña también el discernimiento del proceso económico al cual ésta expresa:

“Se trata, en otras palabras, de intentar captar un proceso económico como visible fenómeno originario de donde proceden todas las manifestaciones de la vida de los pasajes (y con ello del siglo XIX).” [LP, N1 a, 6, pág. 462]

En la trama conceptual que circunscribe esta preocupación, se enlazan además otras influencias, desde el antiguo estímulo teológico-mesiánico, hasta la más reciente impronta surrealista que inspiraría la comparación entre la actividad inconsciente de un colectivo que sueña y el capitalismo, una representación que proponía para quitar de la época el carácter de lo cerrado. Porque a la configuración de ese modo de producción —sus medios de producción y formas de vida y la precisa función que éstos tienen en el orden social— le corresponden en la conciencia colectiva, imágenes en las que lo nuevo se entrelaza con lo antiguo y que constituyen expresiones del deseo colectivo de superar y transfigurar sus carencias:

“En el sueño en el que, en imágenes, surge ante cada época la siguiente, esta última aparece ligada a elementos de la prehistoria, esto es, de una sociedad sin clases. Sociedad cuyas experiencias, que tienen su depósito en el inconsciente del colectivo, producen, al entremezclarse con lo nuevo, la utopía, que ha dejado su huella en miles de configuraciones de la vida, desde las construcciones permanentes hasta la moda fugaz.” [LP, “París, capital del siglo XIX”, pág. 39]

Por eso, la “salida auténtica” del hechizo de una época “tiene la estructura del despertar” [LP, G 1, 7, pág. 193], esto es, implica la superación del pasado en su preservación. Noción ésta que alumbra una idea del tiempo histórico según la cual todo presente es sincrónico con determinados momentos del pasado, que a su vez sólo se vuelven legibles cuando la humanidad reconoce esa imagen onírica en cuanto tal. “Es en este instante que el historiador emprende con ella la tarea de la interpretación de los sueños.” [LP, N 4, 1, pág. 466]. El res-

cate de las energías explosivas contenidas en la historia deviene así, al tiempo que objetivo político primordial, estrategia para su comprensión y exposición.

No es irrelevante en este sentido que, simultáneamente a las primeras notas sobre el proyecto, Benjamin registrara extensamente sus sueños. Ni que por entonces comenzara a experimentar con sustancias psicoactivas. Porque para él, “el sueño y la embriaguez abrían un terreno de experiencias en el que el yo aún se comunicaba de manera mimético corporal con las cosas.”<sup>8</sup> Su énfasis en la singularidad y lo pequeño está, así, atravesado por la intención cognoscitiva de preservar un contacto directo con el objeto. Lo que se precisa no son datos muertos o conceptos abstractos sino un “saber sentido”, capaz de apoderarse de lo conocido como de algo experimentado, *vivido*:

“No tengo nada que decir. Sólo que mostrar. No hurtaré nada valioso, ni me apropiaré de ninguna formulación profunda. Pero los harapos, los desechos, esos no los quiero inventariar, sino dejarles alcanzar su derecho de la única manera posible: empleándolos.” [LP, N 1a, 8, pág. 462]

Así, trabajó durante trece años en la exhumación de cientos de piezas documentales que, junto con sus anotaciones, iba disponiendo en carpetas según diferentes categorías.<sup>9</sup> Y aunque sea difícil discernir cómo pensaba ensamblarlos, algo resulta claro: su pretensión no era aludir en abstracto al particular indagado sino, por el contrario, “unir el material y la teoría, la cita y la interpretación, en una nueva constelación más allá de toda forma corriente de

8 TIEDEMANN, Rolf “Introducción”, en *Libro de los pasajes*, cit., p. 14-15.

9 Lo que se ha editado como *Libro de los Pasajes* recopila las notas de trabajo de Benjamin, los esbozos iniciales del proyecto, dos ensayos-resumen y la correspondencia en la que se hace referencia al texto, más el acervo documental relevado en torno a las siguientes categorías, según los nombres con los que identificó las carpetas en las que iba ordenando el material: A. Pasajes, almacenes de novedades, dependientes; B. Moda; C. París arcaico, catacumbas, demoliciones, ocaso de París; D. El tedio, eterno retorno; E. Hausmannización, lucha de barricadas; F. Construcción en hierro; G. Exposiciones, publicidad, Grandville; H. El coleccionista; I. El interior, la huella; J. Baudelaire; K. Ciudad y arquitectura oníricas, ensoñaciones utópicas, nihilismo antropológico, Jung; L. Arquitectura onírica, museo, termas; M. El *flâneur*; N. Teoría del conocimiento, teoría del progreso; O. Prostitución, juego; P. Las calles de París; Q. Panorama; R. Espejos; S. Pintura, *Jugendstil*, novedad; T. Sistemas de iluminación; U. Saint-Simon, ferrocarriles; V. Conspiraciones, camaradería; W. Fourier; X. Marx; Y. La fotografía; Z. El muñeco, el autómata; a. Movimiento social; b. Daumier; d. Historia de la literatura, Hugo; g. La Bolsa, Historia económica; i. Técnica de la reproducción, litografía; k. La Comuna; l. El Sena, el París más antiguo; m. Ociosidad; p. Materialismo antropológico, Historia de las sectas; r. La escuela Politécnica.

exposición”,<sup>10</sup> respondiendo a la indicación metodológica de “retomar para la historia el principio del montaje” [LP, N 2, 6, pág. 463].

En esta clave, el mundo de lo concreto no desaparece de su elaboración teórica ni se muestra como un residuo en medio de la reflexión abstracta: forma parte, al contrario, del mismo movimiento de su pensar. Y específicamente en referencia a los objetos, núcleo de la construcción del *Proyecto de los Pasajes* y cimiento de su estrategia narrativa, Benjamin cree que acumulan capas de significado en las que ha ido quedando guardada la memoria de las acciones: las de quienes los concibieron y las de quienes les dieron uso. Ubicándolas como huellas concretas y tangibles que lo invitan a detenerse y a leer atentamente sus rasgos para desvelar la vida que ellas contienen, el gesto benjaminiano cultiva un sutil empirismo que piensa la esencia en las cosas mismas y no tras o sobre ellas: un modo de captación situada de lo real que representa lo general en lo particular. Hay una cualidad distintiva de la estructuración de su pensamiento en el origen de esta teoría del conocimiento; como escribió Hannah Arendt, “Benjamin pensaba poéticamente”.<sup>11</sup> Porque si bien es cierto que la interpretación histórica y la postulación filosófica se guían por principios diferentes, ambos tipos de registro aparecen conectados en su obra mediante el recurso a la imagen, opción expresiva eminentemente poética que le permite articular las elaboraciones desarrolladas en cada uno de esos niveles sin el riesgo de la simple yuxtaposición de hechos y conceptos.

### “Una revolución copernicana”

#### La concepción de la historia

La construcción de la que el *Proyecto de los Pasajes* da cuenta es una referencia ineludible para comprender la concepción propuesta en las denominadas *Tesis*, dieciocho formulaciones situadas a mitad de camino entre la poesía, el aforismo y la argumentación que, precisamente porque vieron la luz como consecuencia de ese impulso historiográfico, no pueden considerarse la enunciación de un proceder especulativo. Es la propia denominación del escrito, por otra parte apócrifa, lo que contribuye a solidificar la impresión de que lo que en él se construye es otra versión de la filosofía de la historia, cuando lo que en realidad pretende es desgarrar ese campo discursivo que se erige como

10 TIEDEMANN, Rolf “Introducción”, cit., p. 11.

11 ARENDT, Hannah “Introducción a Walter Benjamin. 1892-1940”, en BENJAMIN, Walter *Conceptos de filosofía de la historia*, Terramar Ediciones, Buenos Aires, 2007, p. 10.

el principal obstáculo filosófico y político para la liberación de las inmensas fuerzas que anidan en el corazón del presente.

### I. La crítica de la ideología del progreso

Cuestionamiento radical, ante todo, del modelo teleológico que en la forma de una Razón inmanente ha caracterizado al pensamiento histórico occidental desde la Ilustración, naturalizando durante el siglo XIX la percepción del tiempo como vector de un progreso continuo que conducirá a la humanidad hacia su realización final. Una idea que, mediante la secularización de la visión cristiana, ha atravesado construcciones filosóficas irreductibles: el historicismo, el positivismo e incluso, allí donde éste más se deja cautivar por la teodicea racionalista de la dialéctica hegeliana, el marxismo. Pues aunque ella aloja la negatividad en el núcleo mismo del proceso histórico, también proclama el triunfo de lo positivo como el momento en que éste adquiere su sentido. En resuelta oposición a una mirada que, por conocer la meta hacia la cual tiende la historia, termina por justificar todos los sucesos a través de los que esta finalidad confronta con el curso del mundo, la de Benjamin está teñida por el dolor que acarrea la observación de los estragos producidos en este devenir:

“Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. En él está representado un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que mira atónitamente. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, abierta su boca, las alas tendidas. El ángel de la historia ha de tener ese aspecto. Tiene el rostro vuelto hacia el pasado. En lo que a nosotros nos aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una sola catástrofe que incesantemente apila ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. Bien quisiera demorarse, despertar a los muertos y volver a juntar lo destrozado. Pero una tempestad sopla desde el Paraíso, que se ha enredado en sus alas y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al que vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Esta tempestad es lo que llamamos progreso.” [Tesis IX]

Quizás el más visitado paso de las “tesis”, el célebre comentario a la acuarela del pintor suizo constituye una alegoría sobre los costos humanos y sociales del progreso, las ruinas y los cadáveres que sus defensores sólo perciben como una cadena de acontecimientos en el ineluctable movimiento hacia lo mejor.

La intuición crítica que delinea en los escritos cronológicamente cercanos al estallido de la primera guerra, se despliega ahora impulsada por la fuerza de la evidencia consumada: la indecible realidad del sufrimiento provocado por ese cataclismo es la confirmación de la imposibilidad de pensarlo (a éste y a las otras muchas calamidades que se han abatido sobre los hombres desde tiempos inmemoriales) como uno más de los episodios que confieren una dirección a la historia. En primer lugar porque no hay tal dirección: Benjamin impugna de plano esa concepción de un futuro determinado por el pasado —y por lo tanto, previsible— que cruza visiones del mundo absolutamente irreconciliables. Por lo que tiene de profundamente corruptora para la perspectiva revolucionaria, su invectiva más punzante se dirige hacia la utilización de la idea de progreso al interior del marxismo: bajo el manto condescendiente de sus epígonos socialdemócratas y stalinistas, nada ha desgastado más la fuerza de los oprimidos —dice en la tesis XI— que creerse “nadando a favor de la corriente”, es decir, con la razón de la historia de su lado.

Es que la crisis civilizatoria que se cierne sobre las espaldas de su generación condenándola al pesimismo suscita la interrogación sobre los motivos por los que las expectativas en las que se había fundado el proyecto ilustrado han quedado irrealizadas. Desplegando una lúcida crítica a las aspiraciones compartidas por las dos principales corrientes de la izquierda mundial —acumulación cuantitativa de fuerzas productivas y de afiliados y electores del partido, a través de un movimiento de progreso lineal y automático— las “tesis” recogen la desilusión refrendada por el pacto germano-soviético<sup>12</sup> sobre el último baluarte de su esperanza:

“En un instante en que los políticos, en los cuales habían depositado su esperanza los adversarios del fascismo, yacen en el suelo y refuerzan su derrota con la traición de su propia causa, tales reflexiones se proponen liberar al infante político mundial de las redes en que éstos lo habían atrapado. La consideración parte del hecho de que la terca creencia de estos

12 Poco antes de iniciarse la segunda guerra mundial, en agosto de 1939, los ministros de Asuntos Exteriores de la Alemania nazi y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas firmaron un tratado conocido como Pacto Ribbentrop-Molotov que contenía cláusulas de no agresión mutua, el compromiso de solucionar pacíficamente las controversias entre ambas naciones y la intención de estrechar vínculos económicos y comerciales. En sus cláusulas secretas se definía el reparto de las “zonas de influencia” de cada potencia en Europa del este y central. En septiembre de 1939, Polonia fue invadida conjuntamente por Alemania y la URSS.

políticos en el progreso, su confianza en su “base de masas” y, por último, su servil inserción en un aparato incontrolable han sido tres caras de la misma cosa.” [Tesis X]

Constelación ésta en la que se anudan otras réplicas que, como la de Benjamin, están grabadas a fuego por la tradición del judaísmo. Un libro de Franz Rosenzweig, *La estrella de la redención*, y el intercambio intelectual con su amigo Gershom Scholem resultarían así decisivos a su tentativa de reinterpretación del materialismo histórico a la luz de la experiencia religiosa del tiempo, una visión con la que el pensador alemán comparte la atención a la unicidad incomparable del instante que la concepción cuantitativa concomitante a la ideología del progreso desestima. Porque esa imagen —sostiene en la tesis XIII— es inseparable de la representación de la marcha de la humanidad “recorriendo un tiempo homogéneo y vacío”, como si éste fuera un medio lineal en el que las causas y los efectos se encadenan indefinidamente. La esperanza mesiánica se instala, en cambio, en la percepción de cada astilla de tiempo como centro de una lucha permanentemente recomenzada entre la continuación de la opresión y la irrupción de lo nuevo. A juicio de Benjamin, la reflexión marxiana seculariza esta concepción al situar a la acción política como la instancia en la que se aprehende la excepcionalidad de una oportunidad revolucionaria. Pero la resolución de este conflicto —plantea éste— es indeterminable a priori, porque las posibilidades de renovación que se abren a cada presente son infinitas. Y así como el Mesías no comparece al final de un desarrollo evolutivo sino que interrumpe la historia, su idea de la revolución no se sirve de la metáfora de una locomotora que avanza barriendo todos los obstáculos para alcanzar la estación “utopía” sino, justamente, de la interrupción de la lógica del movimiento progresista, puesto que

“(…) si la abolición de la burguesía no llega a consumarse antes de un momento casi calculable de la evolución técnica y económica (señalado por la inflación y la guerra química), todo estará perdido. Es preciso cortar la mecha encendida antes de que la chispa llegue a la dinamita.”<sup>13</sup>

Por consiguiente, aunque no haya instante que no traiga consigo su chance revolucionaria, ésta tiene que ser definida como “chance de una solución enteramente nueva, prescrita por una tarea enteramente nueva” [Tesis XVIII bis].

13 BENJAMIN, Walter “Avisador de incendios”, en *Calle de mano única*, Editora Nacional de Madrid, Madrid, 2002, p. 52.

Löwy califica a esta concepción como un “marxismo de la imprevisibilidad”, en tanto introduce la novedad radical como componente esencial de la política revolucionaria, fundando un tiempo de las posibilidades por oposición al tiempo de la necesidad que se ha instalado como la interpretación canónica de la obra de Marx y Engels. Marxismo peculiar, cuyos nexos con la religión no pueden ocultarse ni siquiera a través del artefacto de la tesis I, por el cual “el muñeco al que se llama “materialismo histórico” (...) puede competir sin más con cualquiera, si toma a su servicio a la teología”. Si Benjamin no le temía a un vínculo que resultaba inadmisibles para ambas ortodoxias es porque creía en la indestructible energía que la alianza entre estas dos formas de conocimiento ontológicamente enfrentadas podía liberar: la única fibra capaz de poner en acción ese automatismo sin alma en que se había convertido el marxismo de la mano de los ideólogos de la segunda y la tercera Internacional era, desde su punto de vista, la teología. Sin el espíritu mesiánico, el materialismo histórico es incapaz de “ganar la partida”.

Por lo demás, la denuncia de la fe progresista es uno de los movimientos de su demoledor asalto a las fortificaciones más enquistadas de la visión decimonónica de la historia y su capacidad de irradiación sobre el amplio espectro del sentido común historiográfico. Las “tesis” constituyen un manifiesto filosófico por su apertura no sólo porque en ellas se postule la indeterminación del futuro: la concepción de la temporalidad histórica que dan a luz carga al pasado de una nueva potencia al dejar de considerarlo un punto fijo al que el presente se esfuerza por acercarse. Así, conjuran los efectos narcóticos de la historia que muestra las cosas “como propiamente han sido” [LP, N 3, 4, pág. 465], sometiéndola a un “giro copernicano” consistente en invertir la conexión entre ambas dimensiones, de suerte que “lo que ha sido” se convierte en “vuelco dialéctico, irrupción de la conciencia despierta” [LP, K 1, 2, pág. 394]. Mientras la relación del presente con el pasado postulada por el historicismo es puramente temporal, la de lo que ha sido con el ahora es dialéctica: no es un discurrir, es una imagen:

“No es que lo pasado arroje luz sobre lo presente, o lo presente sobre lo pasado, sino que imagen es aquello en donde lo que ha sido se une como un relámpago al ahora en una constelación. En otras palabras: imagen es la dialéctica en reposo.” [LP, N 3, 1, pág. 465]

## II. La imagen dialéctica

La metáfora del despertar viene así a designar una inversión radical que revela el carácter ilusorio de lo que se ha vivido como realidad: iluminación profana por medio de la cual se accede a un estadio de conciencia superior, esta claridad repentina define el presente del historiador como la instancia en la que cristaliza una constelación que le permite a éste leer en los intersticios de la historia de los vencedores la huella de lo olvidado o reprimido:

“Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “como verdaderamente ha sido”. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro.”  
[Tesis VI]

El único tiempo que existe plenamente es para Benjamin el presente, tiempo-ahora (*jeztzeit*) [Tesis XIV y XVIII] que no es sino “el ahora de una determinada cognoscibilidad” [LP, N 3, 1, pág. 465]: el instante en el que el sujeto histórico se ve interpelado por la dimensión utópica contenida en un determinado momento del pasado y fija de él la imagen que la expresa. Instante de peligro, porque, si esa intervención no se produce y ese presente no se reconoce aludido en ella, la imagen desaparecerá para siempre, sepultando una porción del pasado de los oprimidos en el continuum de la historia [Tesis V]. Y, lo más importante, el riesgo “amenaza lo mismo al patrimonio de la tradición que a quienes han de recibirlo” [Tesis VI], es decir que el problema no afecta exclusivamente a la dimensión interpretativa del pasado sino que sus consecuencias son políticas en toda la amplitud del concepto.

En diametral oposición a la figuración historicista de un pasado eternamente igual a sí mismo revelada con palmaria claridad en la fórmula del “erese una vez” [Tesis XVI], el materialismo histórico, tal como Benjamin lo entiende, postula con éste una experiencia que es única:

“El historicismo se contenta con establecer un nexo causal entre diversos momentos de la historia. Pero ningún hecho es histórico meramente por ser una causa. Habrá de serlo póstumamente, en virtud de acaecimientos que pueden estar separados de él por milenios. El historiador que toma de aquí su punto de partida ya no deja más que la sucesión de acaecimientos le corra entre los dedos como un rosario. Coge la constelación en que su propia época ha entrado con una {época} anterior enteramente determinada. Funda así un concepto de presente

como “tiempo-ahora”, en que están regadas astillas del {tiempo} mesiánico.” [Tesis XVIII, fragmento A]

El objeto histórico no viene dado sino que se construye en la escritura de la historia, por medio de representaciones que ilustran el despertar de la conciencia de una época. Como plantea Mosès, provocar ese choque para que nazca una imagen dialéctica es descifrar el pasado a través de un presente peculiar, es decir, hacer de él una lectura política. Se trata de un modo de aprehensión de lo pretérito que socava la noción del presente como tránsito del pasado al futuro y, con ello, la posibilidad de la neutralidad del historiador, pues las circunstancias en las que éste elabora su discurso no definen un lugar indiferentemente situado en cualquier punto de ese recorrido aparentemente homogéneo sino “precisamente *ese* presente en el cual escribe historia por cuenta propia” [Tesis XVI], un momento cargado con todas las tensiones que inciden en esa coyuntura precisa.

La idea de un tiempo objetivo y lineal se sustituye así por la experiencia subjetiva de un tiempo cualitativo en el que cada instante se vive en su singularidad incomparable. Escribir historia en esta tesitura es, pues, imposible sin renunciar a la actitud de contemplación igualmente sosegada ante los tiempos afortunados y los adversos. Y dado que la trama histórica está constantemente sometida a rupturas y desgarramientos que quiebran la uniformidad postulada por la historiografía tradicional, el materialista histórico debe educarse en la tarea de apreciar el lado oculto de las cosas: esos proyectos que el cortejo triunfal de las clases dominantes va dejando constantemente inconclusos o fracasados y, desde su mutilación, claman justicia. Son justamente los ecos de esos lamentos —dice nuestro autor— los que la disciplina ha debido acallar para constituirse en ciencia, extirpando así de su configuración todo aquello que evoca su condición originaria como forma de “remembranza”.

También traducido como “recordación” o como “rememoración”, *eingedenken* es el término alemán con el que Benjamin designa el carácter de la experiencia del recuerdo sobre la que estas tesis se deslizan [Tesis XVIII, fragmento B]. Otorgando vital importancia a la relación que se establece entre el pensamiento y la memoria, el término alude a un “pensar sentido” que retoma la categoría judía del *zekher*, es decir, no la conservación en la memoria de los acontecimientos del pasado sino su actualización. Conocer el pasado no supone entonces reconstruirlo sino salvarlo, rescatarlo del conformismo que en cada instante amenaza con violentarlo, revelando su dimensión transformadora en ese específico presente. La imagen dialéctica conserva así la



energía liberada por un choque de temporalidades y por eso no remite a una esencia; pertenece a un tiempo determinado y sólo en un tiempo determinado puede alcanzar legibilidad. Precisamente en esta concepción de la escritura de la historia como campo conflictual reside el fundamento de la originalidad metodológica de la historiografía materialista al modo benjaminiano: al proceder aditivo y carente de armazón teórica del historicismo (la acumulación de hechos que llenan el tiempo homogéneo y vacío), ella opone un principio constructivo sustentado en la capacidad de interrumpir lo que aparece como continuidad:

“Cuando el pensar se detiene súbitamente en una constelación saturada de tensiones, entonces le propina a esta misma un *shock*, por el cual se cristaliza él como mónada. El materialista histórico aborda un objeto histórico única y solamente cuando éste se le presenta como mónada. En esta estructura reconoce el signo de una interrupción mesiánica del acontecer o, dicho de otra suerte, de una chance revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. La aprehende para hacer saltar a una determinada época del decurso homogéneo de la historia (...).” [Tesis XVII]

### III. Redención y utopía

El principio constructivo que es peculiar al materialismo histórico contrasta con el procedimiento de empatía (*emföhlung*) por el cual el historicista revive una época con la pretensión de “sacarse de la cabeza todo lo que sabe del transcurso ulterior de la historia” pues, para efectuar ese mandato, éste se identifica exclusivamente con los vencedores. Corolario de esta lectura, la intención benjaminiana se explicita en el designio de “pasarle a la historia el cepillo a contrapelo”. Porque al acaecer de la revolución no le es indiferente que el proceso de transmisión cultural del pasado lleve como marca de origen un acuerdo entre los opresores y quienes escriben en su nombre: “(...) los que dominan a la sazón son los herederos de todos los que han vencido. Por eso la empatía con el vencedor favorece en cada caso al dominador del momento” [Tesis VII]. Un enemigo que, si no cesa de imponerse, se lo debe en buena medida al hecho de que el patrimonio de la tradición de los vencidos sea a cada instante sepultado en el continuum acontecimental del historicismo.

Asunto vital en la teoría benjaminiana de la emancipación, de la restitución de ese “secreto índice” que habita el pasado depende la posibilidad

de hacer saltar a la historia de la continuidad de la opresión. Se trata de una fuerza mesiánica, débil pero potencialmente indestructible, que cada generación recibe y cuyo reclamo debe atender para accionar el freno de emergencia del tren que avanza hacia el abismo. El documento toca en este punto uno de sus principales conceptos teológicos: la redención (*erlösung*), que, en la perspectiva sugerida por Benjamin, implica realizar, según la representación de la felicidad construida por esa época precisa, lo que habría podido ser pero sin embargo no sucedió [Tesis II]. Porque lo que está ocurriendo no es el punto de llegada de un devenir ineluctable; esas otras posibilidades de la historia, las esperanzas frustradas de los oprimidos, laten en cada presente como expectativas. Para que el futuro no prolongue el presente dado, entonces, el historiador benjaminiano tiene que encontrar su novedad.

La ocasión de esta reparación colectiva se sitúa, desde su punto de vista, en la rememoración, capaz de “hacer de lo inconcluso (la felicidad) algo conclusivo y de lo conclusivo (el dolor) algo inconcluso” [LP, N 8, 1, pág. 473]. Una tarea cuya ejecución supone llevar a término esas aspiraciones derrotadas: la mirada exhibida en las tesis no está orientada hacia el pasado sino hacia ese presente en el que debe producirse la acción redentora. La exigencia de salvación implícita en el trabajo de la remembranza no está así motivada por la búsqueda de una restitución del pasado con afán de coleccionista:

“Para el pensador revolucionario, la chance revolucionaria peculiar de cada instante histórico resulta de una situación política dada. Pero no resulta menos para él en virtud del poder que este instante tiene como clave para abrir un recinto del pretérito completamente determinado y clausurado hasta entonces. El ingreso en este recinto coincide estrictamente con la acción política; y es a través de él que ésta, por aniquiladora que sea, se da conocer como mesiánica.” [Tesis XVIII bis]

La metáfora del “salto de tigre” [Tesis XIV] que irrumpe fugazmente en el cielo de la historia, expone así un propósito político que busca inspiración en la herencia de los oprimidos para interrumpir la catástrofe actual: tejiendo en la trama del presente los hilos de una tradición que han estado perdidos durante siglos.<sup>14</sup>

14 BENJAMIN, Walter “Historia y coleccionismo, Eduard Fuchs”, en: *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires, 1989.

## **El marxismo de Antonio Gramsci Diagnóstico, estrategia y conceptos para la sociedad occidental de entreguerras**

ÁNGEL OLIVA

“El Estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales las clases dirigentes no sólo justifican y mantienen su dominación, sino que obtienen también el consenso de los gobernados.”

Antonio Gramsci. (Q1)

### **A manera de introducción**

**L**a figura de Antonio Gramsci ha sido vastamente recurrida en los últimos treinta años no solo en la Argentina, sino por un amplio espectro del campo intelectual latinoamericano. No siempre referenciado desde su matriz eminentemente política y militante, el pensamiento de Gramsci ha sido caracterizado y se “ha hecho uso” de su pensamiento ora desde el campo de la sociología, ora tributando al herramental conceptual de la ciencia política contemporánea. Ambos atrapamientos han sido consustanciales a sumar al intelectual comunista sardo a los pensamientos que contornearon teóricamente el replanteo de las transiciones a la democracia en América Latina, luego de la ola de dictaduras pro monopólicas y neoliberales en la región.

Conceptos como *hegemonía*, *sociedad política*, *clases subalternas*, se emplazaron de este modo en un terreno teórico que, alivianando su ineludible matriz de clase, pudieran convivir con la imagen de un estado capitalista que alojara en su sistema representativo las estrategias populares futuras.

Concentrada en los ámbitos de producción académica e impulsada por un prolífico clima de democratización de las instancias universitarias, la operación intelectual que significó este atrapamiento de Gramsci, relegó una lectura del intelectual antifascista que permaneciera ligada a su matriz comunista y leninista y a la vez pudiera convivir con una generación marxista de entreguerras cuya novedad radicaba en la renovación teórica de las estrategias para la revolución.



Sin pretender aquí volcar algún aspecto inédito de la obra de Gramsci, nuestro propósito radica en visibilizarlo como parte de esa generación de dirigentes militantes que intentó repensar la teoría para la acción propia del materialismo histórico aggiornándola a los desafíos políticos que implicaron las formas de acumulación y de dominación burguesas de entreguerras. Volver a poner el pensamiento de Gramsci en su contexto y en el horizonte de expectativas de su época supone, además, en un segundo momento, balancear qué rasgos de su aparato conceptual resultan pertinentes para la disciplina histórica. Por lo demás estas líneas se proponen también hacer una presentación del pensamiento de Antonio Gramsci orientado a un público que recién accede a su lectura.

### Primeros Años

Antonio Gramsci nació en Ales, un pequeño poblado de la isla de Cerdeña, el 22 de Enero de 1891. Era hijo de Francesco Gramsci un humilde empleado de la Oficina de Registro del municipio de Ghilarza, y de Giuseppina Marcias proveniente de una familia campesina de la región, y compartió aquel hogar con seis hermanos: Gennaro, Grazzietta, Emma, mayores que él y Mario, Teresina y Carlos, menores que él.

Su infancia, en un contexto de pobreza, estuvo agravada por dos circunstancias amargas: en 1889 su padre es acusado de peculado, concusión y falsedad en actos y condenado a 5 años de prisión, con lo que la familia debe afrontar un a situación de expresa miseria. Además Antonio sufre a los tres años un traumatismo que le deforma la columna y resulta en una dificultad para el crecimiento, sumado a un principio de tuberculosis que también afecta su desarrollo.

De este modo Gramsci debe ponerse a trabajar para poder garantizar sus estudios secundarios, trabajo que consigue en la Oficina de Catastro de Ghilarza removiendo registros.

De este modo cursa su estudios secundarios ayudado, por su hermano Gennaro, en el Liceo de Torri de Cagliari, del cual se gradúa obteniendo además por sus colaboraciones en un periódico local la credencial de periodista, en el año 1911.

Nacer y vivir en Cerdeña en esos años significa para un ciudadano italiano pertenecer al universo social de sur, pobre, arcaico y campesino y, como una buena parte de los jóvenes pobres de su generación, verse obligado a emigrar al norte desarrollado e industrial. Esta distancia social regional italiana propia

de un estado nacional fragmentado y frágil en su unidad política y cultural será un tema excluyente en sus preocupaciones y reflexiones posteriores.

Así es que en el año 1911 consigue una beca de 70 liras al mes expedida por el Colegio San Alberto, para estudiar letras en la Universidad de Turín, una de las capitales industriales de la nación italiana, junto con Milán. Traba allí relación con los círculos universitarios socialistas y el año 1913 resulta, por dos razones, un año decisivo para definir al joven Gramsci por la vida política y el socialismo: por un lado es el año en que por primera vez se practica la universalización del voto y Gramsci tiene la oportunidad de observar con ojo sociológico el comportamiento complejo y contradictorio de las masas campesinas frente a la apertura electoral, por otro lado, en ese año la fracción fascista encabezada por Mussolini se desprende del partido socialista y Gramsci comprende en ese movimiento la diversidad programática y social de la propuesta socialista y el primer signo de un cambio de época.

Desde 1915 Gramsci colabora asiduamente en los periódicos socialistas *Il Grido del Poppolo* del cual es unos de los redactores en Turín y *Avanti!* donde esgrime, orientado principalmente a la crítica cultural y literaria, su preferencia por una perspectiva historicista de la visión socialista de la cultura y la sociedad, contra las perspectivas científicistas y positivistas presentes en la dirección partidaria.

### La producción

A los efectos de hacer más comprensible la producción teórica y militante de Antonio Gramsci proponemos aquí dividirla en tres períodos que se diferencian principalmente con arreglo a los contextos políticos y sociales que la condicionan.

#### 1) Período de los Consejos de Fábrica y de la publicación y dirección del periódico *L'Ordine Nuovo* (1918 – 1921)

El resultado catastrófico desde el punto de vista económico y social de la primera posguerra para Italia, la fragilidad del estado liberal italiano y el desenlace inesperado de la revolución en Rusia desata principalmente en Turín una serie de huelgas que abarcan los años 1919 y 1920 cuyo correlato organizativo tiene la novedad de constituir consejos fabriles, es decir direcciones obreras coordinadas de la totalidad del proceso de producción sustentadas en un funcionamiento asambleario. Este modelo de dirección de carácter social de la producción que pretendía ir más allá del mero control técnico del proceso

productivo, se extiende durante todo el año 1919 por los principales centros fabriles de las regiones de Lombardía y del Piamonte

Gramsci y una buena parte de la dirección turinesa del partido socialista se definen por un apoyo explícito y militante a los Concejos y acompañan la tarea política con la creación de un periódico semanal llamado *L'Ordine Nuovo*, desde el cual, con el propio Gramsci como redactor, difunden la doble tarea de sistematizar el proceso concejil en clave de experiencia de autogobierno, y a la vez criticar las posiciones esquemáticas de la dirección nacional del partido. Aquí, por tanto, la producción reviste principalmente la forma de una sistematización de la experiencia obrera y una discusión de la estrategia partidaria.

## **2) Período de reflujo de masas, la fundación del Partido Comunista Italiano, la creación de la III Internacional y el ascenso del fascismo en Italia (1921 -1927)**

La derrota de la experiencia de los consejos fabriles, producto del aislamiento político de la clase obrera y de la feroz represión ejercida por las fuerzas del estado, cierra un período de auge de masas a la vez que habilita una coyuntura dual de reflujo de la movilización de masas y una irresuelta crisis de las representaciones partidarias tradicionales (tanto los partidos de orientación monárquica y cristiana como los partidos liberales y regionales ) que permitirá el ascenso del fascismo al poder encabezando un nuevo bloque de fuerzas en el estado.

Por otro lado, la nueva conformación Internacional dirigida por la experiencia rusa y que se define estratégicamente por la revolución proletaria, junto con el rechazo de parte de la dirección nacional del Partido Socialista al comportamiento de los consejos en la etapa anterior, decide a los jóvenes ordinovistas en minoría en el partido, a llamar un congreso partidario para vehiculizar la fractura que derivará en el Partido Comunista de Italia en enero de 1921. Los escritos de Gramsci durante este período, que supone además dos viajes de Gramsci a la Unión Soviética en calidad de delegado de la Internacional, se dividen en textos de carácter eminentemente estratégicos dispuestos a justificar la necesidad del nuevo partido, orientando la crítica tanto a las viejas estructuras socialistas por su perfil reformista como a la tendencia que ahora dirige el partido comunista por su excesivo mecanicismo. En este sentido son claves dos textos de Gramsci del período, *La cuestión meridional*, donde caracteriza tanto genética como sociológicamente la estructura de clases de la sociedad del sur de Italia y justifica de este modo la alianza entre

obreros y campesinos; y las *Tesis de Lyon*, texto que prepara el congreso de Lyon, ya con el comité central partidario en el exilio por la represión fascista, y donde se delinea la forma que adoptará el partido de ahí en más, inspirada en el Partido Bolchevique, y la primera y sistemática caracterización del fascismo en el poder por la pluma gramsciana.

## **3) Período de la cárcel y de la escritura de los llamados Cuadernos (1929 - 1934)**

Luego de un período signado por la violencia política legal e ilegal llevada a cabo por el régimen fascista en noviembre de 1926, el gobierno de Mussolini disuelve los partidos políticos de oposición y abole la libertad de prensa con lo que se inicia una fase abiertamente dictatorial del régimen y Gramsci es arrestado, el 8 de Noviembre de ese año, y llevado a la cárcel de Regina Coeli. Arresto al que le siguen los de una enorme cantidad de partidarios comunistas y socialistas.

En el año 1928, en un proceso conformado por un Tribunal Especial fascista, el dirigente comunista junto con otros cinco miembros de la dirección partidaria es acusado de actividad conspirativa e instigación a la guerra civil y condenado a veinte años de prisión.

Pero es recién al año siguiente, y en el marco de un delicado estado de salud debido a su tuberculosis, que Gramsci consigue obtener una celda individual y lo mínimo indispensable como para poder hacerse de lecturas y escribir. Es en estas circunstancias, que combinan un frágil estado de salud con un celoso control cotidiano de sus carceleros, que Gramsci comienza a tomar apuntes respecto de las pocas cosas que le llegan a mano y a consignar sus reflexiones en cuadernos pequeños que se conservarán después de su muerte y, acabado el régimen fascista y la guerra, se convertirán en los famosos *Cuaderni di carcere*. Textos que portan la paradoja aparente de tratarse de una escritura fragmentada, a la manera de apuntes, condicionada por las circunstancias, pero, a la vez, de concentrar la mayor densidad conceptual y estratégica del pensamiento gramsciano. Operando con un código de citas encriptadas y nombres falsos, la escritura de Gramsci deja, con sus cuadernos, un legado conceptual interpretativo de la sociedad y el estado en clave marxista que permite hoy ser aplicado indistintamente en su uso científico y militante.

## **El contexto de producción**

Antes de enumerar los principales problemas teóricos que aborda Gramsci y destacar su intento de resolución produciendo una renovación al interior

del materialismo histórico, debemos consignar suscintamente algunos procesos históricos que determinan su contexto de producción. Hemos circunscripto tres de ellos teniendo en cuenta que son susceptibles tanto de desagregarse como de reducirse.

El triunfo de la Revolución Rusa y la conformación del estado proletario y la dictadura del proletariado supuso al interior del mundo marxista de occidente un amplio debate teórico y doctrinario que además de derivar en la conformación de los partidos comunistas en toda Europa y en la creación de una nueva asociación internacional, obligó a repensar todas las tesis con las que los partidos socialistas se habían comportado sobre todo el período anterior. Efectivamente antes de la revolución rusa los partidos de cuño marxista hacían una lectura de la producción teórica de Marx y de la etapa política, cuyo centro se regulaba por aquella fórmula que pregonaba que a mayor desarrollo de las fuerzas productivas en cada país, crecían las posibilidades de cooperación y redistribución del excedente social en clave socialista, dada la incapacidad de contener ese crecimiento en los marcos de la pauta distributiva del sistema capitalista. Y por tanto la principal tarea del partido obrero debía concentrarse en realizar continuas reformas al interior del estado capitalista para facilitar dichas condiciones. La revolución rusa demostró tres cosas: a) que la revolución era posible en países relativamente atrasados como Rusia, b) que las reformas que aceleraran el desarrollo de las fuerzas productivas podían realizarse con el control obrero del estado y c) que debía abrirse, por tanto, en occidente desarrollado una agenda que pusiera a la revolución como estrategia teniendo en cuenta la especificidad de estos países. Esta es entonces una pregunta central en la política gramsciana: qué características debe tener la revolución en occidente.

- 1) Por otra parte, inmediatamente después de la primera posguerra comienza a observarse un fenómeno de transformación generalizado en el sistema capitalista en su conjunto, tanto en lo que hace a la reorganización de la producción como a la reorientación de la comercialización de las mercancías. La joven industria automotriz, y más en particular la industria automotriz norteamericana, hace punta en esta transformación a través de dos modelos complementarios de pautas de producción, uno referido a la maximización de los pasos productivos, el otro referido a la integración de las masas trabajado-

ras al mercado de consumo. Nos referimos al taylorismo y al fordismo, respectivamente.

El influyente libro de Frederick Winslow Taylor, *Principles of Scientific Management*, de 1912, constituyó por un lado un diagnóstico global de las dificultades que los propietarios capitalistas habían encontrado para sostener el efectivo control del proceso de producción en relación a los obreros, especialmente los más especializados. Por otro lado, el manual discurría en torno a una buena cantidad de ideas matrices para corregir estas dificultades. El tiempo de la primera posguerra y la industria automotriz como industria de punta, dada la posición ideal en la que había quedado la economía norteamericana después de una guerra enteramente desarrollada en Europa, se convirtieron en el momento y el terreno apropiados para la aplicación de estas medidas que corregían algunos de los desajustes propios de la etapa anterior. Por un lado, la eliminación de los tiempos muertos con el sistema de turnos rotativos y continuos, la aplicación de la cinta de montaje como forma de evitar la movilidad obrera dentro de la fábrica y facilitar la fijación de la tarea a fin de evitar el saber de la totalidad del proceso por parte de los obreros, y, principalmente, la rejerarquización salarial y funcional al interior de la fábrica con el objetivo de generar una capa aristocrática de obreros especializados que cumplieran el papel de control de las categorías menores, redundó no solo en una mayor racionalización del proceso en función de mayor producción en menos tiempo, sino, ante todo, en un mayor ejercicio de dominación sobre el conjunto de la masa obrera organizada dentro de la fábrica.

Complementariamente a esto, el experimento productivo llevado a cabo por el empresario capitalista automotriz Henry Ford en su fábrica, que incluía ya las cintas de montaje y la incorporación de maquinaria especializada, se combinó con una política alcista y segmentaria de salarios destinada a convertir a los obreros de la fábrica en consumidores básicos de los productos automotores, a ampliar así el mercado a esos productos y licuar, vía consumo generalizado, las pretensiones transformadoras de las organizaciones obreras.

Por último, estos fenómenos organizativos de la producción y la comercialización de mercancías se potenciaron con lo que Gramsci llamó "americanismo", término que a fin de resumir su complejidad, diremos que se trata de la tendencia iniciada por las firmas nortea-

americanas de adosar a la propaganda de sus productos, un cierto conjunto de símbolos y significaciones que resumían un estilo de vida a adquirir junto con la compra del producto. Estamos aquí ante el nacimiento del *management* internacional destinado no sólo a vender productos determinados sino a propagandizar formas morales de vida destinados a futuras masas consumidoras. A todos estos procesos de entreguerras Gramsci los visualizó de conjunto resumiendo en ellos una nueva forma de dominación del capital sobre el trabajo que nacía en la fábrica y se dilataba hacia el conjunto social siguiendo el circuito de la mercancía a gran escala.

Uniendo este conjunto de problemas con la pregunta política anterior se dio cuenta de que, antes que preguntarse por la estrategia del proletariado para occidente, debía preguntarse ¿cómo domina la clase dominante en occidente?

- 2) Por último, para Gramsci, la forma política y social que adoptaba esta ofensiva generalizada del capital en Italia estaba representada por el fascismo. Y no sólo porque el fascismo como proceso histórico hubiera modificado las bases sociales del estado italiano integrando al bloque de poder sectores antes postergados, no sólo porque el régimen hubiera garantizado a través de su fase represiva las modificaciones antedichas al interior de sus industrias de punta, limitando el accionar obrero, sino también porque esta modificación había venido acompañada de una avanzada utilización de símbolos que reunían retazos muy bien reorganizados de la cultura latina combinados con la utilización racional de la violencia represiva estatal y paraestatal. Estas particularidades del capitalismo imperialista italiano y de su régimen social y político, afianzan en Gramsci el convencimiento de la necesidad de estrategias nacionales para repensar las revoluciones en occidente.

### Problemas y conceptos

Los tres procesos recién nombrados configuraron para el marxismo de entreguerras, y para Gramsci en particular, una reproblematicación de la teoría tanto en lo que hace a la caracterización del sistema social como a la discusión estratégica para la revolución. Dicha problematicación penetró también el cuerpo filosófico del marxismo europeo que guiada por la búsqueda de una

estrategia política adecuada enriqueció el cuerpo conceptual y nocional del materialismo histórico.

En el caso de Gramsci esta reproblematicación del cuerpo doctrinario del marxismo puede desglosarse en cinco problemas medulares:

- 1) La relación de las llamadas estructura – superestructura de la sociedad de clases.
- 2) La complejización de la naturaleza del Estado capitalista
- 3) La reconceptualización de la noción de clase social.
- 4) El carácter orgánico o no de las relaciones de clases y el carácter orgánico o no de las crisis de dichas relaciones.
- 5) El concepto de Bloque Histórico

Desde el punto de vista conceptual, la primera problemática compromete dos ideas complementarias: la de *hegemonía* y la de *dominación*.

La interpretación prevaleciente de la problemática general de la dominación en el campo del marxismo de la Segunda Internacional, hasta el fin de la primera guerra mundial, se extraía de la fórmula de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* de Marx y rezaba mas o menos lo siguiente: en la base o estructura de la sociedad se encuentran las relaciones de producción y todo el soporte de intereses económicos de la misma; sobre esta base y sus características históricas se erige, determinada por aquella, una superestructura que comprende a las instituciones del Estado y su forma histórica, el andamiaje jurídico y militar y todo el ideario de valores y creencias correspondiente a esa fase de las fuerzas productivas.

A partir de aquí se concebía mayoritariamente una determinación mecánica de la estructura sobre la configuración de la superestructura donde toda ella tendía a configurar el aparato de dominación de la clase con poder económico y político.

En resumen, *la dominación* es la coerción legal, política y militar que la clase en el poder ejerce sobre las otras y pertenece, ese ejercicio, al ámbito específico de las superestructuras. Se trataba de una concepción instrumentalista del concepto de dominación y por eso se hacía extensiva al conjunto de la superestructura.

Muchos de los fenómenos históricos observados unas líneas mas arriba hicieron reflexionar a los exponentes mas avanzados de las jóvenes generaciones de marxistas, y a Gramsci entre ellos, respecto de la clásica relación. Para Gramsci la noción de dominación se mantiene en el lugar de su definición aunque la concibe presente también en la relación de producción misma,

o dicho mejor, nace de la relación de producción y atraviesa transversalmente todos los aspectos de la sociedad en la medida que se convierte en relación de clase. Pero además, Gramsci observa otros fenómenos: la mera concepción instrumental de la dominación pertenece a fases anteriores del capitalismo, cuando la clase obrera aún estaba emergiendo en la escena social y política y su organización no era homogénea. La burguesía reduce sus comportamientos defensivos a "...un Estado cuyas funciones está limitado a la tutela del orden público y al respeto de las leyes..."<sup>1</sup> con lo cual la representación ideológica del Estado "...no ha sobrepasado las fases corporativas (económicas) extremas"<sup>2</sup>, es decir no se ha desarrollado

La burguesía ha explorado, a fuerza de errores, mecanismos de mayor eficacia como respuesta a los efectos de masificación de la clase obrera respecto de la etapa anterior. De esta manera, tiende a la constitución de una hegemonía sobre el conjunto de los grupos sociales que les son subalternos. Y la subalternidad aquí es fundamental, ya que para Gramsci la *hegemonía* es una dirección política y cultural que las clases dominantes ejercen sobre las clases dominadas, es decir, y para plantearlo desde el punto de vista subjetivo del dominado, si en la mera dominación los dominados pueden soportar o resistir la coerción de los dominantes, en la relación hegemónica aceptan, hacen suyas, cuando no, defienden, las mociones de la clase dominante. Su sentido no esta marcando solo por el carácter de dirección política de un grupo o grupos de clase, sino también, y principalmente, por su dirección ética y pedagógica sobre los subordinados:

"El hecho de la hegemonía presupone indudablemente que se tengan en cuenta los intereses y tendencias de los grupos sobre los cuales reejerce la hegemonía, que se forme un cierto equilibrio de compromiso, es decir, que el grupo dirigente, haga sacrificios de orden económico – corporativo, pero es evidente que estos sacrificios no pueden referirse al esencial, pues si la hegemonía es ético – política, no puede dejar de ser también económica, no puede no tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica"<sup>3</sup>

1 GRAMSCI, Antonio *Notas sobre Maquiavelo. Sobre la política y sobre el Estado moderno*; Ed. Nueva Visión; Traducción y notas: José Aricó; Buenos Aires, 1984, pp. 131-132.

2 Ibidem

3 Ibid., p. 55.

Como se puede observar, en la noción de *hegemonía*, Gramsci concentra una inteligente combinación entre los fenómenos apreciables en la posguerra, una intensa relectura de Nicolás Maquiavelo y una complejización de la versión leninista del concepto. La noción se encuadra dentro de la problemática nuclear para la estrategia en occidente respecto de cómo domina la clase dominante y por eso mismo sufre con él una leve diferencia respecto de lo que representaba para Lenin: una noción circunscripta a lo programático en donde los puntos específicamente obreros del programa revolucionario prevalecían por sobre los de las otras clases oprimidas y en el marco de una estrategia de ofensiva de asalto al Estado.

Ahora bien, la naturaleza flexible de esta noción obliga al marxismo gramsciano a pensar de ahí en mas otro tipo de articulación entre estructura y superestructura, en donde, dado el carácter transversal de las mociones hegemónicas, la idea de una reproducción mecánica de las superestructuras respecto de las estructuras queda escueta y es reemplazada por otra donde ambas esferas se reproducen en mutua determinación histórica. El "*elemento móvil*" de la superestructura y la diferencia entre su formación y su función desdoblada puede apreciarse con claridad en este ejemplo:

"Hay superestructuras que tienen una estructura material: pero su carácter sigue siendo superestructural. Su desarrollo no está dado en forma inmanente por su particular estructura material, sino por la estructura material de la sociedad. Una clase se forma a partir de su función en el mundo de la producción: el desarrollo y la lucha por el poder y por la conservación del poder, crean las superestructuras que determinan la formación de una especial estructura material para su difusión, etc. El pensamiento científico es una superestructura que crea los instrumentos científicos; la música es una superestructura que crea los instrumentos musicales"<sup>4</sup>.

El mecanismo superestructural de la hegemonía se desdobra, dice Gramsci, en la esfera estructural conformando una relación orgánica de mutua determinación.

4 GRAMSCI, Antonio *Cuadernos de la cárcel*; Edición Crítica del Instituto Gramsci dirigido por Valentino Guerratana. Ediciones Era/Universidad Autónoma de México, DF, 1999. Tomo II, Cuaderno 11, parágrafo VXIII, Pág 44.

En segundo lugar, la vieja noción de *Estado capitalista* y sus funciones también sufren una revisión. Para esto, Gramsci realiza una precisión terminológica. Llama *sociedad política o Estado en el sentido restringido* a todo el sistema de gobierno, todo el aparato de dominación de clase, administrativo, militar, político y jurídico que la clase dominante ejerce sobre el conjunto social, es decir Estado desde el punto de vista de lo que el marxismo ha llamado instrumento o herramienta de dominación de la burguesía. En diversos pasajes hace Gramsci alusión a esta categoría que resulta en algunos casos de naturaleza analítica: “Sociedad política o estado que corresponde a la función de dominio directo o de comando que se expresa en el estado y en el gobierno jurídico”.<sup>5</sup>

O esta variante que se desliza hacia la caracterización de una fase histórica del estado: “Gobierno político, es decir, el aparato de coerción estatal que asegura legalmente la disciplina de aquellos grupos que no consienten ni activa ni pasivamente, pero que está preparado para toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis en el comando y en la dirección, casos en que no se da el consenso espontáneo”.<sup>6</sup>

Por otra parte, y en un sentido primeramente opositivo, llama *sociedad civil* al conjunto de relaciones y aparatos de carácter privado, no estatales de donde nacen las mociones hegemónicas.

Pero, precisamente, desde estas relaciones que justifican en primera instancia el sentido último del sistema social, se ejecutan aparatos de reproducción hegemónica que “*dilatan*” el papel del Estado en la sociedad civil, jugando un papel de persuasión y consenso allí donde el aparato estatal estrictamente dicho no llega o su acción es ineficaz. Este es el terreno estricto donde la hegemonía complementa la dominación tal como queda explícito en esta cita:

“El ejercicio normal de la hegemonía en el terreno devenido clásico del régimen parlamentario se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso, o mejor tratando de obtener que la fuerza aparezca apoyada en el consenso de la mayoría que ese expresa a través de los órganos de opinión pública – periódicos y asociaciones – las cuales con este fin, son multiplicados artificialmente”

5 GRAMSCI, Antonio *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos Editor, México, 1975, p. 17.

6 *Ibid*, p. 16.

Son así, estos aparatos “el Estado en la sociedad civil”. Y si bien el ejemplo clásico de esta función la ha ejercido la Iglesia, por ejemplo, hoy puede observarse extendido en el papel de los medios de comunicación, de las ONGs y en parte en los sindicatos. Gramsci, entonces adiciona a los aparatos estatales de hegemonía como la escuela pública, los sistemas de salud, centros culturales, estos aparatos privados de hegemonía que en conjunto configuran lo que llama *Estado en su sentido ampliado*.

El Estado, entonces, en esta fase, no es sólo una herramienta jurídico-político – militar de coerción, es el ámbito de ordenamiento e integración político cultural, donde las clases dominantes pretenden llevar las relaciones de fuerzas sociales propiciadas por el capitalismo y, a la vez, es el terreno, donde guiadas por esa misma institucionalización del conflicto social, se unifican bajo un mismo plan estratégico.

En tercer lugar, todo lo antedicho lleva a Gramsci a redefinir la noción de *clase social* tal como se la comprendía hasta allí. Gramsci utiliza dos vectores para repensar la noción de clase: de acuerdo a la complejización del metabolismo del Estado y de acuerdo a la historicidad del conflicto de clases.

En este sentido, esgrime una diferenciación conceptual al interior de aquellas clases que, siendo las propietarias de los medios de producción, se erigen como dominantes en la sociedad. Así, habla de *clases dominantes* cuando quiere referirse a las distintas fracciones de dichos propietarios de los medios de producción, en referencia a una fase del desarrollo en que sus acciones se circunscriben a un nivel económico, no unificado; el término subraya, otra vez, la coerción, pero en el nivel de la experiencia productiva, donde lo que predomina, en relación a la resistencia social que el nuevo orden encuentra en su crecimiento, es el fraccionamiento de la propia burguesía en instancias corporativas. Por eso denomina a esta fase capitalista como económico – corporativa.

Cuando Gramsci dice *clases dirigentes* se refiere al fenómeno histórico y sociológico que señala la fase en que clases dominantes se unifican en el Estado y saldan provisoriamente su diversidad de intereses tácticos (económicos, geográficos, culturales) por sector en un plan que tiene como condición el ejercicio de la hegemonía sobre el conjunto social o sobre la mayoría de las clases subalternas. A la vez que las clases dirigentes se unifican en el Estado, éste se centraliza y diversifica en función de los escollos que encuentra en su derrotero dicha búsqueda de hegemonía de clase. Tenemos que entender el concepto dinámico que utiliza: no es que por un patrón temporal los agentes



reales de un concepto reemplazan al otro, las clases dominantes por volverse dirigentes no abandonan la función de dominantes, solo amplían su comportamiento social al revolucionar su forma de dominar, con lo cual, los agentes de la dirección político - cultural no son exactamente los mismos que los de la dominación, pero les corresponden orgánicamente.

Citémos en esta nota extensa sus palabras:

“Un tercer momento es aquel en que se llega a la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de un grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase mas claramente política, que marca la transición neta de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas [...] planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha, no sólo en el plano corporativo sino en un plano ‘universal’, creando de este modo la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El estado se concibe efectivamente como un organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión de dicho grupo, pero este desarrollo y esta expansión se conciben y presentan como las fuerzas motrices de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías ‘nacionales’, o sea que el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados, y la vida estatal concebida como una formación y una superación continuas de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que prevalecen los intereses del grupo fundamental pero hasta cierto punto, es decir, no hasta el mezquino interés económico – corporativo”.<sup>7</sup>

Por último, cuando Gramsci tiene que referirse a las clases no propietarias, escoge mayoritariamente la expresión *clases subalternas*, no solo para señalar la existencia de clases dominadas por el capital no obreras, cuyo ejemplo mas homogéneo serían los campesinos de economía familiar, sino porque existen

7 GRAMSCI, Antonio *Notas sobre Maquiavelo. Sobre la política y sobre el Estado moderno*; Ed. Nueva Visión; Traducción y notas: José Aricó; Buenos Aires; 1984, p. 58.

fracciones de clase, que por definición no son obreras, ya que no subsisten del conchabo salarial clásico, pero tampoco son burgueses en la medida en que no explotan fuerza de trabajo, sean o no propietarios de sus medios. Son sectores que sostienen un comportamiento social errático, en permanente disputa desde el punto de vista del conflicto de clase y se puede contar entre ellos a profesionales liberales, cuentapropistas, precarizados que entran y salen del mercado de trabajo y pequeños comerciantes, entre otros.

Son los que Gramsci denomina *grupos auxiliares*, y lo hace pensando en una formula que en la designación sociológica misma integre el carácter estructural del conflicto entre clase obrera y capital con la actividad aliancista de esta clase con el resto de las fracciones agredidas por el metabolismo del capital:

“Sería un error de método (un aspecto del mecanicismo sociológico) el considerar que en los fenómenos de cesarismo, sea progresivo, sea regresivo, sea de carácter intermedio o episódico, todo el fenómeno histórico se debe al equilibrio de fuerzas fundamentales. Es necesario también ver las relaciones que intervienen entre los grupos principales (de mero tipo, social económicos y técnico económicos) de las clases fundamentales y las fuerzas auxiliares guiadas o sometidas a su influencia hegemónica”.<sup>8</sup>

Con lo cual *clases subalternas* designa en un mismo giro conceptual una categoría sociológica a la vez que política.

La experiencia teórica que Gramsci emprende respecto de la ampliación conceptual de la categoría de clase social está signada de principio a fin por una combinación entre las identidades provenientes de la ubicación clásica de los grupos en el marco de las relaciones productivas, con aquellas otras que provienen de la historicidad abierta por la lucha de clases. Es decir, Gramsci habilita en su concepción de la clase un lugar preponderante a la experiencia de las clases respecto de las otras como para designar su identidad y su dirección política.

La categoría de *relaciones de fuerza*, entendida ésta desde su matriz en Maquiavelo, pero también en Lenin, resulta fundamental para hacer una mensura metodológica que permita pensar las clases en su historicidad política, rompiendo con el fatalismo con que la filosofía marxista decimonónica había

8 *Ibidem*, p. 116.

entendido el fin del capitalismo, y a la vez, tomar distancia del economicismo que atribuye mecánicamente a la contradicción principal entre obreros y capitalistas una inteligibilidad completa de toda contradicción sistémica.

Gramsci vuelca esta dinámica entre coyuntura histórica y legalidad sistémica en un apunte de tipo metodológico:

“El error en que se cae frecuentemente en el análisis histórico-político consiste en no saber encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional”.<sup>9</sup>

Así, entonces, estas relaciones de fuerza siempre son en el marco de un antagonismo principal pero dibujan su propia forma histórica en la inmanencia móvil de su propio antagonismo y en el enlace y desenlace, también móvil, con fuerzas históricas auxiliares.

En cuarto lugar, ubicamos un aspecto medular del pensamiento gramsciano en el despliegue del concepto de *crisis orgánica*. Para poder apreciarlo en su complejidad debemos realizar una aparente digresión narrativa. Todo el tratamiento que Gramsci le dispensa a los procedimientos de dominación que se expanden hacia la hegemonía de clase y que se gestan, en términos globales, en una fase determinada del crecimiento metabólico del sistema capitalista, parten de un supuesto teórico implícito en la teoría marxista que cobra gran inteligibilidad en el diseño metodológico de *El capital* de Marx.

Se trata de la diferenciación y a la vez del tipo de correlación histórica que sufren las relaciones de producción y las relaciones de clase.

Mientras que la primera categoría refiere de manera acotada al mecanismo económico nuclear donde se gesta el proceso de la expropiación del excedente social, la segunda refiere principalmente a la diversidad de instancias sociales, institucionalizadas o no, donde las clases se ponen en contacto bajo el signo de un antagonismo transversal, continuo y nunca absolutamente silencioso, ni tampoco siempre decididamente expreso. Las relaciones de clase germinan en el seno de las relaciones de producción pero se extienden al conjunto de la trama social atravesando transversalmente tanto relaciones de tipo estatal como de tipo privadas. Signos de su naturaleza antagónica pueden encontrarse en fenómenos tan pequeños como en las derivas de lenguaje hasta en manifestaciones más expresas como una protesta popular.

9 *Ibidem*, p. 68.

Un trabajador asalariado lleva consigo esa identidad, marca de ser atribuido desde el punto de vista de sus propiedades como alguien que sólo percibe un salario, pero en la medida en que está fuera de su ámbito de trabajo y sin poder despojarse de su identidad productora y de asalariado, recibe otro conjunto de marcas de identidad que provienen del ámbito social y cuyos signos están en disputa.

Por tanto, Gramsci subraya, en más de un lugar, que el punto de gestación de las clases como resultado de una determinada relación productiva, no agota en lo más mínimo el carácter histórico de la identidad de las clases respecto de sus relaciones sociales. Pero esto, a la vez, no quiere decir que, en la medida en que se produzcan bruscas modificaciones en la estructura productiva, ellas no repercutan de manera determinante en las relaciones de clase a escala general.

Entonces, lo que Gramsci llama en reiteradas oportunidades *relaciones orgánicas* refiere el grado de institucionalización que las relaciones de clase tienen en una determinada fase histórica. Una relación es orgánica cuando, por un lado, se la ha llevado, desde el punto de vista de su permanencia en el tiempo, de su mero estado de choque de fuerzas hasta su institucionalización y, entonces, cumple una función social en el conjunto de las relaciones. Y, por otro lado, cuando esta funcionalidad se orienta, de manera más o menos constante y ostensible, y en un período de tiempo determinado, hacia la dominación de clase en estabilidad.

Por ejemplo, la integración de las masas obreras y campesinas europeas al sistema electoral sobre el final del siglo XIX y su pleno goce de derechos y obligaciones tiende a la organicidad de las relaciones de clases; es, en un solo movimiento, un paso de integración y a la vez de reforzamiento de la dominación. Cuanto mayor grado de organicidad – es decir de institucionalización, es decir de aceptación y consenso – tengan las relaciones de clase mayor grado de perdurabilidad obtendrá el conjunto de la dominación de clase.

Ahora bien, Gramsci sabe perfectamente que el elemento coercitivo de las relaciones de clase de parte del Estado, así como la propensión de la relación al conflicto en base a un antagonismo estructural del sistema, no desaparece aunque la relación se haya institucionalizado. Por tanto:

- a) Una relación orgánica no puede caracterizarse históricamente sólo por su aspecto funcional; debe, a la vez, mostrarse el grado de conflictividad interna que ella reviste y sus efectos políticos en el tiempo procesual;
- b) Toda relación orgánica se diferencia de *relaciones coyunturales* primeramente por alojar tanto en su constitución como en su desarrollo elementos



de largo alcance histórico social independientes en términos relativos de los actores que eventualmente correspondan al staff dirigente; y en segundo lugar, por estar constituidas por elementos de larga duración y cuya realidad corresponde a grandes agrupamientos nacionales e internacionales.

- c) Toda relación orgánica tiende a la inestabilidad, en tanto y en cuanto está cimentada sobre el choque de fuerzas constitutivo y permanente de la sociedad de clase.

De este modo, entonces, cuando Gramsci habla de *crisis orgánica*, habla principalmente de un fenómeno de desgaste suficiente de las clases opresoras en un plano general del sistema. Pero ¿suficiente para qué? Suficiente como para que las clases oprimidas no necesiten ya la tutela intelectual y organizadora de las clases opresoras para su reproducción.

Dicha crisis puede estar suscitada por dos tipos de fenómenos o por la convergencia de ambos en una fase en donde las crisis económicas no producen por sí mismas “eventos fundamentales” de este modo el carácter orgánico de la crisis señala fenómenos pérdida de autoridad que se producen por a) o porque el comando de clases en el poder ha llevado a catástrofes de grandes proporciones y b) porque la movilización social e irrupción mas o menos imprevista de grandes masas de población en el sistema político exige la constitución de una nueva institucionalidad. Dice Gramsci:

“El contenido [de las crisis contemporáneas] es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce o bien porque la clase dirigente ha errado en algo su gran empresa política, para la que ha pedido o impuesto por la fuerza el consenso de las grandes masas (el caso de la guerra), o bien porque las vastas masas (en especial de campesinos y de pequeñoburgueses intelectuales) han pasado imprevistamente de la pasividad política a una cierta actividad, y exigen reivindicaciones que en su compleja desorganización constituyen una revolución. Se habla de crisis de autoridad y ellos precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del estado en su totalidad”<sup>10</sup>

Ambos fenómenos, en general, van unidos; la gran novedad es cómo se expresan, ya que Gramsci insiste en que lo hacen bajo la forma de una *crisis de representatividad* o *crisis de hegemonía*, es decir como retiro de la credibilidad

10 *Ibidem*, pp. 76-77.

y la confianza de las clases subalternas hacia el conjunto del staff dirigente de las clases dominantes.

La última problemática conceptual a la que aqueremos referirnos se articula alrededor del concepto gramsciano de *Bloque Histórico*.

Gramsci llama de este modo a una determinada unidad económica, política, cultural y geográfica conseguida por el bloque de fuerzas en el poder en un momento histórico dado. El análisis puede mensurar la perdurabilidad del bloque teniendo en cuenta patrones específicos de orden histórico: un determinado *patrón de acumulación* de riqueza que señala no sólo la trama con que se teje la relación entre propietarios y desposeídos, sino también cual es la fracción de propietarios que comanda el bloque teniendo en cuenta diferencias en las clases dominantes de orden económico, político y cultural. Por ejemplo, si se trata de un patrón cuya dominancia la tienen las fracciones financieras, industriales o terratenientes de la burguesía; o si se trata de un patrón de cuya orientación se benefician los sectores monopólicos de la economía o, por el contrario, los pequeños o medianos; o si se trata de un patrón de acumulación que se reproduce a través de una economía hacia afuera, o por el contrario beneficia el mercado interno. Un determinado *patrón de dominación*, que supone el modo preponderante que las clases dirigentes tienen de articular sociedad política con sociedad civil y de establecer reglas de juego hegemónicas respecto de cómo se selecciona y quién selecciona la direccionalidad política y cultural del bloque. Un sistema político que adopte reglas de juego democráticas para la elección de sus dirigentes está lejos de ser sólo un sistema electoral sancionado jurídicamente; es también un modo de dominación cuya regla general es la soberanía de las mayorías. La conjunción de ambos patrones delimita la anatomía de un bloque histórico dado y marca la direccionalidad de clase en el marco de un conjunto territorial que, para el contexto de Gramsci, coincidía con el Estado Nacional.

Por otra parte, el bloque histórico no puede limitarse a una alianza de clases o a un frente programático de clases. Sin duda existe una base de clase dada por su configuración histórica, como ya señalamos, de acuerdo a las fracciones dominantes beneficiadas por el esquema y que Gramsci suele llamar *bloque de fuerzas en el poder*, y de acuerdo al grado de integración que sus dirigentes consiguen de los dominados; pero el sentido que Gramsci prefiere subrayar en el concepto se refiere más bien a la existencia de una estabilidad histórica que tiene mas la forma de una direccionalidad político cultural que

de una alianza programática. Su sentido nos remite nuevamente al concepto de organicidad que hemos explicado líneas arriba.

Cabe señalar por último, el grado de compenetración dialéctica que Gramsci les da a los conceptos de *crisis orgánica* y de *bloque histórico*: ambos forman categorías de sucesión histórica y a la vez señalan fenómenos de naturaleza contradictoria, ya que los bloques adoptan determinada forma con arreglo a las salidas que los sectores dominantes han podido encontrar para las crisis, al tiempo que el propio devenir conflictivo y contradictorio del bloque suscita las situaciones de crisis.

## Rompiendo tradiciones: la renovación historiográfica de la Historia Social

MARIANA BORTOLOTTI

“En tales tiempos se celebrará  
A quienes permanecieron sentados en el suelo, escribiendo,  
Sentados entre los pequeños,  
Sentados entre aquellos que luchaban,  
A quienes hablaron de los sufrimientos de los pequeños,  
A quienes hablaron de las acciones de los luchadores,  
Con mucho arte, en lengua noble  
Antaño reservada  
A la incensación de los reyes.”<sup>1</sup>  
Bertold Brecht

La historia social se abrió paso, en las décadas centrales del siglo XX, enfrentada a las formas dominantes de concebir y escribir la historia y guiada por la pretensión de dar cuenta de *los sufrimientos y luchas pasadas de los pequeños*. En pos de restituir “la cara humana del pasado”, la historia social buscó rescatar las trayectorias de los “hombres y mujeres comunes” que con su trajinar cotidiano entretejen el devenir de las sociedades.

Con la aspiración de superar la mirada estrecha del historicismo, centrada en las acciones y pensamientos de los “grandes hombres”, los historiadores sociales emprendieron la revisión de los presupuestos epistemológicos sobre los que se erigía la disciplina. En su crítica al trasfondo positivista de los postulados de la neutralidad valorativa iniciaron un fructífero diálogo con las demás ciencias sociales, en especial con la sociología, la antropología y la economía.

La historia social posibilitó la apertura de la disciplina a nuevos campos de investigación, nuevos sujetos, nuevas concepciones de la temporalidad y de las formas de organización y transformación de lo social. Se fueron ampliando los límites de la ciencia histórica, a la par que se multiplicaban los

<sup>1</sup> Extracto del poema “La literatura será sometida a investigación” citado en GISSELBRECHT, André *Introducción a la obra de Bertold Brecht*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 1958.

intereses y búsquedas teóricas y metodológicas. Compartiendo el enfoque *social* se desplegaron variadas perspectivas, en consonancia con anclajes teóricos, políticos o de marco nacional diferentes, que han contribuido en mayor o menor medida a complejizar nuestro conocimiento acerca de las sociedades del pasado.

### Primeros desafíos al paradigma decimonónico

#### Los orígenes de la Historia Social

La profesionalización del oficio de historiador y el ingreso de la historia al dominio de las ciencias, procesos consolidados a mediados del siglo XIX, fueron obra de la Escuela Historicista alemana, la primera en aportar fundamentos teóricos y dotar de objeto y método propio a la historiografía. Esta corriente opuso a las generalizaciones mal documentadas y especulativas, vigentes hasta ese momento, la determinación de los *hechos* a partir de una serie de criterios empíricos que permitieron la valoración de los documentos escritos y el desarrollo de las técnicas auxiliares necesarias para la labor de crítica y verificación de los mismos. Leopold von Ranke, el principal impulsor de esta corriente, sostenía que la historia debía contar “lo que realmente ocurrió” y las huellas de aquellos acontecimientos debían rastrearse en las fuentes documentales que atesoraban los Estados nacionales, el pasado estaba contenido en los documentos y allí donde no se encontraran registros oficiales no había posibilidad de historia. Así entendida, la ciencia histórica reducía su campo de interés al acontecer político, a la diplomacia y el “arte de la guerra” en correspondencia con las funciones de integración político-nacionales que fue llamada a cumplir en un tiempo signado por la formación y consolidación de los Estados nacionales en Europa.

Nacido de la reacción prusiana ante el avance de las transformaciones capitalistas, este paradigma se difundió entre las universidades europeas donde se afianzó en su enfrentamiento con un Positivismo que, dominante en la naciente sociología, intentaba expandir su influencia a las restantes ciencias sociales. Mientras la sociología positivista buscaba explicar la historia partiendo de leyes del desarrollo y de un determinismo evolucionista para la construcción de generalizaciones abstractas, el Historicismo privilegiaba la descripción de la dinámica externa e interna de la vida de los Estados y las acciones de los “grandes hombres” y las instituciones que los cobijaron frente a los factores económicos y sociales que en escasas ocasiones eran considerados de relevancia. Esta historia *historicista* mantuvo su posición dominante hasta entrado el siglo XX, resistiendo los embates de las florecientes ciencias

sociales y rehuyendo la incorporación al relato histórico de elementos que excedieran lo político.

Para fines del siglo XIX no quedaba rincón donde el capitalismo no hubiera expandido su lógica de explotación y dominio, las consecuencias de pauperización de los sectores populares ya eran patentes en los principales centros industriales y las transformaciones tecnológicas se imponían en la dinámica cotidiana, en este contexto emerge entre algunos historiadores la convicción de que la historia debía dar cuenta de los diversos aspectos –sociales, económicos y culturales– que rigen una época más allá de la actuación política de los gobiernos. Declaraban la insuficiencia de la pura narración de acontecimientos y postulaban la necesidad de vincular a la historia con las demás ciencias sociales. Frente a la historia política que pregonaba el historicismo, no resulta sorprendente que los primeros intentos que surgieran como reacción, para corregirla o complementarla, estuvieran enfocados hacia aquellas formas de asociación cuya naturaleza no fuera particularmente política –familia, estamento, clase. Bajo una misma denominación, Historia Social, salieron a la luz distintas propuestas historiográficas que compartían “un olor oposicional”<sup>2</sup>: en el plano científico, buscaban rescatar lo reprimido por la historia general y, respecto al ámbito político, sostenían una mirada crítica acerca de a las condiciones de vida de las mayorías, inquietud que se tradujo en el interés por la historia del “hombre común”, los trabajadores y del movimiento obrero.

Las preocupaciones que guiaban estas propuestas cargaron a *lo social* de contenidos diversos. Por un lado, una primera vertiente comprendía a la historia social como historia de las “clases bajas” y de los movimientos de pobres y trabajadores y se dedicaba, puntualmente, a la historia de las ideas y organizaciones obreras y socialistas. Por otro lado, una segunda vertiente estaba integrada por quienes entendían bajo la misma denominación todas las actividades humanas que se desenvuelven en el plano de lo cotidiano, las “maneras” o “costumbres”, sin dirigir la mirada a un sector en particular sino a la vida cotidiana del colectivo social. Una última acepción combinaba lo social con lo económico, denominándose historia económica y social, se caracterizó por el predominio analítico del primer término, entendible dado el avance de la economía entre las demás ciencias sociales.

El interés por las “clases bajas”, sus ideas y organizaciones políticas nucleó a aquellos historiadores que adscribían a ideas radicales o socialistas y

2 KOCKA, Jürgen *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas*, Alfa, Barcelona, 1989, p. 82-83.

que, por lo tanto, comprometían allí temas de importancia no sólo intelectual sino también política. En esta historia “radical” o “popular” se reconoce la llegada de las ideas de Karl Marx al movimiento obrero y a los partidos políticos socialistas que comenzaban a publicar y difundir sus escritos. La teoría marxista iniciaba asimismo su lenta penetración en las academias por la vía de ciencias sociales como la economía y la sociología donde al momento de estallar la Primera Guerra Mundial ya era reconocida como una teoría social influyente en numerosas investigaciones.<sup>3</sup> Estos historiadores radicales se inspiraron, a su vez, en autores anteriores que, como Jules Michelet, John R. Green<sup>4</sup> y Georges Lefebvre,<sup>5</sup> fueron los primeros en incorporar al “pueblo” como actor colectivo al relato historiográfico. El desafío contenido en la propuesta de escribir “una historia no de los Reyes o Conquistadores ingleses sino del Pueblo”<sup>6</sup> sería retomado en la segunda mitad del siglo XX por un grupo de historiadores marxistas británicos, que reconocieron la filiación de su “historia desde abajo” con la historia “popular” del siglo XIX.

Quienes intentaron una historia de las actividades humanas dejadas de lado por la historia política, los “usos y costumbres” en la vertiente angloamericana, el ocio y la vida cotidiana, no se ocuparon en particular de las “clases bajas” y dejaron una impronta reconocible en cierta visión residual de la historia social que excluyó del análisis no sólo a la política, sino también a la economía y las ideas. La llamada “historia de la cultura” desarrollada en Alemania, si bien abordaba temáticas similares, se distinguió por constituir uno de los primeros intentos de construcción de una síntesis histórica con una mirada totalizadora de la realidad social que buscaba dar cuenta de cada aspecto de la historia sin privilegiar el político, aunque sin excluirlo, y proporcionar explicaciones causales posibilitando la comparación de casos. Karl Lamprecht denominó esta corriente como “historia de la cultura en sentido amplio” y la caracterizó como un análisis histórico de síntesis de las “estructuras psicológico-sociales” donde integraba las dimensiones económicas, sociales, políticas, espirituales y artísticas y donde, desafiando abiertamente los preceptos historicistas, intentaba establecer las leyes del desarrollo histórico. Por su parte, el

historiador de la economía Eberhard Gothein entendía la historia de la cultura como la descripción del devenir de los pueblos, de las ideas y la vida cultural general; así mismo, Ernest Bernheim la definió como “la historia del hombre en sus actividades como ser social, en todos los tiempos y en todos los lugares, en el contexto unitario del desarrollo”.<sup>7</sup>

Esta historia social como integración de campos históricos especiales que trascendían la esfera política gozó de cierta popularidad en los años finales del siglo XIX; sin embargo, para comienzos del nuevo siglo, sus falencias teóricas y metodológicas habían neutralizado su potencial crítico frente a la aún impertertable historiografía académica.

En la Francia del 1900 se hizo el primer intento serio de vincular a la historia con las nuevas ciencias sociales, en especial con la sociología, de la mano de Henri Berr y su *Revue de synthèse historique*, revista de la que fuera fundador y editor. Desde sus páginas se impulsaba una labor interdisciplinaria entre la historia, la geografía de Vidal de la Blanche, la economía y la sociología de François Simiand y Émile Durkheim. Si bien no tuvo buena recepción en sus días, su ejemplo sería tomado por la generación siguiente de historiadores, considerados los “verdaderos padres de la historia social” francesa y cuya propuesta se desplegará en otra revista que cobraría una gran fama y trascendencia internacional, *Annales d'histoire économique et sociale*. Marc Bloch y Lucien Febvre, fundadores y máximos representantes de la etapa inicial de *Annales*, dirigían su ataque contra la historia política, narrativa y *acontecimental*, proponiendo en cambio una historia económica, social y mental.

*Annales* entendía la historia como una ciencia social, distanciada por igual del ideal comtiano y de la historiografía tradicional, como “el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas con otras”.<sup>8</sup> Para construir esta “sociología del pasado” la historia contaba con los aportes de la economía, la demografía y los análisis estadísticos cuya información permitía llegar a conocer las estructuras profundas de las sociedades

3 CASANOVA, Julián *La historia social y los historiadores*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 50.

4 Jules Michelet, francés de ideas republicanas, y John R. Green, inglés, fueron historiadores prominentes del siglo diecinueve.

5 George Lefebvre fue un destacado historiador marxista francés de ideas socialistas, cuya obra sobre los inicios de la Revolución Francesa, *Ochenta y nueve*, fuera prohibida por el régimen de Vichy.

6 Tal era la propuesta de Green en su *Short History of the English People* de 1887.

7 “Justamente”, afirmaba Bernheim, “por eso no queremos considerar la historia política como un apéndice secundario de la historia de la cultura, pero tampoco queremos rebajar a ésta a la categoría de producto accesorio de aquélla. Evitamos tal parcialidad utilizando la expresión ‘social’; pues la política y la cultura son, en igual medida, productos de la socialización humana.” Citado en KOCKA, Jürgen *Historia social...*, cit., p. 84- 86.

8 FEBVRE, Lucien *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1975, p. 40.

del pasado, a diferencia del relato fáctico del historicismo con su apego a la letra del documento.

Entendida en los términos precedentes, *Annales* queda comprendida en la última vertiente de *lo social* que emprendió, en asociación con *lo económico*, la exploración de regiones ignoradas por la historiografía académica de la época, iniciando caminos que condujeron a algunas de las líneas más importantes de la moderna historia social. Por otro lado, en la vertiente económica y social coincidieron historiadores de diversas procedencias: académicos como el belga Henri Pirenne, de orientación sociológica como el alemán Kurt Brey-sig, historiadores radicales y socialistas como los británicos G. D. H. Cole y Nicholas G. L. Hammond, en muchos de los cuales es claramente distinguible la influencia de las lecturas marxistas. A la aparición de *Annales*, en 1929, habría que agregar a su antecesora en el medio francés la *Revue d'Histoire Économique et Sociale* (1913), a su vez, la pionera alemana *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* (1893) —*Revista Trimestral de historia social y económica*—, y la británica *Economic History Review* (1929) la única que no incorpora el vocablo social a su título, ejemplos todas de los nuevos rumbos historiográficos que comenzaban a abrirse y de la necesidad de generar espacios propios para su difusión.

El panorama historiográfico de Estados Unidos para esta misma época presentaba algunas particularidades notables. En principio, hay que destacar que se difundió más velozmente que en el continente europeo la visión de la historia como una ciencia social mas que podía aportar al descubrimiento de las leyes del desarrollo humano y en esa búsqueda creyeron posible combinar las ideas rankeanas con las leyes de causalidad de Lamprecht. La *New History*, como la llamaron, recurría a las ciencias sociales como caja de herramientas metodológicas y conceptuales y tuvo entre sus máximos representantes a James Harvey Robinson, Frederick J. Turner y Charles Beard. En sintonía con la historia radical inglesa, estos autores rechazaban la preeminencia de lo político y la forma narrativa del discurso histórico oponiendo una historia del “hombre común” que no se detuviera a relatar las “gestas” de los gobernantes, consideradas “detalles triviales” que no daban cuenta del curso de la historia.

Más allá de lo limitado del impacto en su tiempo, estos desafíos a la tradición construyeron los cimientos sobre los cuales se erige la Historia Social tal como la conocemos actualmente: colocaron en primer plano a la *sociedad*, tanto sea entendida como diferencia entre individuo y Estado o como sistema total. Asimismo, postularon la importancia de las *estructuras* y los *procesos* frente a los acontecimientos, acciones y personajes individuales. Al acento en

las personalidades, en lo “genial-individual”, la naciente historia social buscó oponer el análisis de las “situaciones colectivas” de la historia.<sup>9</sup>

### Cambiar el paradigma

#### La consolidación de la Historia Social

En 1971, el historiador británico Eric Hobsbawm sostenía en su famoso ensayo “De la historia social a la historia de la sociedad” que aquel “era un buen momento para ser historiador social”, traduciendo en pocas palabras el arduo trabajo que comenzaba a hacerse visible en revistas especializadas, encuentros y, en menor medida, instituciones universitarias que nucleaban a aquellos historiadores e historiadoras que se reconocían bajo la gran bandera de la Historia Social. En su escrito, Hobsbawm señalaba como factor clave de este crecimiento que se iniciara en la segunda posguerra al cambio de inclinación de las ciencias sociales, tradicionalmente refractarias a pensar la dimensión temporal de los fenómenos. Las experiencias vividas bajo los fascismos y el trauma de la Segunda Guerra Mundial junto a las luchas contemporáneas de las colonias y semicolonias por su independencia política o económica habían operado como llamada de alerta para la economía, la antropología y, especialmente, la sociología respecto a la importancia de pensar los problemas de las transformaciones sociales. En este sentido, si en los años de entreguerras fueron aquellos historiadores que no se reconocían bajo el paradigma tradicional quienes intentaron un acercamiento, muchas veces acrítico, con las ciencias sociales —el mismo Hobsbawm reconoce que hasta los años '50 la historia social no sólo estuvo influenciada por los métodos y técnicas de otras disciplinas sino también por sus preguntas<sup>10</sup>—, en las décadas posteriores serán éstas las que comenzarán a buscar en la historiografía claves explicativas de su contemporaneidad.

Esta interrelación entre historia y ciencias sociales se había materializado primeramente en Francia —visible con la conformación de la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Etudes en 1946 a cargo de Lucien Febvre, que luego tomaría el nombre de École des Hautes Études en Sciences Sociales—,

9 Particularmente en torno a la obra de Lamprecht, y su intento de escribir una “historia de las situaciones tanto materiales como espirituales” que le valió la acusación de “materialismo”, la discusión se centró en la oposición entre historia individual e historia de situaciones, historia de los acontecimientos e historia de las estructuras. Véase KOCKA, Jürgen *Historia social...*, cit., p. 90.

10 HOBBSAWM, Eric “De la historia social a la historia de la sociedad” en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 88.

remarcando la particularidad del caso francés donde la institucionalización y, por consiguiente, la legitimidad y amplia difusión de su publicación —*Annales d'histoire économique et sociale*— fue un proceso sistemático que al cabo de pocos años logró colocar a la historia *annalista* como el nuevo paradigma.

En otras latitudes, los avances fueron menos espectaculares, más lentos y dificultosos. En la Gran Bretaña de Hobsbawm, si bien *Past and Present* —revista que fuera pensada como órgano difusor de las nuevas tendencias en ciencias sociales y en historia—, se editaba desde 1952 y en 1976 se le sumarían *Social History* e *History Workshop*, el ingreso a las aulas universitarias era un proceso recién iniciado en el año de escritura de su ensayo. Otro tanto pasaba en Alemania, más específicamente en la República Federal alemana, donde la experiencia de la dictadura nazi y la derrota bélica habían contribuido a restar adeptos a las visiones estatales e idealistas que, por otro lado, se habían mostrado insuficientes a la hora de dar cuenta de los fenómenos de masas. Se abrió así la posibilidad de gestar cambios en la perspectiva historicista dominante y apostar por una comprensión de los procesos y estructuras sociales y económicas como los generadores de transformaciones políticas, ideológicas y culturales. El acercamiento a las ciencias sociales que proveyó de métodos, modelos y teorías y el fin del aislamiento intelectual que abrió las puertas a los últimos desarrollos historiográficos franceses e ingleses terminaron por desarmar las resistencias tradicionales para pensar los fenómenos supraindividuales. En las décadas de 1960 y 1970 la presión de la protesta social y el renacer de la teoría marxista dotaron, finalmente, de “tonos políticos” a la historia social que propugnaban algunos grupos, ciertamente minoritarios, de jóvenes historiadores. Esta vertiente de la historiografía se pensó a sí misma como una “pedagogía político-social con propósito emancipatorio”<sup>11</sup>, asumiendo un compromiso moral en el ejercicio de la profesión. El objeto de estudio de esta nueva generación girará en torno a “las masas silenciadas” por la historia tradicional.

Más allá del ánimo optimista de algunos autores, y atendiendo a la advertencia del historiador español Julián Casanova, no hubo “milagro” que convirtiera a todos los historiadores historicistas a la nueva fe.<sup>12</sup> Siguieron —y siguen— existiendo quienes bajo la única pretensión de reconstruir las acciones de los grandes hombres, ajenos a las teorías de las ciencias sociales, en particular refractarios a los conceptos del materialismo histórico, se sostuvieron

en lugares para nada marginales del escenario académico. El mismo término historia social, por otra parte, no perdió su carácter polivalente y lo producido bajo su ala resultó de diversa valía.

### **La historia social y las ciencias sociales: una sucesión de desencuentros**

Los vínculos entre la historia y las ciencias sociales nunca han sido sencillos, cuando los historiadores sociales recurrieron a ellas en busca de fundamentos teóricos en su enfrentamiento con el historicismo, las ciencias sociales atravesaban un período particularmente renuente respecto a considerar la dimensión procesual de los fenómenos. Así, las claves teóricas para el análisis histórico presentes en la obra de importantes pensadores de lo social como Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber permanecieron inaccesibles, durante buena parte del siglo veinte, para unas ciencias sociales de matriz profundamente positivista.

La segunda generación de *Annales*, hacia los años '50, continuaría la labor de acercamiento iniciada por Bloch y Febvre, en el momento de pleno auge del estructuralismo tanto en la sociología como en la antropología, la resultante fue la aplicación acrítica de conceptos y métodos propios de dichas disciplinas que resultaron, en gran medida, infructuosos para el análisis histórico. Sin embargo, para fines de los años '60 y comienzos de la década siguiente se invirtió la dirección del interés y fueron los sociólogos, en especial los norteamericanos, los que recurrían a la historia social atraídos por sus “éxitos” en áreas de interés para la disciplina —como los estudios sobre familia, demografía, movilidad social o estructuras urbanas basados en métodos cuantitativos—, resultando significativa la difusión lograda por *Annales* en Estados Unidos.

Por esos años, la rebelión de los jóvenes, el movimiento por los derechos civiles, el feminismo de la Segunda Ola y las luchas revolucionarias en el llamado “Tercer Mundo” pusieron en crisis el modelo de “modernización y desarrollo” reclamando la atención de los analistas sociales hacia los procesos de cambio y transformación. Surgió una “explicación alternativa” que resaltaba la política imperialista del capitalismo central como el motivo principal del carácter “atrasado” o “subdesarrollado” de los países pobres, el presente se entendía como resultante de las luchas del pasado, un pasado del que los científicos sociales debían dar cuenta.

Resulta significativo señalar que la matriz de los modelos teóricos que desplegaron mayor influencia sobre los historiadores sociales provenían del siglo XIX: el materialismo histórico de Karl Marx o teoría del cambio revolu-

11 KOCKA, Jürgen *Historia social...*, cit., p. 95.

12 CASANOVA, Julián *La historia social...*, cit., p. 67.



cionario y el evolucionismo. La propuesta de Marx proporcionaba un modelo de transformación histórica a partir de los cambios en el “modo de producción social”, en el que se conforman las “relaciones sociales” correspondientes a una determinada etapa del desarrollo de las “fuerzas productivas” con las que, esporádicamente, entran en conflicto. Este antagonismo latente en la estructura de la sociedad, entre fuerzas productivas y relaciones de producción, se manifiesta como conflicto entre las clases sociales, siendo esta lucha de clases el verdadero “motor de la historia”, generador de transformaciones que pueden afectar a la totalidad de la estructura social —a la base económica, la superestructura y las formas de conciencia.

Los desarrollos más importantes de la historia social marxista se sucedieron en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos desde los años '50, con mayor trascendencia en los '60, de la mano de historiadores como los británicos Christopher Hill, E. P. Thompson y Eric Hobsbawm, el noruego George Rudé y el francés Albert Soboul, cuyas investigaciones se han ocupado fundamentalmente del proceso de transición del feudalismo al capitalismo en distintas latitudes, de los ciclos revolucionarios de los siglos XVIII y XIX y del proceso de conformación de la clase obrera, y como el norteamericano Eugene Genovese que ha trabajado sobre la esclavitud negra en Estados Unidos. La propuesta de estos historiadores supuso la incorporación de los aportes de los autores marxistas de entreguerras que, como Antonio Gramsci, Karl Korsch y Georg Lukács entre otros, emprendieron una revisión crítica de las interpretaciones más cristalizadas y deterministas del, como algunos de ellos lo llamaron, “marxismo vulgar”.<sup>13</sup>

En cuanto a las teorías evolucionistas, en su versión clásica de la mano de Comte, Spencer y Durkheim, compartían la percepción de que las sociedades humanas se desarrollaban desde un grado de organización simple y primitivo, siempre en grado ascendente, hacia uno complejo y estructurado. Bajo esta idea se asumía que las transformaciones evolutivas eran inherentes al sistema e inevitables sus consecuencias; se negaba así, ya sea por innecesaria o por estéril, alguna cualidad transformadora al hombre. Este modelo adoptó en el siglo XX el nombre de funcionalismo, una “teoría del equilibrio” de acuerdo al norteamericano Talcott Parson, que considera que los “sistemas sociales” tienden al equilibrio y que el cambio social es el movimiento de un estado de equilibrio a otro. Así, existiría armonía entre los componentes del sistema, la

13 La perspectiva de la historia social marxista, puntualmente la línea británica, se encontrará desarrollada en otro capítulo de este libro.

cual sólo se vería afectada por la aparición de algún agente externo. En definitiva, al postular a las sociedades como conjuntos armónicos y con tendencia al equilibrio, esta teoría no logra explicar la pervivencia del conflicto y los procesos de cambio a través del tiempo.

La noción de equilibrio sistémico junto a otras nociones de raíz estructuralista fueron tomadas por la segunda generación de *Annales*<sup>14</sup> y aplicadas al análisis histórico. La obra de Fernand Braudel puede considerarse, en parte, como una respuesta a los embates del estructuralismo de fines de los años '50. Puntualmente, una respuesta dirigida a las críticas que el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss realizara acerca de la limitación de la historia al plano de la empiria y su supuesta imposibilidad de modelizar.<sup>15</sup>

Con su conceptualización tripartita de la temporalidad, Braudel apeló a aquello propio del historiador, la duración, para adaptar el “modelo estructural” a la propia disciplina. Así, identificaba la “larga duración” con el nivel estructural haciendo hincapié en el fenómeno de la duración, por sobre el “tiempo social” y el acontecimiento o “tiempo individual”. Dicha concepción presenta el inconveniente de reforzar los fenómenos de duración por sobre los cambios, debilitando el análisis de las transformaciones. En la historia braudeliiana los hombres resultan víctimas pasivas del peso que estructuras como la geografía, el clima o las “mentalidades” ejercen sobre ellos, impidiéndoles ser protagonistas de su propia historia.

### Temas y problemas de la Historia Social

Desde un punto de partida común, el carácter reactivo frente al paradigma historicista y la pretensión de rescatar “la cara humana del pasado” situando a los “sectores populares” en el rol protagónico, definir qué implicaba efectivamente hacer historia social, qué tipo de conocimiento construía y desde cuál perspectiva teórica, siguió siendo una cuestión controvertida. Esta persistente dificultad para definir la incumbencia del término y el objeto de estudio que le correspondiera procedía, como han reconocido sus principales representantes,

14 La cercanía de *Annales* a los planteos de las ciencias sociales, y en especial de la antropología, se remonta al período inicial de la revista. En efecto, los padres fundadores de *Annales* habían tomado el concepto de “mentalidad” de la obra del antropólogo Lucien Levy-Bruhl, cuyos planteos concebían a las sociedades “primitivas” como estáticas y tendían a reducir el problema del cambio histórico a la dualidad primitivo-moderno.

15 Véase al respecto: DOSSE, François *La historia: conceptos y escrituras*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003; e *Historia del estructuralismo. Tomo I: El campo del signo, 1945-1966*, Akal, Madrid, 2004.

de la falta de acuerdo acerca de qué se entendía por sociedad y, en consecuencia, cómo debía ser abordada analíticamente.

En la respuesta que cada vertiente instrumentó puede rastrearse la presencia de las teorías sociológicas y antropológicas vigentes en esos tiempos que fueran mencionadas más arriba. Si se define a la sociedad como agregación de individuos entre los que existen relaciones más o menos causales, se tratará de una conceptualización meramente instrumental que no refiere a una “cosa real”. Este ha sido el camino emprendido por los defensores de una historia cuantitativa, los llamados “cliómetras” –para quienes la historia debe ocuparse de computar, mediante procedimientos “científicos”, los acontecimientos individuales– y por los “individualistas” –que entienden su labor como “una mera reconstrucción interpretativa de las experiencias perceptibles del ‘pueblo llano’”.<sup>16</sup>

Otras teorizaciones de carácter más general o global, en las distintas variantes disciplinares –desde Francia la lingüística de Saussure, la antropología de Lévi-Strauss, la filosofía de Althusser y la segunda generación de *Annales*; desde Estados Unidos la sociología funcionalista de Merton, Parson y Smelser; historiadores marxistas de diversas procedencias– han concebido a las estructuras como la totalidad de lo social o partes o niveles que componen la sociedad y que existen independientemente de los individuos. Entre las vertientes más “holistas” de estas teorías podemos ubicar la historia braudeliana que, combinando el funcionalismo de Parson y el estructuralismo de Lévy-Strauss, presenta a la estructura como causante de su propio devenir. El abordaje de tal fenómeno requiere atender a las entidades e instituciones generales y sus vinculaciones, relegando las acciones individuales.

Por otra parte, quienes postulan la importancia de la conexión entre la acción colectiva e individual y el devenir de las estructuras, definen a la sociedad como un todo estructurado, un conjunto relacional independiente aunque “sueitamente integrado” que reúne una colectividad de individuos. Aquí, como ha sostenido Raymond Williams, la estructura determina “los límites y ejercicios de presiones” dentro de los cuales se desarrolla la acción de los sujetos. Esta perspectiva la encontramos en los trabajos de los historiadores marxistas británicos que se han encargado de destacar en la historia las posibilidades de agencia, que aunque mínimas siempre existentes, en especial de los sectores más marginales de la estructura social. El riesgo latente en esta propuesta reside en la dificultad de sostener el equilibrio entre determinación

estructural y voluntad individual que aliente una comprensión más compleja de los procesos históricos.

Siguiendo estos lineamientos conceptuales, los principales desarrollos de la historia social pueden ser agrupados en torno a dos tipos de definición: una definición amplia, de tendencia totalizadora y estructural, y otra limitada, que concibe lo social como campo diferenciado y se restringe a la descripción de grupos sociales o aspectos particulares de la vida en sociedad, igualmente ignorados por la tradición decimonónica.

Esta última concepción mencionada, de la historia social como historia del campo especial de “lo social”, asimilable en su parcialización a la historia económica, política o militar, presupone una diferenciación entre el estado, la sociedad y la economía difícil de sostener a lo largo de la historia, en tanto dicha diferenciación es un fenómeno histórico en sí mismo. Esta vertiente se ha ocupado de problemas tan diversos como el movimiento obrero, las relaciones entre empresa y trabajadores, los procesos de profesionalización, asociaciones, comportamiento social en el tiempo libre, mentalidades, historia de las mujeres, entre muchos otros temas.

En rechazo a esta concepción estrecha y parcial de lo social, Hobsbawm apostaba en su ya mencionado ensayo por una definición ampliada, en la cual “la historia social nunca puede ser otra especialización como la historia económica u otras historias con calificativo porque su tema no puede aislarse. (...) los aspectos sociales del ser del hombre no pueden separarse de los otros aspectos de su ser, excepto incurriendo en una tautología o en una extrema trivialización. No pueden separarse, durante más de un momento, de la manera en que los hombres obtienen su sustento y su entorno material. No pueden separarse, ni siquiera durante un momento, de las ideas, toda vez que las relaciones de unas con otras se expresan y formulan empleando un lenguaje que entraña conceptos en cuanto abren la boca.”<sup>17</sup>

A esta historia social como “historia de los hombres que viven en sociedad”, Hobsbawm prefiere llamarla *historia de las sociedades*. Inspirado en el propio Marx, presenta un “modelo de trabajo” con el que, sostiene, acordarían la mayoría de quienes se denominaban a sí mismos historiadores sociales:

“Se empieza por el entorno material e histórico, se pasa luego a las fuerzas y las técnicas de producción..., la estructura de la economía consiguiente... y las relaciones sociales que nacen de ellas. Éstas podrían ir seguidas de las instituciones y la

16 CASANOVA, Julián *La historia social...*, cit., p. 74.

17 HOBBSAWM, Eric “De la historia social...”, cit., p. 88.



imagen de la sociedad y su funcionamiento que hay debajo de ellas. (...) La costumbre, por tanto, es trabajar hacia afuera y hacia arriba desde el proceso de producción social en su marco concreto. (...) Una vez establecida la estructura, debe verse en su movimiento histórico".<sup>18</sup>

Partiendo de un "tiempo cronológico real", de "fenómenos que realmente ocurrieron", esta historia de las sociedades pretende reconstruir las estructuras sociales, sus lógicas de perpetuación y cambio sin perder de vista que "la historia real es lo que debemos explicar".<sup>19</sup> Esta perspectiva presupone el establecimiento de un orden de prioridades explicativas que den cuenta del vínculo principal que entreteje los distintos niveles estructurales. Para los historiadores marxistas, como el propio Hobsbawm, el vínculo central está constituido por el entorno material, "los movimientos económicos (en el sentido más amplio de la palabra)",<sup>20</sup> y las relaciones sociales que engendran; los historiadores de la corriente de *Annales*, especialmente los representantes de la segunda generación con Braudel a la cabeza, recurren a una conceptualización de la temporalidad en tres dimensiones, estructura, coyuntura y acontecimiento, para dar cuenta de las dinámicas diversas que rigen en una misma sociedad, no obstante dan prioridad explicativa al nivel estructural —conformado por fenómenos de larga duración como el vínculo de los hombres con su medio ambiente y las estructuras mentales. Otros enfoques totalizadores han naufragado, sin embargo, a la hora de encontrar un principio ordenador, tal el caso del británico Peter Burke quien no logra superar la mera enumeración al definir la historia social como "la historia de las relaciones sociales; la historia de la estructura social; la historia de la vida diaria; la historia de la vida privada; la historia de las solidaridades sociales y los conflictos sociales; la historia de las clases sociales; la historia de los grupos sociales..."<sup>21</sup>

18 "Las tensiones a que se ve expuesta la sociedad en el proceso de cambio histórico y transformación permiten luego al historiador revelar, en primer lugar, el mecanismo general por medio del cual las estructuras de la sociedad tienden simultáneamente a perder y restablecer sus equilibrios, y, en segundo lugar, los fenómenos que son tradicionalmente objeto del interés de los historiadores sociales: por ejemplo, la conciencia colectiva, los movimientos sociales y la dimensión social de los cambios intelectuales y culturales." HOBSBAWM, Eric "De la historia social...", cit., p. 93-94.

19 HOBSBAWM, Eric "De la historia social...", cit., p. 92.

20 HOBSBAWM, Eric "De la historia social...", cit., p. 94.

21 BURKE, Peter *Sociología e historia*, Alianza, Madrid, 1980, p. 35.

El abanico de temas y problemas que han interesado a la historia social, en particular desde los años '50, y que Hobsbawm se encarga de reseñar abarcan desde la demografía y el parentesco, los estudios urbanos, las experiencias de grupos particulares y clases sociales, las mentalidades o culturas, los procesos de transformación de las sociedades —transición hacia el capitalismo, revolución industrial, modernización— hasta los movimientos sociales y la protesta social en general. En esta enumeración es preciso incluir los estudios sobre historia de las mujeres, una de las zonas que mayor impulso recibió enmarcada en esta nueva concepción de la historia, y que constituye una ausencia muy significativa en el estado de situación, por lo demás exhaustivo, de Hobsbawm.<sup>22</sup>

El próspero avance de estas áreas guarda estrecha relación con la aplicación de los nuevos enfoques teóricos en el análisis de las fuentes documentales tradicionales y, principalmente, con la ampliación de la búsqueda documental. Alentada por las nuevas preguntas y nuevos problemas, la historia social apeló a un espectro documental sumamente amplio, incluyendo inventarios domésticos, testamentos, registros parroquiales, cartas, prensa periódica, fondos fotográficos y fuentes orales, entre muchos otros.

Así entendida, la historia social constituyó un cambio profundo y favorable respecto a la historia historicista, proveyó de claves interpretativas para comprender los fenómenos colectivos, los procesos de cambio y permanencia de las estructuras sociales en tiempos largos. Frente al qué y al cómo de la historia política, la historia social se preguntó por el porqué y extendió su campo de interés a objetos que precisaban de una organización serial y analítica de las fuentes más que una "comprensión hermenéutico-individualizadora".

### **Balance y perspectivas actuales**

En las décadas que nos separan del auspicioso balance de Hobsbawm, elaborado en el momento de plena expansión de la historia social, el contexto histórico internacional se vio profundamente transformado con el ascenso de gobiernos conservadores en las principales naciones capitalistas y, especialmente, por el derrumbe de los regímenes del "socialismo real" en los prime-

22 Décadas después, en una reedición de su ensayo, originalmente escrito para una conferencia sobre "Los estudios históricos hoy" en 1971, Hobsbawm intentaba subsanar el error alegando lo incipiente de esta línea de investigación y haciendo partícipe de su ceguera a "los más distinguidos de la profesión", todos varones, que formaban parte de la audiencia. El derrotero de la historia de las mujeres como campo de estudios es abordada en otro capítulo de este libro.

ros años noventa –dando fin a su vez al referente “real” de la posibilidad del cambio revolucionario. Acontecimientos que fueron interpretados por algunos como la “derrota” del marxismo, en tanto pensamiento político y modelo teórico, y proclamaron el “fin de la historia”, a modo de afirmación ideológica del capitalismo como régimen mundial.

En las ciencias sociales, este avance conservador se traduciría en una creciente desconfianza respecto de las explicaciones totalizadoras o estructurales; para la historia implicaría el descrédito de los intentos de producir “grandes relatos”. Así, en la historia social se profundizaría una tendencia ya presente en sus orígenes: la dispersión temática y teórica que condujo a numerosos callejones sin salida y dejó a muchos desalentados por el camino.

El postestructuralismo en el plano teórico, el retroceso del pensamiento de izquierdas en el escenario político –que había sido un gran inspirador de las vertientes “desde abajo” de la historia social– junto con una cierta estabilización institucional –lograda, en muchos casos, tras años de marginalidad académica– hicieron que aquellas tendencias totalizadoras que buscaban dar cuenta de la sociedad como un todo integrado y en movimiento fueran perdiendo fuerza y centralidad entre los historiadores y emergieran relatos fragmentarios, de pequeña escala y, en muchos casos, desconectados del nivel macrohistórico. Si bien persiste en la actualidad cierta incertidumbre respecto al futuro –hay quienes evalúan la situación como “crítica”, “frágil”, o incluso plantean que “en este momento la historia social está luchando por su supervivencia”<sup>23</sup>–, es posible rastrear en algunas propuestas elementos esperanzadores.

El historiador británico Geoff Eley, en un artículo dedicado a dar cuenta de las modificaciones y nuevas influencias que ha recibido la disciplina hacia mediados de los años '90, considera la difusión del postestructuralismo en las ciencias sociales como parte de los factores intervinientes en este “flujo subterráneo” que fuera transformando los modos de entender y producir historia social. En primer lugar, Eley señala la importancia de la teoría de género como transformadora de “las bases desde donde pensamos la historia”<sup>24</sup> en áreas como la historia del trabajo, la formación de clases, ciudadanía y espacio público, nacionalismos y fascismos, entre muchos otros. Por otro lado, la “omnipresente influencia de Foucault” –su teorización sobre la “microfísica

del poder” y los regímenes discursivos– que se ha dejado sentir en los estudios sobre sexualidad, cárceles, hospitales, asilos y políticas de salud pública, así como en las indagaciones sobre la conformación de saberes y disciplinas científicas.

Por último, los estudios culturales como “emergente formación transdisciplinaria” –reúne representantes de la sociología, la antropología, la teoría literaria, y en menor medida la historia– que se ocupan fundamentalmente de fenómenos sociales más cercanos en el tiempo: “la cultura del consumo; las economías del placer y el deseo; el crecimiento del trabajo serial en las tecnologías visuales de cine, fotografía, video y televisión y otros medios comerciales como la propaganda, los comics y revistas; la relación de las mujeres en particular con los géneros de lectura popular...”<sup>25</sup>

Las bases explicativas de esta renovada historia social estarían más vinculadas al lenguaje y el discurso, en consonancia con la vigencia del llamado “giro lingüístico”, lo cual, para algunos autores, derivaría en una “batida en retirada” de la *clase* como categoría.<sup>26</sup> En cambio, la historiadora norteamericana Natalie Zemon Davis sostiene, con una mirada más optimista, que se ha producido un corrimiento del foco de interés hacia los “factores culturales”, entendidos como “los medios de transmisión y recepción, las formas de percepción, la estructura de los relatos, los rituales u otras actividades simbólicas y la producción de los mismos”.<sup>27</sup> A su vez, el modo de trabajar con dichos fenómenos presenta variaciones, con un énfasis mayor en el trabajo de “traducción” o “interpretación” por sobre el establecimiento de correlaciones y los análisis cuantitativos. Por otro lado, el *acontecimiento* ha reingresado en la historia como instancia de cruce entre “lo estipulado y lo contingente”, en tanto permite dar cuenta de “la manera en que los criterios culturales acaban siempre modelando los procesos sociales.”<sup>28</sup>

Debe señalarse que este enfoque *cultural* no estaba totalmente ausente en la “historia social clásica”, las obras de los primeros *annalistas* y algunas vertientes de la historiografía marxista británica dan buena cuenta de ello; no obstante, los desarrollos actuales introducen un nuevo camino al pretender desentrañar la combinación de las *múltiples* dimensiones de la desigualdad so-

23 Al respecto puede consultarse el dossier “¿Qué entendemos hoy por historia social?”, en *Historia Social*, n° 60, Valencia, 2008.

24 ELEY, Geoff “¿El mundo es un texto? De la Historia Social a la Historia de la sociedad dos décadas después”, en *Entrepasados*, n° 17, Buenos Aires, 1999, p. 86.

25 ELEY, Geoff “¿El mundo es un ...”, cit., p. 89.

26 Véase CHACÓN, Francisco “La revisión de la tradición: prácticas y discurso en la nueva historia social”, en *Historia Social*, n° 60, Valencia, 2008.

27 ZEMON DAVIS, Natalie “Las formas de la historia social”, en *Historia Social*, n° 10, Valencia, primavera-verano 1991, p. 177-178.

28 ZEMON DAVIS, Natalie “Las formas de...”, cit., p. 177.

cial –más allá de la clase, incorporan el género, edad, origen étnico, creencia religiosa. Desde este enfoque, una historia social “actualizada” que recupere críticamente lo mejor de su propia tradición e intente sostener un diálogo maduro con las demás ciencias sociales se ocupará ahora menos de las “estructuras” y más de las “prácticas” “pues es en la práctica donde tiene lugar la intersección entre lo discursivo y la iniciativa y acción individual.”<sup>29</sup>

Si bien parece no haber consenso entre los historiadores respecto a la potencialidad del sendero que ha tomado la historia social en la actualidad, aún hay quienes afirman que “el clima intelectual se está transformando y la historia social está conquistando nuevos terrenos. Es todavía –o incluso, es de nuevo– un buen momento para ser historiador social.”<sup>30</sup>

29 CHACÓN, Francisco “La revisión de...”, cit., p. 154.

30 KOCKA, Jürgen “Historia social – un concepto relacional”, en *Historia Social*, nº 60, Valencia, 2008, p. 162.

## La historia social radical: el marxismo británico

DÉBORA CERIO

“Pero la realidad está llena de las más extrañas combinaciones y es el teórico quién debe hallar en esta rareza la confirmación de su teoría, “traducir” en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, a la inversa, presentarse la realidad según el esquema abstracto.”

Antonio Gramsci

### El rescate de la gente común: historia y compromiso.

“¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?” se pregunta un obrero imaginario al observar la barbarie escondida tras los documentos de una cultura que el saber hegemónico siempre ha representado como la obra de unos pocos. “En los libros están los nombres de los reyes. ¿Fueron ellos, pues, quienes levantaron los bloques de piedra?”. Corría el año 1936 y, envolviéndolo en los pliegues de la poética, Bertolt Brecht componía un alegato a favor de una nueva perspectiva para la interpretación del pasado. Algunos años después, la historiografía marxista inglesa lo recuperaría en clave de un proyecto colectivo. Y no es que este llamamiento a la subversión de un relato donde los grandes hombres han eclipsado a sus protagonistas anónimos no hubiera tenido precursores: sí, como ha planteado Eric Hobsbawm, la historia de la gente corriente pudo existir a partir del momento en que ésta se convirtió en un factor constante en la toma de grandes decisiones y acontecimientos políticos, los estudiosos de los movimientos de masas del siglo XVIII –Jules Michelet el primero de ellos– podrían ser los pioneros de esta tendencia. La historia de la Revolución francesa fue, de hecho, el primer laboratorio para el ensayo de sus temas y métodos y la historiografía gala, la que ya en las décadas inaugurales del siglo XX aventuró sus primeras orientaciones.<sup>1</sup> Referencias en este sentido podrían ser tanto los trabajos provenientes del grupo reunido en torno a la revista *Annales* como los que se encuadran en la tradición del materialismo histórico. Un antecedente geográficamente más

1 HOBBSAWM, Eric “La historia desde abajo”, en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 206.

próximo lo constituye la versión liberal radical de la historia popular producida en Inglaterra entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

Lo cierto es que, aún cuando estuviera influenciada por esos recorridos previos, la tradición marxista inglesa popularizó la noción “historia desde abajo”<sup>2</sup>, al tiempo que imprimió al nuevo campo una tonalidad singular. Como aspiración germinada algunos años antes en torno a una experiencia política, su tentativa no se explicitaba solamente en la pretensión de recuperar fragmentos ocultos u olvidados del pasado. Uno de los objetivos centrales al momento de decidir la fundación del “Grupo de Historiadores” del Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB) en 1946, había sido, en cambio, abonar a la construcción de una historiografía que restituyera a los hombres comunes su papel como constructores conscientes de la historia. El rescate de las prácticas de esas personalidades “anónimas” se enfocaba así en su inherente dimensión política. Harvey Kaye ha denominado “historia desde abajo hacia arriba” a este modo de aproximación, en la medida en que la intervención de los de abajo siempre es considerada en relación a un escenario más amplio que la contiene y le da forma: la lucha de clases.<sup>3</sup>

Graduados en las universidades de Oxford y Cambridge entre mediados de los años '30 y los inmediatamente anteriores y posteriores a la Segunda Guerra Mundial (en la cual casi todos prestaron voluntariamente servicio en el bando antifascista), historiadores como Christopher Hill (1910-2003), George Rudé (1910-1993), Victor Kiernan (1913-2009), Rodney Hilton (1916-2002), John Saville (1916-2009), Eric Hobsbawm (1917), John Morris (1913-1977), Dorothy Towers (1923-2011), Edward P. Thompson (1924-1993), Royden

- 2 Aunque el término fue originalmente propuesto por el francés Georges Lefebvre, “La historia desde abajo”, un artículo en donde Edward P. Thompson examinaba lo que hasta el momento se había realizado en ese terreno, al tiempo que convocaba a trasladar el eje de las preocupaciones de las historias clásicas del laborismo desde las formas organizativas de la clase trabajadora (sus partidos y sindicatos) hacia los modos de vida, experiencias y tradiciones de la “gente común”, o en otros términos, hacia el estudio de la “cultura popular”, fue el acicate para la difusión de esta perspectiva en Gran Bretaña. Cfr. THOMPSON, Edward P. “History from below”, en *The Times Literary Supplement*, 7 de abril de 1966. Publicado en castellano en THOMPSON, Dorothy (comp.) *E. P. Thompson esencial*, Crítica, Barcelona, 2002. Otro momento importante de esa recepción había sido *La multitud en la historia*, de George Rudé. Editada en inglés en 1964, la obra reivindicaba el lugar protagónico de “la multitud revolucionaria”, como sujeto colectivo con su propia identidad, intereses y aspiraciones. Cfr. RUDÉ, George *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.
- 3 KAYE, Harvey *Los historiadores marxistas británicos. Un estudio introductorio*, Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, 1989, p. 207-211.

Harrison (1927-2002), entre otros, tuvieron una participación destacada en las actividades del Grupo, en cuyos orígenes se imbrican la acción militante con la inserción —en algunos casos y momentos, decididamente problemática— en las instituciones académicas británicas.

Se trata, por lo demás, de una alianza fácilmente perceptible si se observan los debates en torno a los cuales estos historiadores comenzaron a aglutinarse y que ponen en escena a tres miembros de mayor edad pero muy influyentes en su formación. En principio, los suscitados por un libro de Arthur Morton (1903-1987), *A people's history of England* (1938), texto que proponía un punto de vista con el que todos los miembros podían sentirse interpelados como sujetos políticos, pues al situar el pasado nacional bajo el prisma de la lucha popular les permitía mostrar un largo recorrido en la reivindicación y defensa de los derechos y libertades de la gente común. La influencia de la figura de Dona Torr (1883-1957) y su estudio biográfico sobre Tom Mann se vislumbra asimismo en el énfasis puesto en la vivencia de esos actores. También de importancia crucial fue la intensa polémica en torno al problema de la transición impulsada por los *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, de Maurice Dobb (1900-1976).

Quizás la más resonante de sus iniciativas haya sido la fundación de la revista *Past & Present*, en 1952. Proyecto editorial tendiente a preservar el diálogo con investigadores no marxistas, aunque varios de sus miembros formaron parte del Consejo Editor no fue publicada exclusivamente por el Grupo, expresando así un abanico de miradas en torno al cual se produjeron algunos de los debates más significativos de una historiografía que estaba despertando del sueño narcótico del historicismo, lo que al mismo tiempo era un modo de discutir *políticamente* sobre el pasado, el presente y el futuro. No menos importantes fueron, en este sentido, las temáticas alrededor de las que esos enfoques confluyeron. Reflejada en la atención prestada a lo particular en el estudio de distintas formas de sociedad, en el llamamiento a que la práctica teórica no perdiera el contacto con la historicidad de la vida social, el itinerario de la revista exhibiría una constante preocupación por diferenciarse del estructuralismo.

Pues si un sesgo individualiza al paradigma que tuvo su apogeo en Francia durante los años '50-'60 éste es su radical voluntad de emancipación respecto de la historia, no como disciplina, sino hasta el punto de negar a las ciencias del hombre cualquier fundamento histórico: frente al análisis diacrónico y la referencia al contexto, exalta el predominio de lo permanente, los invariantes, la sincronía, el texto cerrado sobre sí mismo. En su mayoría provenientes de

la filosofía, sus más notables representantes (Claude Lévi-Strauss, Pierre Bourdieu, Jaques Lacan, Louis Althusser, Jaques Derrida, Jean-Pierre Vernant), forman parte según François Dosse de una generación consciente del desafío de unas ciencias sociales que estaban apropiándose de cuestiones que hasta entonces habían sido prerrogativa de la reflexión filosófica, pero orientándose según una vocación más pragmática y centrando sus búsquedas en la articulación entre los conceptos y el campo. Privilegiando un discurso esencialmente conceptual, teórico, el contraataque estructuralista se recostaría en una crítica al modelo de positividad construido por esas jóvenes ciencias y en la afirmación de que éste debía obtenerse de la elaboración filosófica, preservando así la primacía de la disciplina.<sup>4</sup>

Sin embargo, la inquietud por señalar la distancia con dicho paradigma no implicó para los editores de *Past & Present* descuidar el interés por explorar las conexiones entre lo empírico y lo conceptual que, evidenciado en el impulso dado a la colaboración interdisciplinaria con sociólogos y antropólogos, la convirtió en publicación pionera en este sentido. También relacionado con ello, sustentó una concepción de la Historia Social como perspectiva analítica totalizadora que situaba todos los aspectos de la existencia humana en el contexto de sus determinaciones sociales.

Lo más significativo de la contribución de los miembros del Grupo se produciría a partir de su ruptura con el PCGB tras la crisis de 1956<sup>5</sup> y su convergencia en el espacio de la “Nueva Izquierda” que por esos años comenzaba a promover otros modos de entender la práctica política, al tiempo que incorporaba sujetos y reivindicaciones soslayadas por la tradicional. Las recientemente traducidas obras del joven Marx, así como la producción de un conjunto de autores críticos de la ortodoxia, serían las principales referencias teóricas de una renovación de los estudios históricos que los tendría como protagonistas insoslayables.<sup>6</sup>

4 DOSSE, François *Historia del estructuralismo*, Akal, Madrid, 2004, Capítulo 38: “La crisis de crecimiento de las Ciencias Sociales”.

5 En mayo de ese año, Nikita Krushev había presentado al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética un informe secreto en el que denunciaba el culto a la personalidad y los crímenes del stalinismo. Pero la invasión soviética a Hungría —una de las naciones del Este europeo que se rebelaron contra la URSS—, en noviembre del mismo año, aniquiló para miles de militantes comunistas de todo el mundo las expectativas depositadas en que ello abriera las puertas a una “desestalinización”, como consecuencia de lo cual abandonaron sus organizaciones. La mayoría de los historiadores del Grupo hicieron lo propio, con las notables excepciones de Eric Hobsbawm y Maurice Dobb.

6 Esta tendencia se continuaría en una segunda generación vinculada al movimiento de los

### La herencia marxista

Se trata, en efecto, de una perspectiva historiográfica que se nutre de la impugnación de un segmento medular del corpus marxista: aquel desplegado en torno a la problemática de la relación entre base y superestructura. Decía Marx en el archiconocido pasaje de la *Contribución a la crítica de la economía política*:

“En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de las fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*Uberbau*] jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de consciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la consciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su consciencia. En un estadio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o —lo cual constituye una expresión jurídica de lo mismo— con las relaciones de producción dentro de las cuales se habían estado moviendo hasta ese momento. Esas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social. Con la modificación del fundamento económico,

*History Workshops*, “Talleres de Historia” que Raphael Samuel (1938-1996) coordinó en el Ruskin College —la Universidad para adultos de Oxford— a partir de 1966 y en donde trabajadores-estudiantes confluyeron con historiadores e historiadoras socialistas y feministas. La intención de suscitar el interés por la historia por fuera de los ámbitos académicos y de producir una democratización de la disciplina plasmaría en el *History Workshop Journal*, revista fundada en 1976 por Samuel, junto a Gareth Stedman Jones, Sally Alexander, Susan Bullock, Anna Davin, Alun Howkins, Andrew Lincoln, Tim Mason, Stan Shipley y Anne Summers. Este artículo se centrará, sin embargo, solamente en aquel momento fundacional.

todo ese edificio descomunal, se trastoca con mayor o menor rapidez".<sup>7</sup>

Simplificando en extremo el planteamiento marxiano, los herederos socialdemócratas y stalinistas leyeron allí la idea de una determinación unidireccional según la cual el compás del movimiento de la superestructura estaría marcado por el de las fuerzas productivas, un diagnóstico que constriñe las posibilidades de la transformación social al cambio en el suelo económico y donde lo político, lo jurídico y las distintas formas de consciencia social aparecen como su "reflejo". Josep Fontana ha planteado que esta interpretación es el corolario de un movimiento de desnaturalización y fosilización dogmatizante del materialismo histórico —y, consecuentemente, de la práctica historiográfica nacida de él—, protagonizado en distintos momentos por la II y la III Internacional y prolongado en el estructuralismo marxista.<sup>8</sup>

La historia de las Internacionales comienza en el siglo XIX. El supuesto que dio origen a la fundación de la Primera, en 1864, fue que a la acción aislada, dispersa, esporádica, explosiva de los trabajadores por sus reclamos debía suceder una acción consciente y masiva, a través de la reunión de sus grupos y partidos de diferentes países. En el discurso inaugural, Marx, que, como Engels, participó intensamente en sus actividades, planteó sus principios políticos rectores: que la emancipación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos, que ella debía producirse a escala internacional, por medio de la cooperación sistemática de los obreros de todo el mundo, y que éstos debían plantearse la conquista del poder político y, a partir de ella, la total abolición del régimen de clases. Sin embargo, más que una organización fuertemente centralizada, la Asociación Internacional de los Trabajadores fue un punto de comunicación entre diversas sociedades obreras, cuyo reclutamiento mayoritario no provenía de las nuevas ramas nacidas de la revolución industrial sino de los antiguos oficios artesanales. Funcionó básicamente como instrumento y terreno para la popularización de las ideas del socialismo y el debate ideológico con el anarquismo, representado por Mijail Bakunin, contrario a cualquier tipo de autoridad y estado.

Desde su constitución en 1889, uno de los ejes centrales de la actividad de la Segunda Internacional —o Internacional Socialista— fue, en cambio, el

7 MARX, Karl *Contribución a la crítica de la economía Política*, Siglo XXI, México, 2003, "Prólogo", p. 4-5.

8 FONTANA, Josep *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, Capítulo XII: "El marxismo en el siglo XX. I: Desnaturalización y dogmatismo".

impulso al desarrollo de fuertes sindicatos y partidos de clase. La tergiversación de la que habla Fontana se inicia en íntima vinculación con un particular contexto, el del último cuarto del siglo XIX, momento en que el capitalismo europeo transitaba un período de prosperidad —asociada al ingreso en lo que Lenin denominó su fase "imperialista"<sup>9</sup>— que parecía estar retrasando el choque abierto entre la burguesía y el proletariado previsto por Marx y Engels en las décadas anteriores. Con el movimiento obrero cada vez más inclinado al economicismo sindicalista (esto es, la obtención inmediata de beneficios laborales por medio de la negociación sindical), se consolidó la idea del socialismo como fase natural y espontánea de la evolución humana, desvaneciéndose la certeza sobre su dinámica —necesariamente— violenta: el catalizador de las contradicciones sería el propio peso de las transformaciones económicas que, al permitir el avance de la consciencia de clase del proletariado, llevaría a la liquidación del capitalismo. Así las cosas, el socialismo aparecía como inevitable resultado del crecimiento de las fuerzas productivas y la lucha por reformas, esencia de la organización clasista. El poder del estado, progresivamente conseguido por la vía parlamentaria, sería utilizado como palanca del cambio social hasta el momento en que alcanzase un carácter completamente socialista.

Los miembros de la ala reformista defendieron la necesidad de revisar los planteamientos marxianos que no se ajustaran a una práctica política de estas características. Y, desde una perspectiva epistemológica inspirada por el positivismo, entendieron al marxismo como "ciencia natural de la sociedad" en donde el análisis empírico objeto de la sociología aparece dissociado del socialismo. Según una figura simbólica de esta corriente, el militante socialdemócrata alemán Eduard Bernstein, el socialismo es una tendencia, mientras que "la ciencia está libre de toda tendencia; en tanto que conocimiento de hechos, ella no pertenece a ningún partido o clase".<sup>10</sup>

Fundada en 1919, la Tercera Internacional —también denominada Internacional Comunista—, agrupó a los marxistas que se opusieron a la política refor-

9 LENIN, Vladimir *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Editorial Polémica, Buenos Aires, 1974. Lenin señalaba allí que, en tanto "guerra por el reparto del mundo, por la distribución y redistribución de colonias, "esferas de influencia" del capital financiero, etcétera", la primera conflagración mundial representaba el punto de arranque de la transformación del capitalismo en "un sistema mundial de opresión colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del mundo por un puñado de países "adelantados""; pp. 8-10.

10 Citado en LÖWY, Michael *¿Qué es la sociología del conocimiento?*, Fontamara, México DF, 1991, p. 94.



mista, capitalizando el masivo apoyo convocado por el Partido Bolchevique ruso, que había dirigido la Revolución de 1917. La necesidad de argumentar contra el revisionismo generalizaría, en el pasaje entre una y otra época, una visible tendencia a la codificación abreviada de la ortodoxia marxista, que sería el antecedente inmediato de la publicación de los primeros manuales de materialismo histórico, que presentaban de modo esquemático sus elementos más rudimentarios. Este tipo de exposiciones pedagógicas se multiplicaría con el triunfo de la Revolución, cumpliendo una significativa función como medio de legitimación del nuevo sistema. Así, por ejemplo, sobre el *ABC del Comunismo*, de Nikolái Bujarin, Gramsci escribió que representaba la “cristalización de una dañina tendencia a (...) reducir una concepción del mundo a un formulario mecánico que da la impresión de tener toda la historia en el bolsillo.”<sup>11</sup>

Si la Revolución rusa había inspirado movimientos insurreccionales en varios países europeos a la salida de la guerra, la derrota de éstos dejó a la Unión Soviética en soledad, favoreciendo la burocratización del régimen, que se profundizaría tras la crisis de 1927 a 1929 de la cual surgió el fenómeno denominado “stalinismo”. Como plantea Fontana, éste no debe interpretarse en términos de psicología personal o de lucha por el poder sino, por el contrario, como crisis social, en la medida en que, en la situación de atraso y aislamiento de la Rusia soviética —caracterizada por la ruptura de los mecanismos de acumulación del capital previos a la revolución, la destrucción de fuerzas productivas ocasionadas por la guerra mundial y la guerra civil y la ausencia de procesos de transformación social similares en otros países—, resultaba imposible satisfacer la demanda de productos industriales de la población. El camino escogido por el régimen fue transformar radicalmente las condiciones de vida y de trabajo de millones de personas, sacrificando muchas conquistas populares. Así, la colectivización forzosa y una industrialización que no reparaba en los costos humanos, discurrió en paralelo a la eliminación de cualquier forma de oposición a la línea política emanada de la conducción del partido-Estado, mediante la persecución, detención, deportación y ejecución de miles de sus delegados y dirigentes, en muchos casos a través de juicios amañados.<sup>12</sup>

La historia y su teoría tuvieron en este contexto un papel fundamental como medio de construcción de hegemonía. Según una instrucción oficial de 1934 dirigida a los historiadores soviéticos:

11 Citado en FONTANA, Josep *Historia...* cit., p. 219.

12 FONTANA, Josep *Historia...*, cit., p. 220 y ss.

“Una buena enseñanza de la Historia debe crear la convicción del inevitable fracaso del capitalismo (...) y que en todo, en el ámbito de las ciencias, de la agricultura, de la industria, de la paz y de la guerra, el pueblo soviético marcha a la cabeza de las demás naciones, que sus importantes acciones no tienen igual en la historia. (...) Es importante insistir sobre las guerras y los problemas militares para sostener el patriotismo soviético.”<sup>13</sup>

Distorsionada a la medida de las necesidades del Partido, la versión del materialismo histórico codificada por el stalinismo, profundizó la escisión entre historia y teoría señalada por Gramsci en referencia al manual de Bujarin. Las prerrogativas de la investigación histórica quedaban, de tal suerte, reducidas a la tarea de ajustar los datos a las disposiciones de un esquema predeterminado, constreñida como se hallaba en los estrechos márgenes de un rígido marco interpretativo que se suponía universal e incuestionable. En un escrito de 1938, Stalin había consagrado ese esquema único y necesario por el cual habían pasado o deberían pasar todas las sociedades, el “armazón” que el historiador tenía que “rellenar” con hechos, los “cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comuna primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el régimen capitalista y el régimen socialista”.<sup>14</sup> Este divorcio comportaba además el recurso a un burdo economicismo que despojaba al instrumental conceptual del marxismo de toda su potencialidad como instrumento para captar la riqueza de las realidades históricas concretas.

Tributario de la teorización desplegada bajo el influjo de la obra lévi-straussiana y representado de modo conspicuo en la figura del filósofo y militante del Partido Comunista Francés Louis Althusser, el estructuralismo marxista se inscribe políticamente en el debate con las posiciones de un marxismo oficial post-stalinista que, tras la revelación de los crímenes del régimen, viró hacia el humanismo. La intervención althusseriana opuso a la propuesta por la dirección del partido una argumentación que elevaba a la filosofía del “materialismo dialéctico” al rango de fundadora de la racionalidad científica de todas las disciplinas orientadas hacia lo humano, la única capaz de realizar esa síntesis global del saber contenida en los lineamientos del paradigma estruc-

13 Citado en FERRO, Marc *Cómo se cuenta la Historia a los niños en el mundo entero*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1990, p. 239.

14 STALIN, Josep “Materialismo dialéctico y materialismo histórico”, en Ídem, *Cuestiones de leninismo*, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekin, 1977.

tural. Para alcanzar este horizonte Althusser “retorna” a Marx buscando en la economía interna de sus textos la clave de la problemática. Y, ateniéndose exclusivamente a la lógica del nivel discursivo como sistema cerrado sobre sí mismo, percibe una discontinuidad entre un Marx “joven”, que entiende la historia y la política a partir de las categorías filosóficas de sujeto, esencia, alienación, y un Marx “maduro” que critica radicalmente al humanismo para formular una teoría científica de la historia que se libera de todo vínculo con la ideología, porque se desenvuelve fuera del terreno de la praxis.

Esta formulación otorga autonomía al campo científico y preserva la superioridad de la mirada filosófica frente a la de las distintas disciplinas “empíricas”, transformando al marxismo en un método esencialmente anti-histórico. El otro componente que desplaza el eje del marxismo hacia la plena asunción del programa estructuralista es la expulsión de la subjetividad como una de las motivaciones que anima el curso de la historia. Los hombres aparecen en la teoría sólo como soportes de las relaciones estructurales y las formas de su individualidad, como efectos determinados de éstas.

Sin desestimar las diferencias en torno a las cuales estos itinerarios se abrieron paso, podría ubicarse su punto de confluencia allí donde todos acaban ponderando con fuerza la gravitación de fuerzas no humanas sobre la capacidad de acción y creación de mujeres y varones. No sería del todo errado suponer que, al menos considerado de forma genérica, este punto de vista recoge una línea ilustrada por aquel fragmento de la *Contribución*. Tampoco, que la letra de los fundadores cobijaba al mismo tiempo otras posibilidades, menos inclinadas a la percepción del proceso histórico como resultado de una evolución automática, y más atentas a la complejidad de su desarrollo. En un escrito contemporáneo a éste —que no obstante se conocería recién en la década de 1930— Marx lo exponía a través de una analogía que, más sutilmente, enfatizaba el carácter múltiple de las relaciones sociales. En la medida en que el proceso de producción no se define sencillamente como la producción material de la vida sino como una compleja articulación entre la naturaleza, el trabajo y los vínculos humanos, y en la medida también en que las personas producen tanto con el cuerpo como con el intelecto, toda forma de organización social se sostiene en una trama en donde los lazos de carácter económico marcan el tono de la época, mas no proveen todas las condiciones para su existencia:

“En todas las formas de sociedad hay una producción determinada que asigna a todas las demás su rango e influencia. Es una iluminación general en la que se sumergen todos los de-

más colores y que los modifica en su particularidad. Es un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que destacan en él”.<sup>15</sup>

La fisura abierta por dicha tensión, aquella por donde la subjetividad se filtra en la historia, había sido atravesada ya en los años '20 y '30. Desde perspectivas en muchos sentidos disímiles, Georg Lukács, Karl Korsch, Antonio Gramsci o Walter Benjamin fueron algunos de los protagonistas significativos de esa revisión de los dogmas de un marxismo vulgarizado. Inscribiéndose en esta matriz crítica, la tradición de la historia social inglesa también contribuyó a la renovación del materialismo histórico, pero desde la experiencia de una disciplina que hasta entonces había estado mucho menos preocupada por producir categorías de análisis que por ajustarse a los requerimientos metodológicos establecidos desde su constitución como práctica científica.

### **El giro historiográfico**

#### **I) La teoría, revisitada**

El siglo XIX inauguró la certeza de que la historia podía narrarse allí donde se cumplieran las reglas que codifican los usos legítimos de una evidencia cuyo examen permitiría revelar las conexiones generales entre acontecimientos de orden eminentemente político, diplomático y militar. Aunque los cultores de la historia social dieron carta de ciudadanía a nuevos actores, se interesaron por otro tipo de temas y cuestiones y multiplicaron los materiales que podían considerarse huellas de lo pretérito, minando así los cimientos de la historiografía decimonónica, su empeño no fue acompañado por una innovación comparable en términos teóricos: en el utillaje provisto por otras ciencias sociales esperaron encontrar las herramientas para pensar su materia. Sin cuestionar la conveniencia de este vínculo, que por el contrario estimuló, la historiografía marxista inglesa asumió la empresa de proponer un tipo de formulación conceptual que pudiera adecuarse a las particularidades de un objeto en permanente transformación; la encontró por la vía de la articulación de la teoría en el análisis de tramas históricas concretas.

Esta definición tiene como horizonte preciso aquella conversión del apretado y esquemático pasaje de la *Contribución* en canon de una filosofía de la historia que, sin recurrir a la investigación empírica más que para “ilustrar” el modelo, brindaba las respuestas a todas las preguntas que pudieran plantearse

15 MARX, Karl *Grundrisse. Líneas fundamentales para la crítica de la economía política*, Crítica, Barcelona, 1977, p. 30.



sobre el pasado. Ésta nunca fue la intención de Marx y Engels, que a través de esa representación habían procurado más bien formular un programa de investigación; como plantearon en *La ideología alemana*:

“Donde la especulación termina, donde la vida real empieza, allí, en consecuencia, empieza la ciencia real, positiva, la exposición de la actividad práctica, del proceso práctico de la evolución humana. (...) Cuando se describe la realidad, la filosofía autosuficiente pierde su medio de existencia. En el mejor de los casos su lugar sólo puede ocuparlo un resumen de los resultados más generales, abstracciones que se derivan de la observación de la evolución histórica de los hombres. Estas abstracciones en sí mismas, divorciadas de la historia real, no tienen absolutamente ningún valor. Sólo pueden servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar la secuencia de sus estratos separados. Pero en modo alguno proporcionan una receta o esquema, como sí la proporciona la filosofía, para recortar pulcramente las épocas de la historia”.<sup>16</sup>

Pilar fundamental del andamiaje controversial de “Miseria de la teoría”, el libro que Edward P. Thompson consagró a la polémica con Althusser, el tópico echa luz sobre la manera en que los historiadores del Grupo concibieron la relación entre historia y teoría en sus escritos.

Lo que allí se sometía a discusión era, en efecto, el interrogante por las fuentes de las cuales emanan los insumos para la producción de conceptos. El “teoricismo ahistórico” althusseriano –sostenía Thompson– procede a elaborar y verificar la realidad a partir de la “práctica teórica”, es decir, por el puro movimiento del intelecto, sin la necesaria relación con la investigación de realidades concretas. La tradición inaugurada por Marx había propuesto, por el contrario, emprender el cruce por un camino de doble mano entre el pensamiento y la evidencia empírica. Todas las expresiones historiográficas que pretendieran ampararse en ella, lejos de subordinarse a algo como un “corpus general del marxismo-como-teoría” situado en un “Hogar textual que se valida a sí mismo, o un Hogar radicado en la sabiduría de algún partido marxista, o un Hogar en una práctica teórica purificada”,<sup>17</sup> debían interpretar los datos

16 MARX, Karl y ENGELS, Friederich *La ideología alemana*. Citado en HOBSBAWM, Eric “Marx y la historia”, cit., p. 166.

17 THOMPSON, Edward P. *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981, p. 75.

históricos por medio de hipótesis, categorías y técnicas específicas en constante intercambio con los desarrollos producidos en otros campos:

“La patria de la teoría marxista sigue estando donde siempre ha estado, el objeto real humano en todas sus manifestaciones (pasadas y presentes); objeto que, sin embargo, no puede ser conocido por un simple vistazo teórico (como si la teoría pudiera engullir la realidad de un trago), sino sólo a través de disciplinas discretas, informadas por conceptos unitarios. Estas disciplinas o prácticas se encuentran en las fronteras de cada una con las demás, intercambian conceptos, conversan entre sí y se corrigen mutuamente los errores. La filosofía puede –y debe– supervisar, afinar y auxiliar la conversación. Pero si dejamos que la filosofía trate de abstraer los conceptos respecto de las prácticas y construya a partir de ellos un Hogar para la Teoría independientemente de éstas, y además lejos de todo diálogo con el objeto de la teoría, entonces tendremos... ¡el teatro de Althusser!”<sup>18</sup>

Es que, para Thompson, en tanto devenir multifacético y contradictorio, la historia coloca a quienes la estudian ante fenómenos que sólo pueden hallar su definición en contextos particulares.<sup>19</sup> Para aproximarse a ella es preciso formular hipótesis, es decir, organizar conceptualmente los datos para luego constatar su adecuación o rectificarlos. Los conceptos, resultantes precisamente de la generalización a partir de la investigación, son aplicados a los datos, pero no como *modelos* sino más bien como *expectativas*, porque no imponen una regla sino que activan y facilitan la interrogación de la información disponible. A su vez, la realidad ofrece a esas generalizaciones sus propias irregularidades. Muy a menudo, los conceptos y leyes históricas muestran una gran elasticidad: explotación, hegemonía, lucha de clases e incluso otros que parecen admitir menos particularidades, como feudalismo, capitalismo o burguesía, aparecen en la práctica histórica como “familias de casos especiales”.<sup>20</sup>

Con ello, el historiador abría a su vez un frente de batalla contra el procedimiento positivista: en la medida en que la lógica de la disciplina es pensada a partir de un diálogo entre conceptos y datos que es conducido por la formulación de hipótesis, por un lado, y la investigación, por el otro, su tribunal de

18 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 75-76.

19 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 66.

20 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 78.

última instancia no se halla en los datos en sí mismos, sino en los datos interrogados de ese modo. Frente a la ilusión empirista que “cosifica” a la historia, ponderando los documentos preservados en archivos como la única base fiable para su narración y depositarios de una objetividad que es necesario revelar, Thompson mostró que el análisis detallado de los acontecimientos no está reñido con la teoría; antes bien, que su explicación y comprensión la convoca irremediablemente, aunque con seguridad no bajo la forma de la enunciación abstracta. El conocimiento histórico está limitado y definido por las preguntas planteadas a los datos y por los conceptos que informan estas preguntas y, por lo tanto, sólo es verdadero en el campo delimitado por ellos. En ningún caso puede suponerse que el conocimiento histórico es un reflejo de su objeto: “El instrumento interrogativo y la respuesta son mutuamente determinantes, y su relación sólo puede entenderse como diálogo.”<sup>21</sup> No hay relativismo en esta proposición: esos sucesos ocurrieron realmente y nada puede modificar el estatuto ontológico del pasado; el objetivo de la disciplina es alcanzar esta verdad. Pero cada época y cada investigador pueden proponer nuevos interrogantes a los datos o iluminar datos que para otros pueden resultar intrascendentes. Lo central, para que un concepto o una hipótesis sobre causación pueda convertirse en una representación adecuada (aunque, por esto mismo, necesariamente aproximada) de un proceso que efectivamente aconteció en el pasado, es que se encuentre respaldada por la empiria.

Así mirada, la historiografía no aparece ni como una “estación experimental” en donde la teoría fabricada en otra parte puede ser “aplicada”, “contrastada” y “confirmada”<sup>22</sup> ni como conocimiento meramente fáctico al cual resulta ajeno todo esfuerzo de conceptualización. El historiador concebido al modo del marxismo inglés debe rescatar la historia real, desarrollando hipótesis que permitan explicar y comprender formas concretas de organización social, pero la teoría debe construirse desde la misma práctica historiadora y no como pura especulación filosófica. Probablemente, los frutos de este ejercicio de ida y vuelta representen un aporte mucho más significativo al enriquecimiento de la interpretación marxista de la historia que el que jamás haya realizado o pueda realizar la producción de los exégetas de la obra de Marx y de Engels.

21 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 69.

22 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 79.

## II) La centralidad de la lucha de clases

El universo categorial gramsciano podría ubicarse como el antecedente más fácilmente reconocible de este enfoque. Allí donde, mediatizada por la noción de bloque histórico, el italiano actualizaba la exigencia teórico-política de descubrir en cada complejo y disonante conjunto de relaciones sociales los modos peculiares de su articulación, varios de los miembros de esta corriente de historiografía marxista encontraron una referencia para sus investigaciones sobre el origen, desarrollo y expansión del capitalismo, un proceso que, abordado desde sus diversos aspectos constitutivos, sobresale al recorrer el volumen de su producción conjunta.<sup>23</sup> Entendida la transición, entonces, no exclusivamente como cambio económico sino, más ampliamente, como cambio social, el foco se colocó en la configuración de las clases sociales y, pasaje imprescindible de esa exploración, en las ideas, tradiciones y experiencias que modelaron su cultura.

Momento cardinal de la operación de rescate de la potencialidad disruptiva del arsenal interpretativo del marxismo, este dato de su definición como colectivo se especifica en sus estudios históricos a través de la reformulación, clave en ese espacio teórico, de la noción de modo de producción. Desde tal perspectiva, éste ya no será descripto atendiendo exclusivamente a las relaciones económicas que lo caracterizan, en tanto –se plantea– en su conformación intervienen también las que se entablan en el terreno jurídico, político e ideológico: la trama alrededor de la cual se organiza, con sus normas, conceptos críticos y construcciones culturales son piezas fundamentales tanto para conservarlo como para subvertirlo.<sup>24</sup> Podría decirse, de forma abreviada, que lo particular de esta interpretación es la consideración de las relaciones de producción en la diversidad de sus modos de expresión.

Antes que alterar el orden de los factores en la jerarquía causal postulada por la ortodoxia, los marxistas británicos entendieron al modo de producción como un concepto *total*, sosteniendo que en cualquier forma de sociedad las condiciones en las que sus miembros se aseguran la provisión de los medios

23 Así, por ejemplo, la producción de Rodney Hilton sobre las revueltas del campesinado inglés medieval, de Christopher Hill sobre la Inglaterra del siglo XVII, de George Rudé sobre los movimientos populares franceses e ingleses entre los siglos XVII y XIX, de Edward P. Thompson sobre la formación de la clase obrera (siglos XVIII y XIX) o, sin dudas la más diversificada en términos temáticos, de Eric Hobsbawm sobre la “era de la revolución” en Europa, trabajadores, campesinos y otros movimientos sociales, la difusión del nacionalismo, etcétera.

24 THOMPSON, Edward P. “Folklore, antropología e historia social”, en *Historia Social*, Nº 3, Valencia, 1989, p. 96 y ss.

de subsistencia determinan solamente el suelo en el que habrá de proliferar el fermento de la transformación: la acción humana, inevitablemente conformada por el antagonismo de intereses. El hilo que conduce ese proceso es una actividad que halla en las relaciones de producción no un determinante absoluto sino un *límite*. Y la tarea de los historiadores consiste en establecer de qué forma el “ser social” ha ejercido esas presiones sobre la “consciencia social” en coordenadas espaciales y temporales específicas, y cómo esta última ha sido moldeada, a la vez que ha dado forma, a las relaciones sociales de un momento y un lugar particulares. Según Thompson:

“El cambio en la vida material determina las condiciones de ese conflicto, y algo de su carácter; pero el resultado concreto está determinado por el propio conflicto. Esto quiere decir que el cambio histórico sucede, no porque una “base” determinada deba dar lugar a la “superestructura” correspondiente, sino porque los cambios en las relaciones de producción se experimentan en la vida social y cultural, se refractan en las ideas de los hombres y en sus valores, y son cuestionados en sus acciones, sus elecciones y sus creencias”.<sup>25</sup>

Recuperando aquella famosa sentencia del *Manifiesto Comunista* que asegura que la historia de la humanidad es la historia de las luchas de clases, la experiencia de las mismas fue examinada en tanto transcurrir que plasma la actividad de los sujetos, quedando colocado el eje en el análisis de los conflictos a partir de los cuales éstas se formaron.

Y es que lo novedoso de la historiografía marxista inglesa no radica tanto en una originalidad temática como en el viraje interpretativo que produjo al hacer visibles las dinámicas de dominación / subordinación, lucha / adaptación que configuran el entramado de los vínculos colectivamente entablados por los hombres, al dejar de considerar a las clases como estructuras estáticas que pueden definirse haciendo abstracción de esas circunstancias para pensarlas en su condición de sucesos que se verifican en el marco de ciertas relaciones humanas. Más aún, desde el momento en que sólo pueden explicarse en términos de los vínculos que establecen con las demás y en función de su densidad temporal, es decir como acción, reacción, cambio y conflicto, las clases son *relaciones* históricamente construidas. En este dato podría hallarse el fundamento de lo que es peculiar a la versión inglesa de la historia de la

25 THOMPSON, Edward P. “Folklore”, cit. p. 101.

gente corriente, en tanto pretensión explicativa global cuyo interés por la recuperación de la actividad de los oprimidos no supone descuidar la más amplia textura de la dominación de clases en la que ésta se inserta.

### III) Estructura, subjetividad y experiencia: el concepto de clase en E.P. Thompson

Si esta intención de rescate del papel central que la acción y la subjetividad humanas desempeñan en la historia atraviesa la producción textual del marxismo inglés, ella no fue madurada explícitamente como teoría. Más bien insinuada o sugerida, como si los elementos conceptuales formaran una trama que los entrelaza en el denso espesor de la descripción de realidades concretas. Quizás ello se explique en parte por el hecho de que su búsqueda se orientó según el principio de “devolver a los hombres del pasado, y especialmente a los pobres del pasado, el don de la teoría”<sup>26</sup>, afirmación con la que Hobsbawm hiciera referencia a una pretensión común: la de hablar en los términos del horizonte de visibilidad de esas personas, eludiendo la tentación de otorgar prioridad analítica a categorías generadas independientemente de tales situaciones particulares.

Obra fundamental de la historia desde abajo, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Thompson recupera, sin embargo, esa dimensión del planteo a través de unas pocas pero valiosas páginas que condensan las formulaciones acerca de la noción de clase como relación y otras que aluden a los mecanismos de formación de la consciencia colectiva.<sup>27</sup> Con este libro, Thompson se había propuesto discutir con un heterogéneo conjunto de enfoques sobre el surgimiento de la clase obrera —desde la historia económica cuantitativa y el funcionalismo estructural hasta las versiones ortodoxas del marxismo, pasando por buena parte de los observadores contemporáneos, conservadores, radicales e incluso socialistas— que se aproximaban en la medida en que apelaban a las condiciones económicas de su desarrollo como elemento explicativo fundamental:

“En esta tradición, la noción muy simplificada de la formación de la clase obrera era la de un proceso determinado: energía de vapor + sistema industrial = clase obrera. Cierta clase de ma-

26 HOBSBAWM, Eric “Comments”, en *Review*, I, invierno-primavera de 1978, p. 162.

27 Al respecto, puede consultarse también HOBSBAWM, Eric, “La conciencia de clase en la historia”, en *Marxismo e historia social*, Universidad Autónoma de Puebla, México DF, 1983.

teria prima, como la “afluencia de los campesinos a las fábricas”, se elaboraba para producir tantos metros de proletarios con consciencia de clase”.<sup>28</sup>

Una mirada, pues, que considera a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, instituciones y formas culturales. Una concepción de los “recién llegados” a la revolución industrial como si simplemente fueran sus “primogénitos”, esto es: antes que como varones y mujeres reales que participaron del tránsito entre dos modos de organización social —con todo lo que éste implicó en términos de cambios en el entorno productivo y, consecuentemente, en los hábitos de trabajo y de vida—, fueron pensados como su resultado pasivo y, consecuentemente, como masa disponible para asumir sin más las nuevas circunstancias, lista para impregnarse de unos valores y formas de comportamiento y organización colectiva generados independientemente de su propia praxis.

Una vez asumida la definición de la clase como una estructura resultante de ciertas determinaciones (tantos hombres que se encuentran en este o aquel tipo de relación con los medios de producción), se está en condiciones de deducir qué consciencia debería tener este grupo humano si conociera la posición en la que ha sido objetivamente colocada y los intereses reales que la misma prescribe. Para Thompson, desde aquí a sustituir la autonomía de la clase por el Partido o el Teórico capaces de develar su consciencia, no tal y como es sino como debería ser, hay sólo un paso, invariablemente franqueado por todas las especies del economicismo, incluido el althusserianismo.

El principio fundamental en el que se basa su trabajo es, por el contrario, que las clases no pueden definirse exclusivamente por los componentes objetivos de su estructuración, sino que se *forman* a través del conflicto. El único modo posible de hablar de ellas es, en ese sentido, apuntando a las circunstancias específicas de su configuración en contextos reales. O, lo que es lo mismo: formular un a priori teórico sin esta investigación dice poco y nada sobre una clase en particular porque, aunque su surgimiento y desarrollo se encuentra condicionado por las relaciones de producción que son arena de la lucha de clases, ésta se desenvuelve finalmente según cómo los seres humanos responden a las alternativas que la historia les presenta.

28 MERRILL, Michael “Una entrevista con E. P. Thompson”, en THOMPSON, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 295.

Lejos de negar la importancia de las relaciones de producción para definir a las clases, este enfoque ubica en ellas el plano que ofrece el límite determinante de los antagonismos y conflictos de intereses y que, por consiguiente, crea las situaciones posibles de lucha. Pero las clases se delinean sólo en el proceso en el que esta lucha se hace efectiva, según cómo las personas asumen y cuestionan su situación objetiva, y se visualizan como parte de un “nosotros” y en oposición a los “otros”. Acontecer tramado por la acción humana, entonces, como lo plantea en un artículo posterior, “La sociedad inglesa del siglo XVIII ¿lucha de clases sin clases?”:

“Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónicos, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como consciencia de clase. La clase y la consciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico”.<sup>29</sup>

Hay en la formulación thompsoniana una noción que pone en acto las consideraciones sobre la necesidad de superar la mirada reduccionista del modo de producción: esa noción es la de “experiencia”, que se inserta allí operando una mediación entre el ser social y la consciencia social. Porque —dice nuestro autor— “del mismo modo que el ser es pensado, el pensamiento es vivido”<sup>30</sup>: la consciencia de un lugar social no puede adquirirse sino a través del modo como se lo experimenta, y este modo está condicionado por las relaciones sociales en las que las personas se encuentran involucradas.

En tanto no pretende aludir a las vivencias individuales de ciertas situaciones sino a una presión que se define colectivamente en el transcurso de la

29 THOMPSON, Edward P. “La sociedad inglesa del siglo XVIII ¿lucha de clases sin clases?”, en *Tradición...*, cit., p. 37.

30 THOMPSON, Edward P. “Las peculiaridades de lo inglés”. Citado en SAZBÓN, José, “Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson.”, en *Punto de Vista*, año X, N° 29, Buenos Aires, abril-julio de 1987, p. 15.

lucha de clases, la ponderación teórica de la relevancia de la experiencia de las personas le permite a Thompson rescatarlas en su doble condición de protagonistas de un drama en cuyas circunstancias se encuentran involuntariamente envueltas, pero a las cuales contribuyen a delinear, interviniendo en función de sus necesidades, intereses y construcciones simbólicas. Como contingencia que existe en la medida en que mujeres y varones concretos ponen su subjetividad en acción, la clase no deriva entonces de las relaciones de producción sino de la forma en que éstas son experimentadas. Así, la experiencia sitúa la determinación en el tiempo, transmutando la estructura en proceso.<sup>31</sup>

La consciencia de clase expresa esa experiencia en términos culturales, como “tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales”<sup>32</sup>, pero a diferencia de ésta, no está determinada. Ello significa que aunque hay una cierta lógica en las construcciones de grupos laborales similares que pueden tener experiencias similares (similares y no idénticas, porque la relación de explotación adopta modos diversos en cada contexto histórico, modos que están en relación con las correspondientes formas de propiedad y poder del estado), no se puede formular ninguna ley. No ha surgido exactamente de la misma forma en distintos momentos y lugares y, por lo tanto, no hay categoría estática definida previamente que pueda dar cuenta de esta diversidad:

“La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición”.<sup>33</sup>

La comprensión de la clase requiere entonces pensarla en los términos de una formación social, política y cultural que surge de procesos “que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable”. En el caso de la clase obrera inglesa, los años que van desde aproximadamente 1780 hasta comienzos de la década de 1830, durante los cuales ésta “llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos”<sup>34</sup>, basada en la existencia de sus pro-

31 THOMPSON, Edward P. *Miseria...*, cit., p. 262.

32 THOMPSON, Edward P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1986, “Prefacio”, p. XIV.

33 THOMPSON, Edward P., *La formación...*, cit., p. XV.

34 THOMPSON, Edward P., *La formación*, cit., p. XVI. El cuerpo de la obra transita los grandes tramos de esa formación, a lo largo de las tres partes de que se compone: primero, la influencia de ciertas tradiciones populares en la agitación “jacobina” inglesa de la década de 1790 (la de la disidencia puritana y el metodismo, la de los derechos de nacimiento de los ingleses y la de las Sociedades de Correspondencia), luego, las transformaciones en el entorno productivo y las relaciones sociales, con énfasis en los modos en que trabajadores

agrarios, artesanos y tejedores experimentaron la revolución industrial, y, finalmente, el desarrollo del radicalismo plebeyo desde el ludismo hasta el final de las guerras napoleónicas.

Uno de los más insistentes cuestionamientos a la obra de Thompson encuentra su cifra en este argumento, que, para sus críticos, supone subsumir las condiciones estructurales que definen a las clases en el magma subjetivo e históricamente contingente de su identidad, negando así el principio fundamental del materialismo que propone que el modo de producción distribuye objetivamente a las personas en clases, y rechazando en consecuencia la idea de que éstas puedan definirse con referencia a las relaciones de producción. Es ineludible en este sentido evocar la posición de Perry Anderson, quien en su respuesta al debate iniciado por Thompson en *Miseria de la teoría*, apuntaba que “El concepto de clase como una relación objetiva con los medios de producción, independiente de la voluntad o la actitud, no parece necesitar una formulación adicional.”<sup>35</sup>

En la perspectiva de Thompson (así como en la del resto de los marxistas británicos, frecuentemente tachados de “culturalistas”), sin embargo, el eje no está colocado tanto en los factores subjetivos como en la tensión que los enlaza a sus determinaciones materiales y en la necesidad de restituirlos en su interrelación para poder volver inteligible la formación de clases reales. Porque el modo en que los hombres obtienen su sustento y su entorno productivo no pueden abstraerse de los otros aspectos de su ser. O, como él mismo lo planteara:

“Yo no soy de ningún modo un crítico total del marxismo estructural. Ningún marxista puede *no* ser estructuralista, en cierto sentido. De lo que se habla es de una sociedad cuyas partes sólo pueden comprenderse en función de la totalidad. De hecho, si mira mi capítulo sobre “Explotación” en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* se dará cuenta de que lo que se da (...) es exactamente una versión estructuralista”.<sup>36</sup>

agrarios, artesanos y tejedores experimentaron la revolución industrial, y, finalmente, el desarrollo del radicalismo plebeyo desde el ludismo hasta el final de las guerras napoleónicas.

35 ANDERSON, Perry *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Siglo XXI, Madrid, 1985, p. 44.

36 MERRILL, Michael “Una entrevista ...”, cit.

Este recorrido por la propuesta thompsoniana para la reformulación del concepto de clase no podría cerrarse sin advertir la significativa ausencia señalada, desde las antípodas, por Joan Scott. Para ella, *La formación* es una historia básicamente masculina que asocia a las mujeres con la esfera doméstica y considera a ésta como un espacio del cual no podría emanar la política, en tanto y en cuanto “no proporciona la experiencia de la explotación que contiene en sí la posibilidad de una identidad colectiva de intereses que es la consciencia de clase”.<sup>37</sup> Desde su punto de vista, el problema de la obra reside en su apego a una noción de inmanencia de los intereses compartidos que configuran una clase en las relaciones productivas, que se traduce, por un lado, en la descripción de un aspecto particular de la política de principios del siglo XIX, esto es, el vinculado a la tradición racionalista, como si fuera la única forma posible de consciencia obrera y, por otro, en el relegamiento de otras expresiones, por ejemplo la crítica religiosa o el lenguaje de la sexualidad.

En la medida en que esas dicotomías –sostiene la autora– llevan la marca de la oposición masculino / femenino, desplazar la atención desde los intereses y las experiencias que estructuraron las percepciones de los varones, hacia la historia de la organización simbólica y de las representaciones lingüísticas forjadas por trabajadores y trabajadoras permitiría, en contraste, proponer un concepto de clase capaz de dar cuenta de los modos en que el género intervino en el proceso de su construcción. Thompson se hizo eco de la réplica:

“(...) Joan Scott, y no sólo ella, hace una crítica importante a *La formación* que debo atender: la clase obrera era ella misma una construcción mental masculina. Creo que no percibí eso y que ella supo mostrarlo claramente. (...) la formación de las clases y de la consciencia de clase han tenido siempre connotaciones masculinas. Y cuando los historiadores no son conscientes –por suerte ahora en general lo son– se desemboca en una lectura deformada de la historia”.<sup>38</sup>

#### IV) Entre lo pretérito y lo porvenir: el presente del historiador y la política

Quizás sea oportuno advertir, a modo de cierre y justificación de la empresa acometida en este escrito, que la diversidad de aportes contenida en la tentati-

37 SCOTT, Joan *Género e historia*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2008, Capítulo IV: “Las mujeres en la formación de la clase obrera en Inglaterra”, p. 102.

38 CORFIELD, Penélope “Entrevista con E. P. Thompson”, en *Punto de Vista*, año XVIII, N° 51, Buenos Aires, abril de 1995, p. 37.

va del marxismo inglés no es reductible a la afirmación de su homogeneidad teórica. La coincidencia de estos historiadores en tales términos podría sintetizarse, en todo caso, en su índole radicalmente crítica respecto de las formas petrificadas del marxismo. En el propósito de revitalizarlo como método de abordaje de la realidad histórica, haciendo resonar en su construcción cognoscitiva los ecos de una praxis y, a través de ese diálogo, recuperando la complejidad de su aparato conceptual. En la restitución del lugar de la acción humana –de la experiencia, la subjetividad y la capacidad creadora de las personas– en su devenir. Y, también, en la insalvable distancia que guardaron respecto de otros modos de escribir historia social que no la percibieron en su dimensión más peculiar, esto es: la del cambio. Como plantea Hobsbawm, aquí reside una de sus diferencias fundamentales con los historiadores *annalistes*: ellos “creían en una historia que no cambia, creían en las estructuras permanentes de la historia”.<sup>39</sup>

Sin embargo, en la medida en que sus exploraciones individuales expresan recorridos biográficos puntuales, que entrelazan experiencias vitales de diverso tipo, una valoración acabada de su contribución debería atender a sus motivos recurrentes, los matices, las distinciones conceptuales y metodológicas que definen el trabajo de cada autor. El énfasis en el comentario –por lo demás incompleto– de la obra de Edward P. Thompson, trasluce una elección que, más allá de su dimensión subjetiva, se instala en la certeza de una intrínseca coherencia entre propuesta historiográfica y práctica política: la concepción de la historia que devuelve a la lucha de clases su lugar esencial se rebela contra una visión del socialismo como fase más avanzada del desarrollo de las fuerzas productivas para involucrar otra que pone el acento en la supresión de *todas* las formas de opresión.

Desplegadas en contrapunto, si la confluencia entre la intervención intelectual de Thompson y su compromiso con la transformación social pudiera condensarse en un detalle, éste sería probablemente la relevancia concedida a la *voluntad humana* como elemento dinamizador del cambio. El más brillante exponente de la historiografía marxista inglesa fue también, desde su juventud hasta el final de sus días, uno de sus más fervientes militantes. Tras la ruptura con el PCGB, retomó la línea del comunismo libertario que despuntara en algunos de sus escritos tempranos, especialmente a través de la reivindicación de la figura de William Morris, en quien encontró la dimensión moral de la

39 HOBBSAWM, Eric *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 19.



sociedad igualitaria que a su juicio faltaba en los escritos de Marx: la esfera de los valores, de las emociones, de las relaciones personales.<sup>40</sup>

Durante los '60, prolongaría ese derrotero en una serie de ensayos políticos centrados en la reflexión sobre el escenario instalado por la guerra fría, la carrera armamentista y el cercenamiento de las libertades civiles en Gran Bretaña, así como la preocupación por los perfiles de las subjetividades emergentes en el marco de los nuevos movimientos sociales y la posibilidad de su articulación bajo el signo de un "humanismo socialista"<sup>41</sup> que ya no podría identificarse exclusivamente con la clase obrera industrial —el único sujeto revolucionario aceptado por la ortodoxia comunista—. Posicionamientos todos que tuvieron expresión concreta a través de su participación en las luchas universitarias<sup>42</sup> y, muy especialmente, de la febril labor que desarrolló como activista por la paz y a favor de la Campaña por el Desarme Nuclear.

Como práctica y como teoría, el stalinismo había perdido "el ingrediente de humanidad": las personas se le aparecían como "marionetas manipuladas de acuerdo con la idea rectora que el partido reclama como la verdad". Desde la trinchera política de un "socialismo de gente libre",<sup>43</sup> Thompson, en cambio, pensó la historia como un campo de posibilidades cuya realización es una obra enteramente humana.

40 THOMPSON, Edward P. *William Morris. From romantic to revolutionary*, Merlin Press, Londres, 1955.

41 THOMPSON, Edward P. "Socialist humanism: An epistle to the Philistines", en *The New Reasoner*, N° 1, 1957. Disponible en <http://www.marxists.org/archive/thompson-ep/1957/sochum.htm>

42 Thompson fue profesor en el *Centre for the Study of Social History* de la Universidad de Warwick entre 1965 y 1971, cuando abandonó el puesto debido al enfrentamiento con las autoridades de la institución por este motivo y no volvió a trabajar de forma permanente, aunque sí fue profesor visitante en distintas universidades de Estados Unidos. Muy lejos de la estabilidad, los vínculos de Thompson con las instituciones académicas nunca fueron otra cosa que conflictivos y, en referencia a la actividad docente, siempre pareció sentirse más cómodo fuera de los ámbitos formales, especialmente en los espacios educativos destinados a los trabajadores.

43 THOMPSON, Edward P. "Through the smoke of Budapest", *The Reasoner*, noviembre de 1956. Publicado en WIDGERY, David *The Left in Britain, 1956-1968*, Penguin, Harmondsworth, 1976, p. 71.

## El Género de la Historia: aportes y desafíos para el estudio del pasado

ANDREA ANDÚJAR

### Introducción

Hacia mediados de la década de 1970, la historiadora norteamericana Natalie Zemon Davis sostenía que "deberíamos interesarnos tanto en la historia de las mujeres como en la de los hombres, (...) no deberíamos trabajar solamente con el sexo oprimido, del mismo modo que un historiador de las clases sociales no puede centrarse por entero en los campesinos. Nuestro propósito es comprender el significado de los sexos, de los grupos de género, en el pasado histórico".<sup>1</sup>

Esta reflexión surgía en un momento histórico donde la conflictividad social y política había alcanzado múltiples geografías, niveles y dimensiones, y en el cual la Historia de las Mujeres, en sintonía con los movimientos que luchaban por la liberación femenina, había dado sus primeros pasos. Si para entonces este naciente campo historiográfico había denunciado la exclusión de la experiencia de las mujeres en el relato de la Historia General y se había preocupado por restituir su presencia en la reconstrucción del pasado, Natalie Zemon Davis instaba a sus colegas, las historiadoras feministas, a ir más allá. En ese sentido, proponía que la comprensión de esa experiencia femenina pretérita requería no sólo colocar la mirada y el interés en las mujeres, en descubrir qué habían hecho, cómo y por qué, sino también en los varones y, consecuentemente, en las relaciones entre unas y otros.

Por otro lado, no era casual que a fin de explicar el significado historiográfico de esa perspectiva relacional, ella emparentara su propuesta con la labor del "historiador de las clases sociales" quien, para comprender a los campesinos, debía además abordar el estudio de las otras clases sociales con las que ese sector negociaba, convivía y confrontaba. ¿Esto significaba que Zemon Davis concebía a las mujeres como si fueran una clase social? No necesariamente. Pero acudir a esa comparación ejemplificativa revelaba los

1 ZEMON DAVIS, Natalie "Womens History in Transition: The European Case", en *Feminist Studies*, 3, invierno de 1975-1976.

lazos existentes entre el campo de la Historia Social y el de la Historia de las Mujeres, en cuyos inicios el primero fue un valioso aliado.

Asimismo, Zemon Davis introducía una formulación que sería sumamente relevante en la renovación conceptual aportada por la Historia de las Mujeres: “el significado de los sexos”. Con ello, aludía a que el lugar ocupado por las mujeres y los varones en una sociedad, sus vínculos, sus acciones, ideas y percepciones de sí y del mundo circundante, no estaban determinadas por las diferencias biológicas sino que eran el resultado de una construcción cultural y social. Dicho de otro modo, no eran las distinciones basadas en el sexo sino los sentidos sociales y culturales atribuidos a las diferencias físicas lo que articulaba esos lugares, esas relaciones y sobre todo, la desigualdad comprendida en ellas.

En las casi cuatro décadas transcurridas desde el momento en que se publicaron estas reflexiones, fueron muchas las historiadoras y los historiadores que recogieron el guante arrojado por Zemon Davis. Así, esas preocupaciones iniciales han reverberado en un copioso desarrollo de la Historia de las Mujeres, tal como lo indican los numerosos centros de estudio e investigación existentes en universidades tanto internacionales como locales, o las cuantiosas jornadas, congresos y conferencias que año a año reúnen a investigadoras e investigadores de este campo historiográfico y del perteneciente a los estudios de género. Por otra parte, la agenda de temas, períodos y problemas de investigación se ha ampliado constantemente, dando lugar a nuevas y más complejas interpretaciones del pasado. La riqueza y densidad de este crecimiento invita a revisar el camino transitado, un camino que no ha sido -y tampoco lo es hoy- lineal en su evolución ni exento de conflictos, contradicciones e intensas discusiones historiográficas.

El objetivo central de este artículo es, entonces, presentar un recorrido de la Historia de las Mujeres. A tal fin, divide su exposición en dos partes. La primera examina el contexto de su surgimiento y los desafíos metodológicos y conceptuales que este campo historiográfico abrió al colocar a las mujeres como objeto de estudio de la Historia e incluir, tal como reclamaba la historiadora norteamericana, las relaciones entre ellas y los varones como instancia medular en la revisión del pasado. La segunda aborda las formulaciones teóricas e interpretativas propiciadas dentro de este campo, enfocándose fundamentalmente en la construcción del concepto de género. La pretensión aquí es examinar cómo este último, interactuando con la categoría de clase social, ilumina novedosos temas y problemas historiográficos, renueva la metodología

de investigación y el tratamiento de las fuentes que sostienen el conocimiento histórico, y brinda nuevas claves para abordar el pasado.

### 1. Los orígenes

Ninguna tradición historiográfica surge porque sí ni de la nada. Por el contrario, emerge en un momento singular, estimulada por un contexto histórico que le otorga posibilidades y sentido. La Historia de las Mujeres no escapa a esa condición y no es casual, por lo tanto, que su nacimiento se sitúe entre las décadas de 1960 y 1970, cuando estaban en auge formas de lucha y de organización que con distintos alcances y horizontes políticos, ponían en cuestión la reproducción del sistema capitalista. Así, en simultaneidad con quienes batallaban contra la explotación de clases, el imperialismo o el racismo, por ejemplo, mujeres con distintas experiencias políticas previas y disímil extracción social construyeron diversos colectivos políticos para denunciar la opresión femenina y luchar por su emancipación. Articulados en países como Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia o Italia, estos agrupamientos dinamizaron internacionalmente lo que se conoció como el “Movimiento de Liberación de la Mujer”. Aunque sus integrantes guardaban diferencias acerca del significado de esa liberación y sobre cómo obtenerla —diferencias que se expresaban, entre otras cosas, en que algunas se reconocieran como feministas y otras no-, todas ellas reivindicaban un conjunto de derechos relativos a cuestiones tales como la libertad de decidir sobre el propio cuerpo, de gozar sin trabas y abiertamente de la sexualidad, el reconocimiento de la doble jornada laboral femenina, del divorcio vincular o de la igualdad de salarios ante el mismo trabajo.

Fue ese movimiento de mujeres y feminista el que, a partir de su interés por rastrear la presencia y la acción femenina en el pasado para legitimar las demandas y las luchas en ese presente, fomentó la emergencia de la Historia de las Mujeres. Las historiadoras jóvenes que adhirieron al feminismo, entre las que se contaban las norteamericanas Joan Kelly Gadol, Linda Gordon y Gerda Lerner, o la inglesa Sheila Rowbotham no dudaban de eso: hacían Historia porque, como diría años más tarde una de ellas, era necesario “restituir a las mujeres en la historia y devolver nuestra historia a las mujeres”.<sup>2</sup> Para esa generación de historiadoras feministas, perseguir ese doble objetivo suponía

2 KELLY GADOL, Joan “La relación social entre los sexos: implicaciones metodológicas de la historia de las mujeres” en RAMOS ESCANDÓN, Carmen (comp.) *Género e Historia*. México D. F., Instituto Mora/UNAM, 1992.



no sólo hallar las raíces de la opresión, sino también encontrar la forma para subvertir la desigualdad y la subordinación femenina.

Esa búsqueda política alimentó propuestas y formulaciones teóricas dirigidas a cuestionar los saberes universalmente instituidos pues estos habían excluido abiertamente a la gran mayoría de las mujeres en sus estudios. Las razones de esa sustracción no eran fortuitas, aunque tampoco obedecían a una suerte de conspiración machista, planeada por los historiadores para ocultar a las mujeres. En realidad, estaban relacionadas con la tradición positivista y su delimitación de qué hechos y qué protagonistas merecían trascender el paso del tiempo.

Según esta corriente de pensamiento, que había acompañado la configuración de la Historia como saber científico en la segunda mitad del Siglo XIX y no había perdido del todo su vigencia a mediados de la centuria siguiente, esos hechos remitían exclusivamente a los acontecimientos políticos, cuestión que a su vez determinó que el relato del pasado quedara ceñido a la sucesión cronológica de los gobiernos y a todo aquello vinculado con la administración, las constituciones, la diplomacia y la guerra, entre otras actividades entendidas como parte de la política. Por lo tanto, los protagonistas de una narrativa histórica de ese tipo eran privilegiadamente los varones ya que eran ellos los habilitados para ejercer como militares, ministros, reyes o diplomáticos. En cuanto a las mujeres, sólo se había reservado un lugar para aquellas que habían desempeñado esos roles masculinos. Así, reinas, lideresas de ejércitos o amantes con suficiente influencia para torcer la voluntad de un gobernante o de un papa, ocupaban breves páginas en un libro sobre la historia de tal o cual período o podían inspirar alguna biografía que las narraba en y por su excepcionalidad. Consecuentemente, se aportaba información sobre esas mujeres notables y destacadas; pero nada se decía de sus relaciones con las demás mujeres de su clase y mucho menos de las otras, las campesinas, las siervas, las esclavas, las trabajadoras o las obreras que habían compartido los contextos con aquellas.

Si la primera cuestión entonces que las historiadoras feministas registraron y denunciaron fue la ausencia de las mujeres, una de las tareas iniciales consistió en procurar tornarlas visibles en la Historia. Esta preocupación, que marcó muchas de las investigaciones pioneras, se condensó en estudios dedicados a examinar la intervención y el aporte femenino en los grandes procesos de cambio social o en la conformación de movimientos tales como los movimientos obreros, los movimientos de reforma o los movimientos nacionales. Dentro de ese amplio espectro de problemas, un lugar destacado lo ocupó la

indagación de las luchas por el sufragio femenino y los derechos de las mujeres en distintas geografías y momentos históricos.<sup>3</sup>

Esta labor de “desenterramiento” de la experiencia femenina contuvo un importante esfuerzo metodológico. El desplazamiento del foco de interés desde la acción de los varones hacia las mujeres requería, ante todo, hallar sus huellas, es decir, localizar una diversidad de materiales documentales que permitieran dar cuenta de las acciones, presencias y voces de las mujeres en el pasado. Sin embargo, como esa generación de historiadoras descubrió en poco tiempo, el problema del registro era un asunto complejo ya que si para dar cuenta de las mujeres en el pasado había que sostenerse en los datos extraídos de las fuentes oficiales, estatales y públicas, el saldo bien podía ser escaso. ¿Por qué? Porque en gran medida, como ese tipo de registros habían sido generados por quienes dominaban el espacio público, los varones, la información que suministraban concernía a su presencia en él. Así, mientras hurgaban en los más variados fondos documentales intentando además sortear las críticas que bajo el lema de la ausencia de evidencias, afirmaban la imposibilidad de la Historia para incorporar a las mujeres en el relato, repararon en algo crucial para el desarrollo de su apuesta historiográfica: que el mayor límite no estaba en los documentos y archivos en sí mismos sino en las preguntas con las que se los abordaba. Ciertamente, los registros censales, las memorias institucionales, los periódicos, las publicaciones de los partidos políticos, los congresos sindicales o la correspondencia oficial, para nombrar sólo algunas de las fuentes más usadas en la investigación histórica, proporcionaban principalmente referencias sobre la participación económica, política y gremial de los varones. No obstante, aunque con menos estridencias, señalaban a las mujeres, sus vínculos con el mundo del trabajo o su lugar en la organización de la vida y las relaciones familiares. Fueron, entonces, las preguntas en torno a dónde estaban las mujeres, qué habían hecho y cómo se las había considerado socialmente, las que otorgaron visibilidad e importancia a esos datos. También fueron esas preguntas las que llevaron a considerar como fuentes a otro tipo de registros como las memorias, los diarios personales, los periódicos y la literatura escrita por mujeres.

El logro de este empeño consistió en demostrar empíricamente que las mujeres tenían un pasado y que su participación activa en diversos procesos,

3 En esa dirección y en el caso centralmente de las norteamericanas, esas historiadoras retomaron las sendas abiertas por otras que, en las primeras décadas del Siglo XX, se habían ocupado también de temas tales como el movimiento sufragista femenino o la educación de las mujeres.

hechos o acontecimientos no había sido una cuestión excepcional. Asimismo, esa historiografía puso de manifiesto las diversas formas de opresión a las que habían sido sometidas en el terreno jurídico, político y económico en los distintos períodos históricos así como las reacciones ante esas subordinaciones.

Aunque significativos para el avance de la Historia de las Mujeres, estos hallazgos avivaron controversias relacionadas con el enfoque que se había seguido. En efecto, tiempo después, esas mismas historiadoras junto con otras comenzaron a polemizar sobre los límites de una perspectiva que, asentada en el esfuerzo por visibilizar a las mujeres, había dejado de lado el debate sobre el por qué las mujeres habían sido ausentadas del relato del pasado. La búsqueda de respuestas a ese interrogante las condujo entonces, a someter a discusión los parámetros que atravesaban la Historia, enfocándose particularmente en la manera en que los historiadores construían recortes temáticos y periodizaciones, y en cómo y a qué acontecimientos se les asignaba el carácter de hechos históricos.

Joan Kelly Gadol, a quien ya se hizo referencia, expuso este problema cuando formuló la siguiente pregunta: ¿Tuvieron las mujeres Renacimiento? Esta no fue una pregunta en el vacío sino el título de uno de sus estudios<sup>4</sup>. En él, la historiadora norteamericana demostraba que la modernización estimulada por ese humanismo floreciente en Italia antes que en otros países, con su desarrollo de nuevas posibilidades de expresión social y cultural, había alcanzado solamente a los varones. Por el contrario, los efectos del Renacimiento habían sido adversos para las mujeres, sobre todo para las pertenecientes a los sectores dominantes pues ellas experimentaron un retroceso en sus opciones personales y sociales que los varones de su misma clase no sufrieron. Esta afirmación derivaba de haber comparado, en base a una importante exploración empírica, cómo se había regulado la sexualidad de las mujeres y de los varones, qué roles había desempeñado cada uno en el ámbito económico, político y cultural (examinando cuestiones tales como el acceso a la propiedad de la tierra, al poder político y a la educación) y, finalmente, qué ideas sobre las mujeres y los varones habían fomentado los productos simbólicos de la sociedad, el arte, la filosofía o la literatura renacentista. Si bien investigaciones posteriores matizaron algunas de las conclusiones de Kelly Gadol, su estrategia fue sumamente provechosa para el debate historiográfico. Al confrontar

4 KELLY, Joan "¿Tuvieron las Mujeres Renacimiento?" en AMELONG, James y NASH, Mary (comps.) *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia, Alfonso el Magnánimo, 1990 [1977].

las experiencias de las mujeres con las de los varones en áreas de la vida social inexploradas tradicionalmente y bajo novedosos criterios, su trabajo puso en evidencia que un período histórico podía ser analizado de distintas formas. Más aún, demostró que tanto los recortes temporales como lo calificado tradicionalmente como un momento de cambio y progreso eran el resultado de una construcción estructurada en base a una manera de pensar históricamente.

Esa manera fue denominada por algunas feministas como androcéntrica ya que hacía del varón el eje explicativo del funcionamiento de las sociedades. Por lo tanto, si los principios que regían la disciplina histórica con sus hiatos y períodos, sus definiciones sobre aquello que merecía considerarse como un hecho histórico o sobre el significado del avance o del retroceso social se circunscribían a las acciones de los varones, averiguar cómo las mujeres habían tenido un pasado no alcanzaba para ponerlos en cuestión. La disputa contra esa concepción de la Historia requería impulsar una revisión que, como expresa Gisela Bock, trastocara las jerarquías entre lo históricamente importante y lo trivial,<sup>5</sup> y se dispusiera a profundizar el debate sobre qué y quién era significativo en la Historia, qué aspectos y áreas de la vida social se habían dejado afuera y cuáles debían ser tenidas en cuenta para elaborar una narrativa del pasado que contuviera e incluyera las experiencias de ambos sexos.

La pretensión de este cometido podía colaborar también en eludir un riesgo: que la historia de las mujeres quedara segregada o convertida en una historia paralela, en un capítulo aparte que describiera el curso seguido por las mujeres en el tiempo pero fuera incapaz de vincular analíticamente ese derrotero con los relatos sobre el desarrollo político, económico y social del período en estudio.

Otro aspecto que observaron esas historiadoras en relación al enfoque que se había seguido era el relativo al peso adjudicado a la opresión masculina. Para ellas, el énfasis colocado por aquella primera historiografía femenina en tal opresión bien podía transformarse en una trampa. En primer lugar, porque componía una imagen yuxtapuesta de las mujeres que, al situarlas o bien como víctimas o bien como heroínas resistentes, podía obturar la indagación y la comprensión de otras experiencias femeninas que no encajaran ni con la condición pasiva de la primera ni con la de la actividad conscientemente desafiante de la segunda. Asimismo, porque el patriarcado, tal como empezó a nombrarse la institucionalización de la dominación masculina, se volvía una suerte de

5 BOCK, Gisela "La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional", en *Historia Social*, 9, 1991.

constante atemporal utilizada para explicar las más diversas situaciones de explotación y subvaloración de las mujeres. Esto podía conducir a perder de vista la especificidad histórica de la sujeción femenina y con ella, el estudio del cómo y el por qué de la misma en cada momento.

En síntesis, edificar una Historia de las Mujeres que, simultáneamente, pudiera sortear el aislamiento y la caída en miradas esencialistas sobre el lugar y la agencia histórica de las mujeres, implicaba forzar aún más la discusión sobre los parámetros historiográficos y las herramientas metodológicas, y formular nuevas conceptualizaciones, interrogantes, temas y problemas a abordar.

La apuesta de largo aliento que esas historiadoras feministas estaban trazando con sus polémicas y sus búsquedas encontró un aliado trascendental en la Historia Social, campo que también experimentó un importante crecimiento durante las décadas de los '60 y '70 del Siglo XX. Tanto la escuela francesa de *Annales* como la marxista británica, dos de las vertientes más influyentes de esta perspectiva historiográfica en ese momento, objetaban con fuerza el relato histórico circunscripto al estudio del Estado y la política formal, la diplomacia y la guerra. Para ellos, la Historia debía enfocarse en "lo social" y, en tal sentido, dejar de ocuparse de los grandes hombres públicos vinculados con el poder para bucear en la historia de la "gente corriente" y en sus formas y en sus condiciones de vida, en sus redes de sociabilidad, sus usos del tiempo libre, sus hábitos, su cultura y sus percepciones de la realidad. En suma, se proponía construir una "historia desde abajo" - retomando una de las expresiones que aunó a los historiadores marxistas británicos- que, centrada en las experiencias de los trabajadores, los obreros, los campesinos, entre otros sujetos explotados y oprimidos, diera cuenta de cómo estos habían participado en determinados acontecimientos históricos, cuáles habían sido sus percepciones y actitudes ante ciertas coyunturas, cómo habían ido articulando sus intereses, sus derechos y sus nociones de lo justo, y de qué manera habían pugnado contra otros sectores sociales por hacerlos valer.

Estas indagaciones, en las que cobraban centralidad las preguntas sobre la vida cotidiana, las relaciones familiares y comunitarias, las "mentalidades" y las ideologías de esos sectores sociales, colaboraron firmemente en el avance de la Historia de las Mujeres en varios sentidos. En principio, el embate general de la Historia Social contra la historiografía positivista fortalecía el de las historiadoras feministas proporcionándoles además, un importante argumento: si la Historia debía cambiar radicalmente sus horizontes para ocuparse de los sujetos silenciados por la narrativa tradicional, estudiar a las mujeres

ganaba mayor pertinencia ya que ellas habían sido las más silenciadas. A su vez, el interés por examinar las redes de sociabilidad, la vida cotidiana, las relaciones familiares de los de abajo, colaboraba tanto en poder hallarlas como en acceder a un mayor caudal de fuentes sobre ellas porque era en esas relaciones y en esos espacios de la vida social donde las mujeres circulaban más visible o recurrentemente<sup>6</sup>. En tercer lugar, la relevancia brindada a pensar a esos sujetos y sus relaciones posibilitaba recuperar la heterogeneidad de las experiencias históricas y develar los conflictos, enfrentamientos y tensiones dentro de una sociedad determinada. Una reflexión histórica basada en esa clave permitía evidenciar que los procesos históricos no sólo tenían varios protagonistas sino que guardaban impactos diferentes y distintos significados acorde con las vivencias de cada uno de ellos. Ese horizonte analítico se enlazaba justamente con el que había perseguido la historiadora de las mujeres al preguntarse si ellas tuvieron un Renacimiento.

Empero, la alianza entre la Historia Social y la Historia de las Mujeres tenía sus límites y conflictos. Como señala la historiadora francesa Michelle Perrot, la escuela de *Annales*, interesada centralmente en analizar las estructuras económicas y sociales, otorgaba una exigua atención a la dimensión sexual de los sujetos insertos en ellas.<sup>7</sup> Por su parte, los historiadores comprometidos con la corriente marxista británica, aunque no eran en su mayoría insensibles a la "cuestión de la mujer", la suponían como un tema menor. Así, incluso aquellos que vigorizaron nuevas interpretaciones reformulando categorías analíticas cardinales del materialismo histórico, omitieron preguntarse por las implicancias de la diferencia entre los sexos en la formación de las clases sociales, en las experiencias de sus integrantes, en sus prácticas y en sus identidades<sup>8</sup>. En gran medida, esta omisión era fruto de una concepción que

6 Este interés y las posibilidades de convertirlo en una guía de la investigación histórica estuvo profundamente emparentado con el auxilio que la Historia Social halló en disciplinas tales como la Antropología Social y su empeño por colocar en un lugar central el estudio de los roles sexuales y la dinámica de las relaciones de parentesco, la Demografía Histórica y su preocupación por el examen de la conformación de los diversos modelos de familia, en la Economía y su interés por vincular los cambios en los sistemas productivos o la evolución de la economía, sus crisis y recuperaciones con los procesos sociales.

7 PERROT, Michelle "Haciendo historia: Las mujeres en Francia" en RAMOS ESCANDÓN, Carmen (comp.) *Género e Historia*. México DF, Instituto Mora/UNAM, 1992.

8 La renovación apuntada aquí remite fundamentalmente a E. P. Thompson, uno de los más destacados integrantes de esta perspectiva historiográfica, y alude a la profunda historicidad con la que este historiador inglés reformuló los conceptos de clase y experiencia para analizar a los sujetos sociales ya no como subsumidos en estructuras sino en sus mutuas relaciones, valores morales, códigos de conductas, prácticas individuales y colectivas.

ubicaba a la opresión femenina como resultado secundario de la opresión de los proletarios por los capitalistas. Por lo tanto, las tensiones o desencuentros entre las feministas y los marxistas británicos involucraban las opciones y compromisos políticos que unas y otros asignaban a su quehacer historiográfico pues si para aquellas el propósito de su labor era colaborar con las luchas por la emancipación femenina, para esos historiadores británicos estaba en favorecer los desafíos sociales contra la explotación de clases<sup>9</sup>. Los ribetes de esta desavenencia política plantearon un nuevo desafío para muchas de las historiadoras feministas. Ya no sólo se trataba de restituir a las mujeres a la historia sino de demostrar que las contradicciones de clase asumían formas diversas para mujeres y para varones y que, por tanto, la opresión capitalista no podía ser desmontada sin tener en cuenta estas diferencias y las desigualdades que emanaban de ellas.

Esta intención reanimó otro debate al interior de la historiografía feminista, enfocado esta vez en el abordaje de su sujeto de estudio. Así, obligaba a volver sobre sus pasos para detenerse en una pregunta clave: historizar a las mujeres, ¿implicaba asumirlas como un grupo homogéneo, sin diferencias ni contradicciones entre ellas? Sería erróneo situar el origen de tal formulación exclusivamente en las polémicas desatadas con otras corrientes historiográficas pues quedaría desdibujado el acicate proveniente de las discusiones abiertas dentro del mismo movimiento de mujeres y feminista. En ese sentido, fueron cardinales las críticas que, desde las aulas de las universidades y también desde las filas del feminismo político, las afro-descendientes, las migrantes, las latinas y las lesbianas lanzaron contra esa historiografía feminista objetándole su fuerte identificación con mujeres de clase media, blanca y heterosexuales. Para esas historiadoras entonces, el reto se transformó en un doble desafío: desarmar la esencialidad masculina vigente en las nociones de clase social, por un lado y, paralelamente, colocar en la mira de sus investigaciones

Si bien estas nociones delinearón toda su obra, su proposición y el debate que contenía pueden verse expresamente desplegados en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona, Crítica, 1989 [1963] y en *Miseria de la teoría*. Barcelona, Crítica, 1981 [1977].

9 Esta apreciación no pretende forjar la imagen de una contienda protagonizada por dos bandos antagónicos o con diferencias irreductibles, sino trazar algunas de las líneas del debate que convocaba a tales historiadores e historiadoras. De hecho, muchas historiadoras de las mujeres eran ante todo historiadoras sociales (tal el caso de Natalie Zemon Davis) en tanto muchas historiadoras sociales estaban involucradas también con el campo de la historia de las mujeres (como por ejemplo, las inglesas Dorothy Towers, esposa de E. P. Thompson, Sheila Rowbotham y Catherine Hall, integrantes distinguidas de la corriente de la historia marxista británica).

las diferencias de clase, étnicas, regionales y de ejercicio de la sexualidad que marcaron las experiencias de las mujeres.

## 2. Del sexo al género; del género a la clase

Las discusiones concitadas por ese doble desafío condujeron a esas historiadoras a reaccionar, en primer término, ante el lugar fundamental otorgado a la biología tanto en las definiciones sobre el significado de ser mujer y varón como en las explicaciones de sus mutuas relaciones. En efecto, la asimilación del sexo a la naturaleza biológica, poco cuestionada hasta ese momento, constituía la base de los razonamientos orientados a explicar el cómo y el por qué las mujeres y los varones ocupaban un determinado lugar en una realidad social y, también, a justificar las desigualdades entre ambos.

Se puede hallar un ejemplo de ello examinando la forma en que este tipo de razonamientos ponderaba la capacidad reproductiva del cuerpo femenino. Según sus lineamientos, era la naturaleza física de las mujeres la que fijaba el propósito de su existencia: garantizar la multiplicación de la especie. Por tanto, también dictaba el rol que éstas debían desempeñar: cuidar de la prole alimentándola, protegiéndola y educándola. A su vez, estas “aptitudes naturales” sólo podían desarrollarse en el espacio “privado”, donde esa capacidad de cuidado y los sentimientos de amor, comprensión y entrega incondicional que la acompañaban también de forma natural, podían desenvolverse libremente, ajenas y a resguardo de las disputas entre intereses divergentes que se suscitaban en el espacio público. Como advirtieron las historiadoras feministas, la recurrencia a la biología —término que comenzó a utilizarse en el siglo XIX— sirvió para justificar tanto la exclusión de las mujeres del mundo de la política y de la economía desde los albores de la modernidad, como su falta de derechos y su subordinación al poder masculino. Aplicada en el plano estrictamente político, esta lente biológica conducía a una conclusión más infortunada aún: si la condición de las mujeres era el producto la naturaleza, la lucha por su emancipación era un sinsentido o una absoluta fantasía pues chocaba contra los límites impuestos por ella.

Revertir esta operación intelectual y sus derivaciones estimuló la indagación de formulaciones que pudieran quebrar la imbricación de lo biológico con lo sexual, es decir, despejar a la biología de las relaciones sociales entre las mujeres y los varones. Fue así como el “género” hizo su aparición entre las historiadoras feministas.

La introducción de este término a mediados de la década de 1970 perseguía como objetivo hacer desaparecer al sexo como sinónimo de sexualidad

biológica para situarlo en el campo de la producción cultural y social. A esos fines, se postulaba que las diferencias y desigualdades sociales entre los varones y las mujeres eran el fruto de una construcción cultural -y por tanto, mediada por la intervención humana- y no de la anatomía de sus cuerpos. Esto se fue complejizando poco a poco. Para un grupo de historiadoras, el género englobaría un conjunto de relaciones y procesos, algo que ocurría en las relaciones humanas de hecho a partir de una edificación cultural y social que definía el significado de ser mujer y de ser varón tanto en el pasado como en el presente. Para otras, además, se iría conformando como una categoría analítica. Fue la norteamericana Joan W. Scott quien, hacia mediados de la década de 1980, cristalizó una definición teórica de la misma y su utilidad para el análisis histórico.

En un artículo de amplia difusión,<sup>10</sup> definió este concepto en base a dos grandes y complejas preposiciones. La primera de ellas es que “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos”. La segunda es que “el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder”.

Como elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias biológico-sexuales, el género comprende a su vez cuatro elementos: los símbolos culturalmente disponibles; los conceptos normativos; las nociones políticas y las instituciones y organizaciones sociales, y por último, la identidad subjetiva.

En cuanto a los *símbolos culturalmente disponibles*, éstos evocan representaciones múltiples, y en algunas ocasiones contradictorias, sobre las mujeres. Así, en el caso de la tradición cristiana occidental, las figuras centrales de esa evocación son Eva y María. En otras tradiciones, se inscriben mitos de luz y oscuridad o de purificación y contaminación. Por tanto, el trabajo histórico consiste en develar qué clase de representaciones simbólicas son evocadas y en qué contexto histórico y social.

Respecto de los *conceptos normativos*, se trata de aquellos que expresados en doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas, limitan y contienen las posibilidades metafóricas de esos símbolos. Son conceptos que afirman unívocamente el significado de varón y mujer, de lo asignable como parte de lo femenino y lo masculino. Aún cuando los mismos no están

exentos de abiertas disputas, la posición predominante es expuesta como la única posible y como producto del consenso social más que del conflicto. En consecuencia, la tarea de la investigación histórica consiste en descubrir no sólo esos conceptos normativos sino también la naturaleza del debate o de la represión conducente a la aparición de una permanencia intemporal en la representación social sobre el varón y la mujer. Ello permite, además, volver a otorgar dinamismo a esa construcción pues quebranta las nociones de fijeza y naturalización que todo orden social presenta sobre las normas que lo constituyen.

En tercer lugar, este análisis exige *la inclusión de las nociones políticas e instituciones y organizaciones sociales* que atraviesan y cristalizan las relaciones de género. Ello implica, en principio, revisar el sistema de parentesco vigente en una sociedad. Pero también, y sobre todo en las sociedades modernas, requiere detenerse en el examen del mercado de trabajo, la educación y la acción política.

El cuarto elemento alude *a la identidad subjetiva*, conformada a partir de situaciones históricas globales y locales. Esa identidad subjetiva no permanece estática. Por el contrario, es cambiante y conflictiva. Por ende, esta historiadora asume la constitución de la misma a partir de una perspectiva profundamente histórica, alejándose de las premisas psicoanalíticas al afirmar que “si la identidad de género se basa solo y universalmente en el miedo a la castración, se niega lo esencial de la investigación histórica (...) los historiadores necesitan investigar las formas en que se construyen esencialmente las identidades genéricas y relacionar sus hallazgos con una serie de actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas.”

Finalmente, en cuanto a su segunda gran proposición, es decir, respecto del género como forma primaria de las relaciones significantes de poder, Scott remite tanto a la construcción concreta de las relaciones de opresión de los varones sobre mujeres como a la elucidación de la función legitimadora que el género posee en la sociedad. Dicho en otros términos, lo que ella propone analizar es la forma y los mecanismos en los cuales el género no solamente construye relaciones sociales desiguales u opresivas, sino también las legitima naturalizando sus significados.

Esta definición teórica, que recogió en varios de sus enunciados algunas nociones conceptuales con las que venían trabajando las historiadoras de las mujeres, fue eficaz para fundamentar el anclaje cultural de los significados en torno a ser mujer y varón, y explicitar que en tanto producto social, esos sig-

10 SCOTT, Joan W. “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en AMELONG, J. y NASH, M. (comps.) *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia, Alfonso el Magnánimo, 1990 [1986]. Las citas textuales de esta definición explicitadas en el cuerpo central de este trabajo remiten a dicho artículo.

nificados estaban sujetos a conflictos y variabilidades históricas. Asimismo, permitió reflexionar sobre las relaciones de poder advirtiendo de qué manera estas se legitimaban al amparo de la diferencia sexual. Más aún, al postularlo como una categoría que comprometía representaciones sobre lo masculino y lo femenino, su empleo estimuló el examen de actividades y espacios de la vida social con autonomía de la presencia concreta de las mujeres y de los varones en ellos.

De todos modos -y sin desmerecer su utilidad-, es necesario poner de relieve algunos aspectos polémicos derivados de su aplicación analítica dentro del campo de la Historia. Los mismos estuvieron relacionados con un corrimiento impulsado por los estudios de género hacia la teoría del lenguaje enmarcada en las premisas del posestructuralismo francés. Justamente, una de las principales promotoras de este giro fue la propia Joan W. Scott.

En la segunda mitad de la década de 1980 y casi en simultaneidad con su propuesta definitoria del género, esta historiadora explicitaba su alejamiento de la Historia Social, terreno en el que había inscripto originalmente sus investigaciones. Su decisión se fundamentaba en el rechazo a la preeminencia otorgada por esta perspectiva a la estructura económico-social para explicar los procesos históricos, las diferencias entre los grupos sociales y la edificación de sus percepciones, ideas y nociones de sí mismos y del mundo circundante. Según Scott, la propensión de la Historia Social a considerar que tanto las desigualdades entre los sujetos como su conciencia sobre la realidad social se fundaban en su pertenencia de clase, implicaba caer en un reduccionismo analítico por partida doble. Por un lado, reducía al género a un mero subproducto de las relaciones sociales en la esfera de las representaciones y la cultura. Por el otro, creaba una imagen esencialista y universal de las mujeres al suponer que su lugar en una sociedad derivaba de su posición económica (o sexual). Como resultado, se volvía imposible estudiar a las mujeres como sujeto histórico y al género como una instancia en sí misma.

Con la pretensión de desmontar la construcción de las diferencias y desigualdades de género y conferirles un lugar cardinal en el funcionamiento de un orden social, Scott desplazó el foco de sus análisis hacia el discurso. Inspirada en los enfoques teóricos de Jacques Derrida y Michel Foucault, sostuvo entonces que la constitución de los sujetos y sus relaciones sociales, sus diferencias y desigualdades no estaban dadas por la estructura económica y su lugar en ella sino por el lenguaje. En tal sentido, eran los campos de fuerza discursivos y los significados que en su interior se sobreponían, influían y competían entre sí los que producían la realidad social y las representaciones

que las personas tenían de ella. En sus propias palabras, el lenguaje “no solamente posibilita la práctica social; es la práctica social”.<sup>11</sup>

Propuestas como esta guiaron una abundante cantidad de estudios hacia fines del Siglo XX y comienzos del actual. Pero también generaron abiertos rechazos. Como indicaron sus críticos, sostener que los discursos y el lenguaje eran los productores de la realidad social conducía a desaparecer del análisis la acción humana. En efecto, y retomando las preguntas formuladas por una historiadora, ¿cómo podía haber acción si solamente había sujetos producidos discursivamente?, ¿cómo podían indagarse las rupturas y resistencias dentro de una sociedad si la acción humana parecía diluirse ante los omnipresentes “sistemas discursivos”?<sup>12</sup>

Por otro lado, la elección del campo de las representaciones y de los discursos conllevaba a que se dejara de inquirir sobre las diferencias de clase y sobre cómo estas permeaban las acciones y las prácticas de las mujeres. Justamente, frente a estas derivas, algunas historiadoras comenzaron a marcar la necesidad de resituar al género como una categoría relacional vista en cada momento histórico y de indagar sus entrecruzamientos con la pertenencia de clase.<sup>13</sup>

Esta intersección ha enriquecido el abordaje de determinados problemas y períodos históricos. Una muestra de ello puede observarse en los estudios dedicados a la historia social del trabajo en América Latina contemporánea. Si bien es imposible realizar aquí un repaso exhaustivo de los múltiples temas y aspectos investigados bajo tal enfoque, puede intuirse la potencialidad de sus propuestas analíticas revisando brevemente tres cuestiones: el proceso de formación de la clase obrera y trabajadora, el desarrollo de la protesta y la organización proletarias, y, por último, los espacios de la vida social que permean las experiencias de esta clase social, la construcción de sus cosmovisiones y sus demandas por derechos.

En cuanto al primer punto, tanto la lectura a contrapelo de las fuentes estatales, sindicales y empresariales así como la atención puesta en el trabajo

11 SCOTT, Joan W. “Una respuesta a las críticas”, en *Historia Social*, 4, 1989. El subrayado es mío.

12 CAUFIELD, Sueann “Getting into trouble: dishonest women, modern girls, and women in the Conceptual Language of Vida Policial, 1925-1927”, en *Signs*, 19, 1, 1993.

13 Desde perspectivas teóricas diferentes, algunas de estas propuestas analíticas pueden verse en BOCK, Gisela, op. cit.; y HALL, Catherine, “The Tale of Samuel and Jemima: Gender and Working Class Culture in Nineteenth-century England” en HARVEY, H. J. y McCLELLAND, K. (eds.), *E. P. Thompson: critical perspectives*. Philadelphia, Temple University Press, 1990 [1986].



formal e informal posibilitaron develar la participación activa de las mujeres en la construcción de la fuerza laboral, dando cuenta de las condiciones que enmarcaron su presencia así como de la centralidad de la misma para el desarrollo de ciertas industrias como la textil, la alimenticia o la del calzado.<sup>14</sup> También han permitido indagar cómo las nociones de género y las ideas sobre la sexualidad atravesaron los procesos de proletarización en espacios productivos donde la mano de obra era predominantemente masculina. Así, por ejemplo, el estudio de la actividad extractiva en las minas de cobre de El Teniente, en Chile, permitió advertir que el control de la sexualidad femenina y la regulación de los intercambios sexuales mediante la práctica del matrimonio fueron herramientas claves utilizadas por el sector patronal para intentar afincar a los trabajadores en el lugar de trabajo.<sup>15</sup>

Los alcances de tales pretensiones empresariales y las resistencias de los y las trabajadoras ante los mismos configuraron otra arista esencial de esos análisis. Sumaron así más interrogantes a los estudios sobre la protesta y la organización obrera, segunda cuestión que se pretende poner de relevancia aquí. En esa dirección, diversas investigaciones lograron demostrar no sólo cómo las trabajadoras habían activado conflictos sindicales y dinamizado sus propias organizaciones, sino también de qué manera, a la hora de sumar voluntades y legitimar sus reclamos, utilizaron a su favor ciertas representaciones sobre la debilidad y el honor femeninos muy en boga durante la primera

mitad del Siglo XX.<sup>16</sup> Asimismo, diversos estudios han demostrado cómo los ideales de masculinidad y de feminidad articulados en torno al varón como proveedor y a la mujer como garante y cuidadora del hogar, gravitaron en ciertas acciones de protesta, su desarrollo y las demandas que las impulsaron. En tal sentido, develaron que en algunos casos, las protestas obreras habían estado gestadas bajo precisas consignas, reivindicaciones y acciones que no sólo abarcaron a los trabajadores varones sino también a sus familias.<sup>17</sup>

Por otro lado, la densidad de estas interpretaciones ha estado también íntimamente relacionada con exámenes que excedieron el ámbito y el proceso de trabajo, y los conflictos, solidaridades y organizaciones que emergían allí. En efecto, comprender cómo se habían ido construyendo las demandas por derechos, cuáles eran esos derechos y qué ideas de lo justo les daban sustento, qué nociones de masculinidad y feminidad cristalizaron en ello, condujo a ponderar el análisis de otros espacios sociales y de otras actividades que nutrían las experiencias de las clases obreras y trabajadoras, la identificación de sus intereses, sus percepciones o su cultura. Así, las relaciones de sociabilidad y el uso del tiempo libre, el terreno de la comunidad y el del hogar cobraron un lugar central pues posibilitaron escudriñar cómo los y las trabajadoras re-significaron tanto en clave de clase como de género las nociones sobre el trabajo, el ocio y la familia, y de qué manera esas asignaciones de sentido terciaron en las luchas y en la formulación de reivindicaciones.<sup>18</sup>

14 Un desarrollo de estos tópicos puede verse, para el caso de Colombia, en FARNSWORTH-ALVEAR, Ann *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*. Durham, Duke University Press, 2000; para la Argentina, en Lobato, Mirta Z., *Historia de los trabajadores en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires, EDHASA, 2007; y ROCCHI, Fernando "Concentración de capital, concentración de mujeres. Industria y trabajo femenino en Buenos Aires, 1890-1930" en GIL LOZANO, F.; PITA, V. S. e INI, M. G. (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*. Buenos Aires, Taurus, 2000.

15 Véase KLUBOCK, Thomas "Hombres y mujeres en El Teniente: la construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951" en Lorena GODOY, (ed.) *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*. Santiago de Chile, CEDEM, 1995; un proceso similar puede verse en el caso mexicano, siguiendo el estudio de FRENCH, William "Masculinidades y clase obrera en el distrito de Hidalgo, Chihuahua" en *Nueva Antropología*, XVII, 2000. Otro tanto puede decirse de lo ocurrido en la producción azucarera tucumana entre fines del Siglo XIX y comienzos del Siglo XX. Véase BRAVO, María Celia "Entre la resistencia y el conflicto social. Imágenes de la mujer trabajadora en el área azucarera de Tucumán (1888-1904)" en BRAVO, M.C.; GIL LOZANO, F. y PITA, V. (comps.) *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. Tucumán, EDUNT, 2007.

16 Para el caso de la Argentina, un estudio sobre los significados del honor y la moral sexual femenina puede verse en BARRANCOS, Dora, "Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras" en DEVOTO, Fernando y MADERO, Marta (dirs.) *Historia de la vida privada en la Argentina. La argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*. Buenos Aires, Taurus, 1999. Por su parte, para Colombia, un análisis de estas representaciones, sus tensiones y los usos favorables a sus intereses por parte de las trabajadoras es el de FARNSWORTH-ALVEAR, Ann, "El misterio de los hombres desaparecidos: género y clase en Medellín a comienzos de la era industrial" en *Historia y Sociedad*, 5, 1994; y el de FARNSWORTH-ALVEAR, Ann, cit.

17 En el caso de la Argentina, las implicancias de estos ideales y de la presencia de las familias obreras en los conflictos en los que los mismos cristalizaron puede verse en PALERMO, Silvana, "¿Trabajo femenino y protesta masculina? La participación de las mujeres en la gran huelga ferroviaria de 1917" en BRAVO, M.C.; GIL LOZANO, F. y PITA, V. (comps.), op. cit. También puede verse el estudio de D'ANTONIO, Débora, "Representaciones de género en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-1936" en GIL LOZANO, F.; PITA, V. S. e INI, M. G. (dirs.), op. cit.

18 Para indagar estas cuestiones pueden verse, entre otros, los estudios de CHAVERRI, Carmen Murillo "Masculinidad y cultura del trabajo ferroviario en Costa Rica, 1872-1890", en Eugenia RODRIGUEZ SAENZ (ed.), *Entre silencios y voces: género e historia en*

Es preciso subrayar que estos análisis estuvieron atentos a las representaciones, la cultura y la ideología de esas clases. Pero lo hicieron en base a tener en cuenta sus vínculos con las prácticas sociales y a examinar, por tanto, cómo esas representaciones, cultura e ideología fueron configuradas una y otra vez por la agencia de los sujetos. Fue en el enlace realizado entre esas prácticas y las cosmovisiones, entre la acción y los significados construidos sobre las relaciones sociales por los sujetos que las vivenciaron, donde los entrecruzamientos entre las categorías de género y de clase brindaron sus frutos.

Ciertamente, algunos períodos, países y temáticas han merecido mayor atención que otros. Sin embargo, las líneas analíticas abiertas por esos abordajes y las preguntas en que se apoyan han dado lugar a una comprensión más compleja y completa del pasado, y alientan a indexar la agenda historiográfica bajo su guía, revisando momentos y geografías aún no exploradas.

### 3. Reflexiones finales

Este artículo ha señalado un recorrido de la Historia de las Mujeres y por tal motivo, se detuvo en algunos aspectos y soslayó otros -tales como, por ejemplo, los referidos a la trayectoria institucional de este campo historiográfico-. Ello fue el resultado de una elección que privilegió reconstruir esta trayectoria a partir de las búsquedas y los debates historiográficos provocados y alimentados a la vez, por la intención de restituir a las mujeres en la historia y devolver la historia a las mujeres. Así, este trabajo dio cuenta de cómo desde la denuncia inicial sobre la exclusión de ellas de la narración del pasado y los esfuerzos por volverlas visibles, se terminó por poner en cuestión los parámetros de la Historia como disciplina.

También señaló que esas polémicas estuvieron profundamente relacionadas con el compromiso político de las historiadoras que encararon ese camino y con su interés por involucrarse en el debate político dentro y fuera del movimiento feminista y de mujeres.

Asimismo, se detuvo en las discusiones conceptuales y particularmente, en aquellas referidas al uso de la categoría de género, con el propósito de demostrar la heterogeneidad de posturas dentro del campo de la Historia de

las Mujeres y cómo las mismas expresaron acuerdos, desencuentros y reposicionamientos en torno al relato del pasado. En esa dimensión, este trabajo buscó subrayar que la comprensión de que las clases sociales son formadas por sujetos sexuados y que ello incide en cómo experimentan sus relaciones, permite iluminar nuevas preguntas y problemas sobre el pasado.

Finalmente, queda por destacar que la potencialidad de la Historia de las Mujeres para llevar adelante una reconstrucción histórica más densa y abarcativa, ha estado en buena medida relacionada con su capacidad de construir puentes con otras perspectivas. Sus diálogos con la Historia Social, con la Historia Cultural y con una renovada Historia Política, entre otras, han permitido complejizar aún más las aristas del pasado, restituyendo para el análisis la agencia histórica de los sujetos, las singulares formas asumidas por las relaciones entre las mujeres y los varones, las maneras en que las distintas ideologías encarnaron nociones de género con diversos fines y en cómo éstas fueron re-significadas en prácticas, espacios, relaciones, tradiciones y costumbres.

*América Central, 1750-1990.* San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000; TEIXEIRA DA SILVA, Fernando "Valentia e cultura do trabalho na estiva de Santos" en BATALHA C., Da SILVA, F. T. y FORTES, A. (comps.), *Culturas de Classe.* Campinas, Editora Unicamp, 2004 y LOBATO, Mirta Z. *La vida en las fábricas. Trabajo, Protesta y Política en una comunidad obrera, Berisso, 1904-1970.* Buenos Aires, Prometeo Libros, 2001.



## Desarrollos, tramas y desafíos de la Historia Reciente

CRISTINA VIANO

### Hacia un estado de situación inicial: breves consideraciones

**S**i bien las tradiciones decimonónicas que reglaron la práctica de la historia, delimitaron sus objetos, sus temas y sus metodologías han sido puestas bajo sospecha, cuestionadas y luego desbordadas con creciente intensidad y en una multiplicidad de direcciones conforme el siglo XX avanzó, solo en las últimas décadas el despliegue de sustantivas transformaciones hizo jirones otros aspectos de esa herencia que aún poseían notoria vigencia; particularmente esas invocaciones a la historia - que pueden referir tanto a su dimensión procesual como a la disciplina encargada de estudiar y elaborar un relato sobre el decurso humano- que aparecen fuertemente anudadas a un régimen de temporalidad que hace de la consideración del pasado un territorio excluyente.

Ello no había sido siempre así, ya que durante siglos, más precisamente desde la antigüedad clásica y hasta el siglo XVIII mientras la historia mantenía formas pre-modernas, se arrastraron un conjunto de convicciones sobre las que reposaba la posibilidad y la fiabilidad de los relatos históricos: la referencia a la palabra del testigo que había visto los hechos o en su defecto el testimonio de quien había oído contar a quien había visto. El historiador tenía, por tanto, que interrogar en primer lugar a testigos oculares y en segundo lugar a testigos auriculares para averiguar el verdadero estado de las cosas. No obstante, debía demostrar un espíritu imparcial frente a los hechos y la historia “debía reflejar la verdad como espejo”.<sup>1</sup> En el contexto de esta concepción del conocimiento histórico, que hacía del testigo visual un garante de la representación histórica y en que la tradición oral era más confiable que la tradición escrita, el ámbito de la experiencia que podía ofrecer un saber más seguro era el de la historia presente, es decir el de la más próxima.

---

<sup>1</sup> Ver al respecto KOSELLECK, Reinhart *Futuros pasados. Hacia una semántica de los tiempos his-tóricos*. Barcelona, Editorial Paidós, 1993.

El influjo de saberes gestados en la tradición iluminista y particularmente la reorientación que imprimió la perspectiva historicista-positivista posterior, con su trazado de reglas bajo severos preceptos rankeanos, implicó que la historia se afirmara como conocimiento del “pasado”. El presente y el pasado más inmediato perdieron su importancia, junto con los testimonios orales y fueron arrumbados (todos) a un rincón oscuro y marginal. Más aún, sobre el pasado reciente y el propio presente, el positivismo descargaría su furia recomendando el alejamiento de ese territorio de exploración ya que se trataba sin más de política. Para pasar a ser historia debían mediar unas cuantas décadas, que garantizarían el estricto cumplimiento de una regla de oro: la objetividad. Asimismo, ello se sostenía con una estrecha soldadura a los documentos escritos guardados celosamente en archivos preservados de la manipulación, que se constituyeron en una fuente inalterable y fidedigna en contraposición a los testimonios y a su marca de origen; la memoria que tendía a ser complaciente consigo misma y a contaminarse de los acontecimientos posteriores. En suma, a ser muy poco fiable.

Las reglas del saber histórico que canonizaron a los documentos escritos, expulsaron a la oralidad de su territorio, a los tiempos más cercanos y al presente, se desplegaron casi sin obstáculos por un prolongado período y solo se verían cuestionadas por algunas voces aisladas que se alzaron contra ese estado de situación. En los primeros años '40 el historiador Marc Bloch reclamaba contactos más ardientes para la musa de la historia, la casta Clío, quien sobrellevaba una serena aunque desapasionada existencia. Alterar su destino suponía alejarse decididamente de la apacibilidad que le garantizaba el refugio en el estudio de pasados alejados y sin reverberaciones en el presente e internarse en territorios vedados o bien ocupados ya por otras disciplinas “respetables” como la sociología o por otros saberes menos calificados como el periodismo.<sup>2</sup>

2 No obstante, ello no deviene acto en Annales sino hasta unas décadas después de la segunda guerra mundial. François Dosse señala que el común rechazo a la política de los padres fundadores de la revista en los años '30 derivó entre otras cosas en un descuido de los procesos nazi-fascistas; situación sobre la que Bloch, en 1940, se lamentaría. “No nos hemos atrevido a ser en la plaza pública la voz que clama en el desierto... hemos preferido confiarnos en la temerosa quietud de nuestros talleres. Ojalá nuestros muchachos puedan perdonarnos la sangre que hay en nuestras manos” (*L'Étrange défait*, pag 188) en DOSSE, François *La historia en migajas*. Valencia, Edicions Alfons El Magnanim, 1988.

### **Quebrantar las reglas: cuando la memoria irrumpe y lo reciente se hace Historia**

Un breve repaso nos indica que aquello que había sido desalojado y más aún negado, emergió en otro contexto, de la mano de otras problemáticas y se fue dotando (trabajosamente) de una fuerza que no reconoce antecedentes en ningún tiempo pasado. Fue un sector de la historiografía francesa quien se aventuró a investigar en aquel periodo posterior a la segunda guerra mundial y hacia fines de los años '70 ello cobró la forma de una especialidad en el Instituto de Historia del Tiempo Presente, que concebido como una continuidad del Comité de Estudios de la 2da Guerra Mundial concentró -como evidencia embrionaria de sus sostenidas inclinaciones- las investigaciones en torno a la ocupación nazi, al colaboracionismo francés, a la resistencia y también a la actuación de Francia en Argelia. Según su primer director se trataba de “afirmar la legitimidad científica de este fragmento o parte del pasado, demostrando a ciertos miembros de la profesión, más o menos escépticos, que el reto era hacer historia y no periodismo”.<sup>3</sup>

Desde entonces han despuntado numerosas acepciones que intentan dar cuenta de este campo de estudios: historia del tiempo presente, historia actual, historia vivida, historia inmediata, historia fluyente, historia coetánea, historia del pasado reciente, historia viva o historia reciente entre otras. Cada una de estas modalidades ha ido plasmando un devenir en el que los debates por la nominación, la delimitación temporal y el estatuto epistemológico están lejos de haberse agotado y donde también quedan impresas las huellas propias de distintas historiografías.<sup>4</sup>

Sintomáticamente, la temporalidad que aparece acompañando al vocablo historia en todas las ocasiones, está instalada en el corazón del problema. Ahora bien, ¿se trata entonces del abordaje de los problemas atinentes a un marco temporal específico, delimitado al modo en que podemos indicar otros periodos históricos con sus momentos de apertura y también de cierre?, ¿refiere

3 BÉDARIDA, François “Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, N° 20. Madrid, 1998.

4 Actualmente en Francia, el término “Historia Inmediata” se reserva para la historia cultivada por el periodismo de investigación en tanto que “Historia del Presente” refiere más bien a la producción historiográfica, en Inglaterra se ha optado por “Current History” y en España donde recién en la década del '90 se ha comenzado a trabajar sobre el tema, la nominación “Historia del Tiempo Presente” si bien no ha concitado unanimidad, ha abierto el camino para que se la asocie con unas temáticas específicas tanto en lo que hace a los ámbitos académicos como a los debates públicos. Claramente la guerra civil, no tan cercana en el tiempo, ha actuado como matriz de sentido.

acaso al último capítulo de la historia contemporánea que, conforme pasa el tiempo, se extiende más y más? Cada una de las expresivas manifestaciones de la Historia Reciente<sup>5</sup> parece indicar que la respuesta a esas preguntas no puede ser sino negativa; ella rehúsa dejarse atrapar en un marco temporal que pueda determinarse con alcances generales y tampoco estabilizarse, sino que más bien desde sus pasos iniciales, como espacio de conocimiento específico que intentó configurar sus condiciones, la categoría tiempo ha funcionado como una frontera escurridiza, móvil, en permanente despliegue y no universalizable.

Hacer referencia a la Historia Reciente remite a un campo de sentidos en el que la relación de contemporaneidad entre los procesos y problemas que se investigan y el acto de investigar desplegado por las y los historiadores está investido por una proximidad que nos indica, según una difundida fórmula, que “se historiza el pasado vivo” o también que se escribe “la historia del mundo en que vivimos”. Julio Aróstegui ha insistido en que se trata de una modalidad de historización -no de una cronología particular- que implica la historia de la gente viva, la historia hecha con los propios protagonistas actuando en el mismo mundo que la de quienes la escriben.<sup>6</sup> Representa entonces el análisis de procesos en curso, inacabados pero inteligibles; la historia reciente se asienta en la convicción que sobre el pasado reciente y el propio presente es posible forjar una narrativa histórica que se vale de un conjunto de recursos específicos entre los cuales la memoria y la historia oral son de alta significación.

Pero detengámonos en la memoria, ya que ella ha empujado a la Historia más allá de los límites establecidos, al mismo tiempo que se ha convertido en un tema central de la Historia Reciente. En este sentido, es preciso señalar que la Historia Reciente no se conformó como un efecto del desplazamiento de intereses al interior del campo historiográfico ni constituyó meramente un

subproducto de los cambios de agenda de las ciencias sociales, sino que ha sido impulsada fundamentalmente por procesos sociales vivos que han emplazado a las y los historiadores a buscar explicaciones y respuestas a distintas experiencias que han jalonado (muchas de ellas trágicamente) la historia del siglo XX; y desde allí se recorta con potencia la figura de la memoria social y su imperiosidad. Sobre este aspecto volveremos en particular.

Las estribaciones de la historia reciente son variables y discurren por un amplio registro temporal según los espacios nacionales; examinemos algunos casos. Si en Alemania aún perdura en la memoria social el período vinculado con el ascenso y expansión del nazismo, el holocausto y las actitudes colaboracionistas, ello convive con las preocupaciones derivadas de procesos más cercanos en el tiempo como aquellos vinculados a la caída del muro de Berlín, la reunificación y la reconstrucción política después de la desaparición del socialismo real. En España, el franquismo y la transición hacia la democracia, pero también la más lejana guerra civil, constituyen los principales ejes de la memoria social y un estímulo profundo e insistente a los desarrollos historiográficos.

En Argentina, la Historia Reciente fue transitando, definiendo y persistiendo en algunos núcleos de problemas; particularmente las experiencias políticas y sociales de fines de los '60 y los primeros '70 marcadas por el crecimiento de las expectativas revolucionarias que, en consonancia con múltiples emprendimientos que se estaban produciendo en distintos y muy distantes puntos de la geografía mundial y latinoamericana, constituyen un horizonte de sentido inaugural indiscutible. La dictadura más feroz que asoló la Argentina desde 1976 y hasta 1983 acompaña inseparablemente ese ciclo.<sup>7</sup>

Como puede advertirse, las fronteras temporales son muy variadas e involucran procesos que hacen a un registro que abraza a buena parte del siglo XX, procesos que han sobrevivido y han sido transmitidos a través de la memoria social. En esta dirección, la perspectiva generacional ha sido invocada frecuentemente como uno de los fundamentos para pensar el tiempo histórico y más particularmente al tiempo reciente.<sup>8</sup>

5 Vamos a referirnos en adelante a “Historia reciente” ya que bajo este amparo se han desarrollado, en forma predominante, en Argentina un conjunto cada vez más amplios de emprendimientos.

6 “La Historia del Presente no es un proyecto de investigar o de enseñar el pasado o el presente; sino un modo de describir históricamente los procesos sociales en los que nosotros mismos estamos inmersos... La Historia del Presente existe en todas las épocas, no se enmarca en un período precisamente determinado, ni se interesa exclusivamente en la actualidad, sino que su objeto de análisis es el tiempo histórico, en el cual lo presente no es periódicamente actual, sino la razón de lo actual, su perspectiva y su carácter acumulativo”. Ver del autor “La historia reciente o del acceso histórico a las realidades sociales actuales” en RODRIGUEZ FRUTO, Julio (ed) *Enseñar historia: nuevas propuestas*, Barcelona, Laia, 1989. p. 38.

7 No obstante, la extendida condena social hacia la dictadura en Argentina hace que una y otra vez las controversias más intensas, que desbordan ampliamente los marcos de las academias, tengan su ojo de huracán en las experiencias de activismo político-militar de los primeros años '70.

8 Otra sugerencia para delinear el presente histórico puede resultar de la noción “reino de los contemporáneos” introducida por Alfred SCHUTZ, para quien el contemporáneo es “alguien de quien yo sé que coexiste conmigo en el tiempo pero a quien no vivencio en forma

El hecho que cada presente como construcción social conforme un espacio de intersección experiencial que está habitado por distintas generaciones vivas que interactúan (en forma cooperativa, conflictiva o bien con indiferencia), y que reciben influencias de similares acontecimientos, ya sea directamente o a través de un proceso de transmisión, ha llevado a buscar allí algunas coordenadas para delimitar los escenarios múltiples de lo reciente. Julio Aróstegui<sup>9</sup> subraya que en el interjuego de generaciones sucesoras, activas y antecesoras se produce un proceso de centralidad de lo que denomina como “generación activa”; es decir el de aquella que posee el máximo de potencialidades y recursos sociales e ideológicos en cada momento histórico para imponer como hegemónica su propia percepción del mundo. Sugiere que las formas, las interpretaciones y mediaciones que acompañan a la actividad social y que imponen su hegemonía principal están ligadas a una edad y a su experiencia histórica y que por ello la interacción social y generacional más significativa muestra la existencia predominante de una generación activa; la que ocupa la zona central en la pirámide demográfica a partir de los treinta y cinco o cuarenta años que es la que acapara la mayor parte de las posiciones de procedencia social, controla la política e impone un estilo vital.

En tanto una generación se mantiene en esa posición central despliega sus formas de dominación ideológica con un grado de sutileza y de intermediación para hacer viable la absorción de posibles rupturas internas y morigerar el impacto que supone la aparición de posiciones alternativas y/o contrapuestas.<sup>10</sup> Para el historiador español se constituye un “sistemas de vigencias” que

*inmediata*”. El concepto supone tanto el establecimiento de relaciones personales (cara a cara) como impersonales que forman parte de entidades colectivas y anónimas (como el estado o la clase social). Ver del autor *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Buenos Aires, Paidós, 1972. p. 209.

9 Siguiendo las perspectivas de Karl Manheim y Ortega y Gasset, concibe a las generaciones como entidades sociohistóricas que participan en una misma experiencia histórica. La generación activa no es la que atraviesa la plenitud de la edad activa sino que es la poseedora del mayor número de los resortes de la preeminencia social, los puestos de dirección y de producción ideológica. AROSTEGUI, Julio *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid, Alianza, 2004. p. 136 y 137.

10 Esa afirmación tal vez merezca ser relativizada desde una doble perspectiva; por una parte señalando que en ocasiones no es la generación central la que asume el peso de la historicidad sino que, como muestran algunos procesos ya insurreccionales ya revolucionarios (también contrarrevolucionarios) son las generaciones más jóvenes las que disputan no solo el relevo vital sino también el sentido de los procesos; y por otra moderando la centralidad de los grupos generacionales en los procesos históricos para visibilizar paralelamente otras variables no menores como la clase, el género o la ideología.

incluye las cuentas rendidas acerca de la interpretación histórica de su tiempo. “Una vez más, se trataría de la generación que se encuentra viviendo la que porta las soluciones que se presentan como vivas y centrales en un momento histórico dado. De ahí que en nuestra propia formulación puede decirse que la historia del presente es, en último análisis la construcción de la historia de sí misma que hace la generación vigente, una autohistoria o egohistoria”.<sup>11</sup>

La Historia Reciente se ha desarrollado en estrecha asociación con otro fenómeno distintivo y característico de las sociedades contemporáneas; nos referimos a la expansión de la memoria como un elemento de alta significación de la vida social, la cultura y la política. Memoria que suele presentarse en singular y a secas, pero las más de las veces acompañada; memoria colectiva, memoria individual, memoria nacional, memoria histórica, memoria social, memoria herida, memoria hegemónica, deber de memoria, trabajo de memoria o memoria crítica; también en plural bajo la forma de memorias en conflicto o memorias colectadas. Este proceso ha sido denominado acertadamente como “boom de la memoria”. Los interrogantes surgen inmediatamente ya que no se trata solo de nombrar sino también de explicar: ¿por qué la memoria ha adquirido semejante centralidad?, ¿cuándo se ha iniciado ese proceso?, ¿a qué problemas remite?, ¿cuáles son los significados?, ¿constituye meramente un procedimiento marketing de la nostalgia impulsado por la poderosa industria cultural?, ¿cuáles son los vínculos que establece la memoria con la Historia?

Las respuestas han sido múltiples y no necesariamente coincidentes. Se ha señalado que tan explosivo fenómeno encuentra arraigo en el escepticismo de las décadas del 80/90 del siglo que dejamos atrás, ya que frente a un futuro que parece haber agotado sus promesas y por tanto nada puede depararnos, el pasado se presenta como un lugar más tranquilizador. Andreas Huyssen<sup>12</sup> ha llamado la atención sobre esa imperiosa necesidad de recordar absolutamente todo como intento de frenar el avance intensivo de los massmedia, en un contexto donde el clima cultural posmoderno amenaza la densidad histórica y desestabiliza las identidades bajo el impacto de la globalización, que no permite la supervivencia de rastros del pasado en el presente y diluye la necesidad de futuro. Ese giro hacia el pasado contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro que había sido tan característica de las

11 AROSTEGUI, Julio *La historia... cit.*, p. 138.

12 Ver del autor *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

primeras décadas del siglo XX. Por su parte Hermann Lübbe ha planteado que estamos frente a un proceso de musealización del mundo, donde las miradas complacientes hacia antiguas armonías contribuyen a que todo se vuelve objeto para la tarjeta postal y el museo, generando un bucolismo que naufraga rápidamente en lo anecdótico. Memorialización y musealización se presentan como dos tendencias complementarias que intentan contrarrestar la angustia de un presente que deviene fugaz o, para decirlo con la célebre expresión de Marx, donde “todo lo sólido se desvanece en el aire”.

Sin embargo, estas perspectivas resultan insuficientes para comprender la densidad con que la memoria se ha hecho presente en América Latina, donde se vincula inseparablemente a los horrores generados por las dictaduras militares de las décadas del '70 y '80 y a las irresueltas necesidades de justicia y reparación. Desde que emergió en los '80, aun cuando no era portadora de la fuerza que adquiriría en la década posterior, estuvo estrechamente vinculada al movimiento de derechos humanos y no se trató de remakes o retornos nostálgicos al pasado sino de luchas concretas por restituciones, juicios, encarcelamientos, por batallas por no olvidar, para no volver a repetir.<sup>13</sup> La memoria social, a fuerza de perseverancias varias, visibilizó esos “pasados que no pasan”, que resisten y reaparecen una y otra vez y generan fuertes enfrentamientos políticos, sociales y culturales.<sup>14</sup>

Al compás de los tiempos sociales se ha producido una rápida acumulación de estudios sobre la memoria y no solamente desde la historia, ya que el tema obsesiona a analistas culturales, filósofos, ensayistas, científicos de la educación, politólogos, psicoanalistas, sociólogos, periodistas, a militantes de la memoria, entre muchos otros. Tanto es así que se ha convertido en una zona familiar del paisaje intelectual, en el cual no es difícil advertir que este enorme interés se expresa tanto en un haz de problemas como en dispares tratamientos. Asimismo es necesario prestar atención a ciertos interrogantes e intuiciones,

13 Ello se corporiza en una multiplicidad de expresiones que forman parte de nuestra cotidianidad: marchas y actos conmemorativos, homenajes, restituciones, colocación de placas, expresiones plásticas, lectura de poesía, recitales, videos, radios abiertas, filmes, programas televisivos, libros testimoniales o autobiográficos, dossiers de periódicos, memoriales o archivos. Múltiples formas desde donde se nos invita a recorrer el pasado desde el presente.

14 La cultura de la memoria asociada a los pasados traumáticos no se ha desenvuelto exclusivamente en América Latina. Ella asomó por primera vez en otras latitudes del mundo occidental como producto de los debates sobre la segunda guerra mundial y el exterminio provocado por el nazismo, debates que se reactualizaron y potenciaron a principios de la década del '80.

ya que si bien la familiaridad con la noción de memoria en el terreno de las ciencias sociales es relativamente reciente, reconoce sus antecedentes en otros tiempos un poco más lejanos, aunque su historia no puede inscribirse en el hilo de la continuidad.

Cuando Maurice Halbwachs escribió en 1925 *Los cuadros sociales de la memoria* sentó las bases para una sociología de la memoria, relevando la existencia de una memoria que iba más allá de los actores individuales e inventando un término que (con clara inspiración en Durkheim) devino célebre: memoria colectiva.<sup>15</sup> Indagaba en sus mecanismos de construcción, en sus soportes, en sus posibilidades de pervivencia y transmisión, subrayando que ese pasaje de lo individual a lo colectivo no supone la existencia de una memoria colectiva, ya que los individuos se organizan en una cantidad de grupos, desde la familia hasta la nación. Advertía sobre la existencia de múltiples memorias colectivas circulando simultáneamente en una sociedad, ya que experiencias y acontecimientos no revisten igual importancia para los distintos grupos y por ese motivo integran su memoria colectiva sólo aquellos que lo han afectado de manera singular.<sup>16</sup> El conflicto entre memorias cobraría especial significación. Los notorios aportes que realizara Halbwachs suponían un peldaño más de un movimiento que caracterizó la cultura europea de fines del siglo XIX hasta la primera guerra mundial; es que la pregunta por la memoria se había extendido desde Viena a toda Europa involucrando a figuras como Sigmund Freud, Hen-

15 Paul Ricoeur se pregunta “¿Quién recuerda? Estamos tentados de responder demasiado rápidamente: yo, yo solo. Pero la cuestión se ha vuelto urgente a partir de la emergencia del concepto de memoria colectiva que lleva la tesis incluso hasta la sospecha de que la memoria individual no sería sino un retoño, un enclave, de la memoria colectiva. Y sin embargo, la noción de memoria colectiva no ha escapado a la sospecha de inconsistencia en el plano conceptual... En lo que a mí concierne, luego de una larga disyuntiva, llegué a la convicción de que la memoria, definida por la presencia de algo del pasado en la mente y por la búsqueda de dicha presencia, puede ser atribuida, por principio, a todas las personas gramaticales: yo, ella o él, nosotros, ellos, etcétera. Esta aserción de una atribución plural del recuerdo no difiere, en mi opinión, de la atribución plural aplicable a cualquier pensamiento, pasión o afecto. Si la tesis de la atribución múltiple acarrea problemas en el caso de la memoria, es porque la cuestión de la identidad personal —o sea la cuestión del sí mismo— parece plantearse en ella de una manera incomparable, a diferencia de los demás hechos psíquicos, como si la apropiación del yo constituyera un privilegio exclusivo de la memoria. No creo, sin embargo, que debamos dejarnos intimidar por este tipo de argumento”. RICOUER, Paul “Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado”. En <http://www.historizarelpasado.vivo.cl/>.

16 Para el sociólogo francés la historia escrita sólo tiene lugar cuando la memoria se descompone, cuando ya no hay sobrevivientes del grupo que ha protagonizado ciertos acontecimientos o que ha sido testigo de los que se recuerdan.

ri Bergson, Marcel Proust, o Gustav Mahler en un marco donde la vivencia de la aceleración del tiempo histórico y la presencia de la crisis expresaba en parte la difícil transformación de las sociedades rurales autoritarias en sociedades urbanas modernas, industriales, democráticas.<sup>17</sup> Empero, la preocupación por la memoria solo resurgiría al calor de los interrogantes y los debates sobre las masacres de la segunda guerra mundial y los regímenes totalitarios. El término aún no figuraba como voz singular acreedora de la correspondiente entrada en el importante vocabulario de Cultura y Sociedad que Raymond Williams elaboró en 1976 y amplió en 1983.<sup>18</sup> Era precisamente por esos años que se iniciaba el “boom”.<sup>19</sup>

La Historia no permaneció ajena a este proceso y fue empujada a interrogarse sobre sus relaciones con la memoria, a desentrañar las competencias específicas de una y otra, habida cuenta de que esa marca filiatoria inscripta en los orígenes y encarnada en las figuras de Mnemosine y Clío reclamaba ser repensada a la luz de los procesos contemporáneos.<sup>20</sup>

Memoria e historia, lejos de ser sinónimos son opuestas, sostiene Pierre Nora. La memoria es la vida, siempre anclada en grupos vivientes y en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones; pero es siempre un fenómeno actual. La historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria surge de un grupo, la historia pertenece a todos y a nadie, lo cual le otorga vocación universal. Todo lo que hoy llamamos memoria, no es memoria: ya es historia, para el impulsor

17 Un desarrollo exhaustivo puede encontrarse en NAMER, Gerard “Antifascismo y “La memoria de los músicos” de Maurice Halbwachs (1938)” en CUESTA BUSTILLO, Josefina (ed) *Memoria e historia*, Madrid, Marcial Pons ed., 1998.

18 Para una mayor precisión ver SAZBÓN, José “Conciencia histórica y memoria electiva”, Ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas de Historia de las Universidades Nacionales, Salta, 2001.

19 A principios de la década del ‘80 se publicaron dos libros emblemáticos: *Zakhor. Jewish history and jewish memory* de Yosef Yerushalmi y el primer tomo de *Les lieux de memoire* obra colectiva a la que su director Pierre Nora ubicó como un trabajo “entre memoria e historia”.

20 Según los antiguos griegos, la memoria era una condición previa del pensamiento y Mnemosine, la diosa de la memoria, lo era también de la sabiduría, la madre de las musas y por tanto la progenitora de todas las artes y las ciencias, entre ellas de la historia (Clío de hecho fue una de sus nueve hijas). Aristóteles concedió a la mnemónica un lugar privilegiado entre las disciplinas del pensamiento, estableciendo una distinción entre la memoria que aflora de manera espontánea (mneme) y el acto voluntario del recuerdo (anamnesis).

de la obra colectiva *Los lugares de la Memoria*, desde una notoria exaltación de las diferencias y las tensiones oposicionales entre una y otra.<sup>21</sup>

Es posible también encontrar argumentos que apuntan en dirección opuesta a los de Nora; argumentos que, sostenidos en la identidad entre historia y memoria, derivan en una concepción de historia ficcionalizada. No obstante, tanto la densidad de los distingos como la mera asimilación resultan desbordadas desde posiciones que más productivamente insisten en que la historia y la memoria son ámbitos distintos, pero que tienen en común la tarea de elaboración del pasado, aun cuando ello se produce y procesa al interior de una y otra en forma diferencial aunque con sus zonas de contacto y sus mutuas interferencias que asumen modalidades no exentas de ambigüedad y tensión.

La Historia como saber científico del devenir humano, con sus métodos y sus improntas de exhaustividad, confronta con la memoria de hechos pasados cultivada por contemporáneos y descendientes y así torna visible que ella no siempre retiene lo que la historia pone en evidencia; más aún que la memoria suele recordar acontecimientos en los cuales la historia jamás repara, o que en otras ocasiones siguen caminos paralelos que difícilmente se cruzan. La memoria es cualitativa, escasamente cuidadosa de las comparaciones y de la contextualización y a su vez suele despreocuparse de la verdad histórica registrada en los documentos. Tampoco tiene necesidad de “pruebas” en el sentido en que la disciplina histórica sí las requiere.<sup>22</sup> Aunque está muy lejos de ser un mero dispositivo de almacenamiento o un receptáculo pasivo, un banco de imágenes del pasado, sino que hay que considerarla como una fuerza activa, modeladora y dinámica, ya que lo que hunde en el olvido es tan importante como lo que recuerda. La memoria se halla históricamente condicionada, sus tonalidades y sus formas cambian en función de las necesidades del momento, muda con el transcurrir de las generaciones, lleva la impronta de la experiencia, está marcada por las pasiones de su época y nunca resulta más camaleónica que cuando resulta impasible. La memoria se relaciona de manera dialéctica con el pensamiento histórico, en lugar de ser algo así como su otro negativo, sostiene Raphael Samuel.<sup>23</sup>

Lo cierto es que, más allá de las innumerables reflexiones que intentan dar cuenta de estos lazos y sus configuraciones, la Historia (Reciente) recibe

21 Ver NORA, Pierre *Pierre Nora en Les lieux de memoire*. Uruguay, Ediciones Trilce, 2008.

22 Ver al respecto CUESTA BUSTILLO, Josefina “Memoria e historia. Un estado de situación”, cit.

23 SAMUEL, Raphael *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Vol 1. España, Universitat de Valencia, 2008.



de la memoria un impulso decisivo, pero lo hace buscando su emancipación; y en ese camino convierte a la memoria tanto en una fuente privilegiada como en un objeto de investigación.<sup>24</sup>

## La Historia oral

### Testigos y testimonios

El uso de testimonios orales para intentar modelar el pasado es tan antiguo como la historia misma; sin embargo, la historia oral es una práctica estrictamente contemporánea que más precisamente comenzó a desarrollarse después de la segunda guerra mundial cuando se creó, en estrecha vinculación con la invención del grabador, el primer centro de Historia Oral en la Universidad de Columbia en Estados Unidos. Desde allí fueron realizadas numerosas entrevistas que, sistematizadas en un archivo, conformaron un banco de datos para que futuros historiadores pudieran trabajar. Esta tarea perseguía propósitos que no se alejaban aún de los tratamientos más convencionales de la historiografía y las entrevistas grabadas y transcritas cuidadosamente eran concebidas como una mera técnica y desde una perspectiva de corte archivístico y empírico, cuyo énfasis estaba puesto en recoger las voces de los grandes hombres de la vida política y cultural norteamericana.

Estos parámetros iniciales serían transformados radicalmente al interior de una tradición que poco más tarde comenzaría a forjarse en Inglaterra, la de los historiadores marxistas. El intenso proceso de renovación que sacudiría a la historia social también supuso un recomienzo para la incipiente Historia Oral que ya en los años sesenta realizaba un sistemático esfuerzo por ampliar el registro de las voces que recogía y por complejizar sus propósitos, enfrentando para ello a un estructuralismo que, negador de la subjetividad, de la experiencia humana y la historicidad, reducía a los hombres a ser soportes pasivos de las estructuras, a un empirismo cuantitativo que, obsesionado por la confiabilidad de los datos y la representatividad de la encuestas se expresaba bajo la forma del número y en pleno territorio de la Historia a la expansión de una *Annales* que concentrada en la larga duración contribuía a quitar privilegio epistémico a los testimonios.

La Historia Oral inglesa asumió entonces la tarea de construir una "historia desde abajo" que obrando a modo de espacio de intersección entre el cam-

24 Si la historia es un vehículo de la memoria es un tema donde las posiciones tampoco son coincidentes, de hecho construyen un haz que va desde el optimismo al más crudo escepticismo.

po académico y la experiencia de los trabajadores y los oprimidos en general le diera "voz a los que no tiene voz" en el relato histórico.<sup>25</sup> Ello se nutrió de la disidencia cultural y política de gran alcance que se expresaba en nuevos movimientos sociales y políticos que contribuyeron a abrir las compuertas a una pluralidad de corrientes que, portando la fuerza de esas subjetividades emergentes, y la valorización de las experiencias humanas ponían en acto un doble propósito; por una parte colocaban en el centro de la escena teórico y política a sujetos sociales que adquirirían en el terreno histórico-concreto visibilidad colectiva, como las mujeres, las minorías étnicas y sexuales, y por otra alumbraban nuevas regiones de la actividad humana que requerían para su desciframiento de una ampliación y renovación del arsenal metodológico de las ciencias sociales. Y allí estaba una Historia Oral que desde sus momentos inaugurales estuvo abierta a las influencias, ritmos y preocupaciones de otras disciplinas sociales, y que portadora de capacidad expansiva se expresaría, no sin importantes resistencias, en otras historiografías.

Un rasgo de identidad de la Historia Oral es que crea sus propios documentos (la fuente oral, relato o testimonio obtenido a través de la entrevista a un testigo). Giorgio Agamben<sup>26</sup> ha advertido que en latín hay dos palabras para referirse al testigo; la primera *testis* de la que deriva nuestro término testigo, significa etimológicamente aquel que se sitúa como tercero (*terstis*) en un proceso o en un litigio entre dos contendientes. La segunda *supertes*, en cambio, hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él. Esta característica supone entonces que sin testigos y testimonios no hay posibilidad de Historia Oral pero asimismo que ella implica una concurrencia de voluntades entre entrevistadores y entrevistados, entre alguien que busca, pregunta y escucha y fundamentalmente alguien que recuerda y cuenta; el testimonio por tanto nunca es anónimo e impersonal.

Es necesario recordar que el trabajo ni comienza ni menos aún finaliza con la realización de las entrevistas. Llegar a ello supone poner a punto un conjunto de procedimientos investigativos, y luego de realizadas las entrevis-

25 SAMUEL, Raphael (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.

26 Ver del autor *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Valencia, Pre-textos, 2000. p. 15. Cabe aclarar que para el autor los "verdaderos testigos", los "testigos integrales" son los que no han testimoniado ni hubieran podido hacerlo. Los que lograron salvarse, como seudotestigos, hablan en su lugar, por delegación, testimonian de un testimonio que falta, dan cuenta de algún modo de la imposibilidad de testimoniar y ello altera el valor del testimonio, obliga a buscar su sentido en una zona imprevista.

tas someterlas a procedimientos crítico-interpretativos particulares para finalmente componerlas en un relato histórico.

La Historia Oral está atravesada por una condición casi constitutiva que remite al escaso consenso en torno a su naturaleza, sus modos de concebirse y a sus alcances. No es ocioso en este punto recordar que la Historia Oral es “intrínsecamente diferente y específicamente útil”<sup>27</sup> y de hecho ello puede apreciarse en los caminos que ha recorrido, que nos proporcionan múltiples y dispares evidencias.<sup>28</sup>

Podemos apuntar que la Historia Oral nos brinda una posibilidad de restituir al curso de la historia a sus actores desdeñados ya sean estos los derrotados, las víctimas de procesos represivos, las minorías, las mujeres, el mundo popular incluyendo a los sectores analfabetos y de extrema pobreza a partir de sus propias voces, de sus propios relatos. Cumplir este propósito supone aventurarse por caminos diferentes, por esferas ocultas difícilmente identificables de otros modos y por tanto reconocer que sus aportes no pueden reducirse (meramente) a la obtención de más fragmentos de información, sino a perspectivas y evidencias nuevas enteras porque “hay trozos esenciales del pasado escondidos en la memoria de las gentes”.<sup>29</sup> La Historia oral supone una vía regia para adentrarse e iluminar las complejidades de la experiencia humana, mitos y tradiciones orales, instancias de formación social de la memoria, invención de tradiciones o para establecer conexiones entre vidas.<sup>30</sup>

No podemos soslayar que, de manera similar a la experiencia europea, en América Latina han sido los procesos represivos a gran escala vinculados a las dictaduras militares instaladas en las décadas de 1960/1970 los que han provocado particular e insistentemente su desarrollo. De hecho, la historia oral ha devenido en una herramienta de trabajo insoslayable para el análisis de esos procesos recientes, y su práctica ha cruzado las fronteras del mundo

27 PORTELLI, Alessandro “Lo que hace diferente a la historia oral”, en SCHWARSTEIN, Dora (comp.), *La Historia oral*, 1991, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

28 Hacia los años '80 se habían visualizado con claridad distintos perfiles que no desplegaríamos aquí porque ello merece un tratamiento en sí mismo. Algunas aproximaciones pueden buscarse en AGUILA Gabriela y Cristina VIANO “Las voces del conflicto: en defensa de la historia oral” GODOY Cristina (editora) *Historiografía y Memoria Colectiva. Tiempos y Territorios*; Madrid/Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002.

29 THOMPSON, Paul “Historia oral y contemporaneidad” en Anuario N° 20, “Historia, memoria y pasado reciente”, Rosario, Escuela de Historia/Universidad Nacional de Rosario/Homo Sapiens Ediciones, 2004.

30 Agreguemos que los testimonios de la historia oral también informan sobre la existencia de documentos tradicionales y modifican su lectura.

académico para convertirse en un importante recurso de carácter denunciativo en el campo de los derechos humanos, aunque justo es decir también que estos recorridos no agotan el espectro de temas y problemas que la historia oral en Argentina y América Latina ha abordado (ya desde sus fases iniciales) y aborda. En el caso argentino cabe destacar que en una escala no menor las voces provenientes del mundo de la militancia de los años '60 y '70 han constituido una fuerte marca de identidad en estos últimos años. Gerardo Necochea Gracia sostiene que uno de los impulsos que ha acompañado a la historia oral es la democratización de la producción y de los temas y sujetos de la historia, que ella ha contribuido a traer a las grandes historias nacionales latinoamericanas las vidas de hombres y mujeres y sucesos que habían quedado al margen por ser considerados intrascendentes o reprimidos o por ser “opuestos a la corriente”, característica que convierte a la historia oral en una historia de denuncia y con mayor frecuencia en una historia que pone a los invisibles a la par de los visibles.<sup>31</sup>

Si bien estamos muy lejos de aquellos momentos en que la historia oral era considerada “un espectro que ronda los salones de la academia”<sup>32</sup> y en su favor podemos señalar una nutrida producción en la cual el recurso central lo constituye el uso de testimonios específicamente recogidos, existe también una práctica de ensayo que pone en cuestión el valor de los testimonios. Más recientemente y alertadas por usos acrílicos de testimonios orales, que los convierten en un “acceso directo a la verdad”, se han alzado algunas voces intentando marcar las limitaciones y problemas que estos poseen para el abordaje de ciertos pasados recientes y han sido particularmente insistentes en descalificar su uso, pero no en forma total sino en cuanto intentan evadirse del único terreno al que le reconocen legitimidad. Los proponen irremplazables cuando ellos dan cuenta de los crímenes de procesos dictatoriales o de terrorismo de estado, pero se muestran renuentes a asignarles valor cuando bucean

31 Ver del autor “Existe una historia oral latinoamericana” en NECOCHEA GRACIA, Gerardo y Antonio TORRES MONTENEGRO (comps) *Caminos de historia y memoria en América Latina*, Buenos Aires, Red Latinoamericana de Historia Oral (RELAHO) e Imago Mundi, 2011.

32 Tal una conocida expresión de Alessandro Portelli. Philippe Joutard sostiene, que hacia fines del siglo XX la Historia Oral alcanzó su madurez y que los tópicos sobre los que cabalgan sus principales críticos (la subjetividad, la escasa fiabilidad de las fuentes orales vinculada a la fragilidad de la memoria o el énfasis en lo particular) deben ser planteados menos en términos de debilidades y más como elementos que requieren ser resituados y analizados desde registros específicos. Ver JOUTARD, Philippe *Esas voces que nos llegan del pasado*, Buenos Aires, F.C.E., 1999.



en otros momentos, por ejemplo en la historia política previa a la instalación de las dictaduras militares.<sup>33</sup>

La práctica de la historia oral, en sus versiones más expresivas, está alejada de perspectivas que tienden a sobreestimar sus posibilidades y más bien parece interesarse por la búsqueda de sus cualidades específicas. Y en ello no aparece marginalizado el hecho de que su quehacer entero resulta de un espacio de interacción social que trasciende al mero universo académico y no queda restringido a un marco de debates filosóficos, epistemológicos o aportes disciplinares. Alessandro Portelli señala que el sutil encaje de la memoria se lacera irreparablemente cada vez que alguien calla y “que no es solamente en Africa donde, como decía Jomo Kenyatta, se quema una biblioteca cada vez que muere un viejo; que también en Italia, cada vez que un antifascista calla, se quema un pedazo de libertad”.<sup>34</sup> A propósito de lo cual es oportuno recordar(nos) que si el olvido es una amenaza que se hace presente cuando la voluntad de transmisión declina, y en ocasiones ello puede ser simplemente la interrupción del relato; las y los historiadores orales podemos cumplir, aunque sea, un modesto papel.

### **Miradas sobre los avatares de la Historia Reciente en Argentina**

Las y los historiadores que se dedicaron tempranamente a abordar los problemas que fueron configurando el campo que asumiría posteriormente el nombre de Historia Reciente en Argentina sortearon no pocas adversidades y en ese camino contrariaron enraizados prejuicios de matriz positivista que señalaban la imposibilidad de abordar temas como las organizaciones políticas de los primeros '70, la dictadura militar y las experiencias represivas o la transición a la democracia.<sup>35</sup> De allí que resulta paradójico que la Historia Reciente

se haya desarrollado, aunque no exclusivamente, al interior de los centros institucionales de producción, principalmente en las universidades públicas, tensándose en un amplio y heterogéneo abanico, pero en un marco de abierta hostilidad y contraviniendo las líneas historiográficas hegemónicas que, desde la recuperación democrática avanzaban en un proceso de profesionalización creciente, fijando con rigurosidad y exhaustividad los cánones del oficio y paralelamente delimitando y legitimando períodos, objetos y metodologías de estudio al tiempo que se marginalizaba y excluía a otros. Ello implicó el trazado de barreras entre el campo historiográfico y la esfera ético-política, o dicho en otros términos fue instituyendo una dicotomía profunda entre el mundo académico -y la producción reglada de conocimiento- y la vida social y política.<sup>36</sup>

Las impugnaciones, que encontraban firmes impulsores en la década del '90, apuntaban en variadas direcciones; una de las más invocadas sostenía que la falta de distancia temporal entre las y los historiadores y sus temas de estudio imposibilita un acercamiento con garantías de cientificidad.<sup>37</sup> Anida allí la ilusión de una representación objetiva de la historia, de una historia concebida como ciencia libre de juicios de valor, y aunque esta consideración no solo remite al abordaje del pasado reciente y al presente, es indudable que aquí se torna más lacerante. Se sostenía que la tarea de construir conocimiento histórico del pasado reciente sólo podría emprenderla una generación enteramente nueva, que no se hubiera visto involucrada vivencialmente en los procesos abordados, en la medida en que de lo contrario solo contaríamos con productos en demasía ideologizados y politizados.<sup>38</sup> Así distintos intentos

las autoras *La Historia Reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2007. p. 16.

33 Un ejemplo acabado resulta de los planteos de Beatriz Sarlo (ver *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005). La autora ha manifestado en distintas notas periodísticas poseer una “confianza cero en el testimonio”, sin embargo es muy llamativo que en el libro arriba mencionado, espacio en el que estas reflexiones aparecen más sistematizadas, su aparato referencial desconozca la compleja y densa red de rigurosos trabajos históricos y sociológicos sobre un pasado reciente que no se recluye exclusivamente en el terrorismo de estado, trabajos basados en años de investigación, y a través de los cuales se podrían considerar, los aportes y también los límites que posee la utilización de testimonios. Discusión que no ha sido soslayada en modo alguno por esas investigaciones sino que más bien ha constituido un aspecto fundamental en ellas.

34 PORTELLI, Alessandro *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires, FCE, 2003. p. 11.

35 Les asiste razón a Marina Franco y a Florencia Levin cuando plantean que los máximos oponentes y detractores se hallan dentro del propio campo de la historia, no afuera. Ver de

36 Maristella Svampa ha destacado el cambio en el rol de los intelectuales, que se expresa en un eclipsamiento del compromiso político típico de los años '60 y '70, en favor de una profesionalización fuertemente autorreferencial que, bajo la figura del “experto”, se vincula a la gestión estatal y al asesoramiento de organismos internacionales y es profundamente renuente a tender puentes con otras realidades, particularmente con los sectores populares. Ver de la autora “El golpe inauguró una forma atroz de desigualdad” en *N*, Suplemento de cultura, 129. Clarín, Buenos Aires, Sábado 18 de Marzo de 2006.

37 A favor de estos argumentos el historiador Luis Alberto Romero sostenía que “La historia termina hace cincuenta años, lo que sigue es política. La historia debe atenerse a los hechos, a lo realmente ocurrido, lo demás es filosofía”. Clarín, 11 de octubre de 1996.

38 Conforme la Historia Reciente fue ganando terreno aparecieron otros problemas, tributarios en parte de las originales impugnaciones. Durante las semanas en que la conmemoración del 30 aniversario del golpe militar de 1976 acaparó gran parte del interés de los medios masivos de comunicación, se escuchó con insistencia el interrogante sobre si era posible el

serían sistemáticamente descalificados por ser sospechados de constituir una "historiografía militante".

Por cierto que las ilusiones de representación objetiva no reparan en que lo que llamamos Historia (como disciplina y no meramente como proceso) se engendra en la escritura de la historia y que escribir la historia no es recuperar el pasado "tal cual fue", sino que supone recrearlo a partir de nuestro presente, o más bien interpretar las huellas que ha dejado el pasado desde el tiempo presente. Así aparece con toda su potencia el presente como realidad irreductible; presente del conocimiento (histórico en este caso) tiempo del ahora del que procede toda percepción del pasado (más cercano o lejano) y del futuro. En este punto es posible recordar con Walter Benjamin que la historia como conocimiento es objeto de una construcción cuyo lugar nunca es el tiempo homogéneo y vacío, sino el tiempo actual, el que habitamos y nos habita.<sup>39</sup>

Las dificultades del acceso a fuentes y la inexistencia de archivos específicos también fueron señaladas como un obstáculo insalvable, principalmente para el abordaje de los procesos dictatoriales. Ello desconoce que quienes están preocupados por problemáticas contemporáneas suelen enfrentar un problema que más que el de la escasez es el de la saturación de fuentes.<sup>40</sup> Asimismo, este es un aspecto que poco más tarde debió plantearse en otros términos, ya que el descubrimiento y apertura de distintos archivos de la represión inauguró nuevos problemas en torno a la accesibilidad y sus límites.<sup>41</sup>

---

abordaje de "todo" el pasado reciente o si todavía había temas sobre los que era prudente no abrir el debate. Se advertía sobre los riesgos de su abordaje en la currícula escolar. Esas voces referían al tema que probablemente constituya lo más controversial de nuestra historia reciente: las organizaciones político-militares de los años 60/70.

39 Ver BENJAMIN, Walter *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile, Universidad ARCIS y LOM Ediciones, 1995.

40 La proliferación de distinto tipo de fuentes, que constituyen un universo prácticamente inabarcable, nos enfrenta a la necesidad de realizar opciones en el proceso de selección y también a apropiarnos de estrategias metodológicas específicas y adecuadas para su tratamiento.

41 Ello tiene su origen en que mucha de la documentación allí encontrada comenzó a ser puesta a disposición no solo de la justicia sino también de investigadores y afectados directos, pero muchos de esos documentos son producto de violaciones explícitas a los derechos humanos de varones y mujeres. ¿Se trata de un bien público para un uso abierto o debe restringirse en la medida que supondría volver a violar la privacidad ya violada?, ¿Quién posee el poder de decisión? Estos debates pueden seguirse en da SILVA CAPELA, Ludmila y Elizabeth JELIN (comps); *Los archivos de la represión. Documentos, memoria y verdad*. Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 2002.

Los empeños historiográficos que desafiaban este marco de adversidad incursionaron muy tempranamente por un camino que implicó un proceso de creación de nuevos registros documentales, camino en el que emergieron los testimonios como aliados revulsivos e insoslayables. Por esta vía, la Historia Oral en su indisoluble y persistente asociación con la Historia Reciente, adquiriría una enorme vitalidad.

La aguda observación de Raphael Samuel<sup>42</sup> en relación a que los estudios sobre historiografía no deben centrarse ni en la obra de un solo especialista ni en los enfrentamientos entre escuelas de pensamiento contrapuestas, sino en el conjunto de prácticas que activan una dialéctica de relaciones entre pasado y presente, puede orientarnos en la búsqueda de explicaciones sobre la actual situación de la Historia Reciente, que exhibe fuertes contrastes con las iniciales configuraciones del campo historiográfico más en general, al punto que ha devenido en una de las áreas más dinámicas de la disciplina en la actualidad. Ello, que puede apreciarse en la multiplicación de espacios de investigación, reflexión, en la presencia en debates, intervenciones públicas e institucionales, no da cuenta sin embargo de las razones que han impulsado a las y los historiadores a enredarse en los problemas de la historia reciente argentina.

Si bien cada historiografía posee su genealogía y sus caminos propios, es posible advertir una marca que no es original y que remite a su íntima relación con la memoria social, una memoria social que a través de una multiplicada demanda interroga y busca respuestas, y ello encontró un terreno propicio en un segmento nada desdeñable de historiadores que, con similares preocupaciones, ponían en discusión los lugares pretendidamente asépticos signados por la búsqueda de la imparcialidad y la distancia entre el investigador y su objeto y buscaban dialogar, integrarse y aportar a experiencias sociales activas.

El peso de la historia en la memoria de una sociedad es muy variado, desde la ausencia hasta la obsesión.<sup>43</sup> Annette Wieviorka señaló que para que la

---

42 SAMUEL, Raphael *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Vol 1, Valencia, Universitat de Valencia, 2008. p. 26.

43 En esta dirección, el historiador Eric Hobsbawm relata en las páginas iniciales de su libro *La era de las catástrofes*, (que fuera traducido al español con el anodino título *Historia del siglo XX*) que el 28 de Junio de 1992 el presidente francés François Mitterrand había visitado sin aviso previo a Sarajevo, que por entonces era escenario de una guerra y genocidio que se cobraría más de 150.000 vidas. Su objetivo era mostrar a la opinión pública la gravedad de la situación en Bosnia. Sin embargo un aspecto de su visita pasó totalmente inadvertido: la fecha en que escogió hacerla. Se trataba ni más ni menos que de un nuevo aniversario del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria-Hungría, que en 1914 había

sociedad “escuchara” a los testigos de la Shoah fue preciso que transcurrieran más de dos décadas, ya que ello no ocurrió en el proceso de Nuremberg, donde hubo preponderancia de un gran volumen de documentos escritos (presentados como prueba) y apenas noventa y cuatro testigos, sino con el proceso a Eichmann a principios de los años ‘60. Allí comienza un fenómeno, a modo de respuesta tardía, a una proliferación de corrientes destructivas que se descargaron sobre el frágil cuerpo humano y que jalaron trágicamente el siglo XX europeo: una explosión testimonial a la que denominó como “la era del testigo”.<sup>44</sup> La memoria social, en Argentina, inauguraba un régimen de temporalidad distinto de aquel que había caracterizado a algunas experiencias europeas, ya que no mediaba aquí una distancia temporal de olvido y represión de los acontecimientos traumáticos para sobrevenir luego un tiempo de memoria.

A muy grandes rasgos podríamos decir que la conflictiva historia de la memoria del pasado reciente en Argentina que tiene su epicentro en los acontecimientos de los años ‘60 y ‘70, ya sea en las promesas radicales de cambio social o en los procesos represivos a gran escala posteriores, reconoce por lo menos tres momentos: uno signado por la teoría de los dos demonios, otro por la perspectiva de la reconciliación nacional y un último, (el que estamos transitando) donde se despliega una suerte de “boom de la memoria” que encuentra sus momentos inaugurales alrededor del aniversario de los 20 años del golpe de 1976 y el entramado de acontecimientos que allí se conjugan; muy significativamente la aparición pública de HIJOS, que expresaba una generación de veinteañeros con sus nuevas disposiciones a sentir y obrar en el espacio público y político, y a buscar otros relacionamientos y sentidos en el pasado inmediato.

En tiempos similares comenzaron a visualizarse algunos cambios, que devenían del “afuera” del ámbito estrictamente académico, y que se encargaron de recoger un nuevo clima de ideas que se estaba gestando socialmente: la producción cinematográfica y también la documental, ciertos enfoques de periodismo cultural junto a obras de literatura testimonial y textos ficcionales. Poco después se abrió un amplio debate sobre la necesidad y el sentido de construir memoriales públicos. La rebelión del 19 y 20 de diciembre del 2001,

desencadenado el estallido de la primera guerra mundial. El objetivo era claro: recordar las consecuencias de una catástrofe pasada y advertir sobre una catástrofe presente. Solo que pocos repararon en esa “coincidencia”. Hobsbawm concluyó señalando que la memoria histórica ya no estaba viva. Ver del autor *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1995, pp. 12-13.

44 WIEVIORKA, Annette *L'ère du témoin*, París, Plon, 1998.

que marcaba el colapso del régimen económico, social y político forjado en buena medida a lo largo de la década del ‘90 y el protagonismo social posterior contribuyeron enormemente a acelerar una situación para la que ya se habían sentado las bases en la segunda mitad de los años ‘90.

Es así que en los primeros años del nuevo milenio la Historia Reciente (impulsada por memoria social y anticipada por otras disciplinas) comenzaría a atravesar un proceso ininterrumpido de ampliación, diversificación y sostenido crecimiento muy visible en distintos aspectos y animado principalmente por una primera generación que formada en los inicios de la democracia, no había participado (por su condición etaria) en las experiencias políticas de los primeros años ‘70.<sup>45</sup> A ella pronto se sumarían otras generaciones más jóvenes aún. Y, paradójicamente, también algunas figuras que, desde el control de los resortes de poder del campo historiográfico que se había construido en la post dictadura, habían producido en los años ‘90 fuertes impugnaciones.

La Historia Reciente desplegó, como una modulación semejante a las configuraciones europeas, una estrecha asociación con el abordaje de los pasados recientes traumáticos; tanto es así que llegó a sostenerse que “la historia de la historia reciente es hija del dolor”<sup>46</sup>. No obstante esa insistente marca de origen (no la única por cierto) ha sido productivamente desbordada en disparejas direcciones e incitaciones problemáticas y temáticas. Ello nos coloca frente a un paisaje más complejo de cartografiar que el que poseíamos una década atrás.

No es novedoso plantear que la práctica de la Historia Reciente aparecía como un imperativo ético; que sin embargo conforme se desarrollaba debía y debe enfrentar un conjunto de desafíos, entre otros hacerse cargo de los tiempos presentes, de hacerse cada vez más reciente. Y no solo eso, ya que

45 Solo a modo de señalamiento indiquemos que las 1eras Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente se realizaron en el 2003 en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario y que allí confluyeron las iniciativas de grupos pequeños aún de Rosario, La Plata y Buenos Aires principalmente. Actualmente se han realizado ya VI Jornadas en distintos centros universitarios del país aunque ello constituye solo un indicador. A poco más de una década proyectos de investigación, tesis doctorales, jornadas, publicaciones especializadas, libros y colecciones específicas, la presencia en debates públicos, los reservorios específicos nos dan cuenta de otra situación plenamente contrastante con aquellos “años difíciles”.

46 FRANCO, Marina y Florencia LEVIN, cit. p. 15. Luciano Alonso respondió agudamente ese argumento. Al respecto puede consultarse su artículo “Sobre la existencia de la historia reciente como disciplina académica. Reflexiones en torno a Historia Reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción” en *Prohistoria*, Año XI, número 11, Rosario, Argentina, 2007.

el encerramiento institucional y la consecuente pérdida de contacto social directo con el presente más inmediato y sus manifestaciones, constituye una acechanza siempre latente. Enzo Traverso sostiene, a propósito del holocausto, que la historia que se escribe hoy sobre esa experiencia está políticamente desimplicada, en tanto en estrecha relación con ello se realiza un uso apolo-gético de su memoria en las conmemoraciones oficiales que desde el recuerdo políticamente correcto y casi ascético de las víctimas del nazismo fortalece el desprendimiento del presente. Su diagnóstico es “*que hay que recordar Auschwitz para mejor olvidar Guantánamo y las torturas en Irak*”<sup>47</sup> Podríamos multiplicar los ejemplos.

Asimismo se debe lidiar con el hecho que la mayoría de los temas que aborda la Historia Reciente están transidos por múltiples huellas, que devienen no solo de disciplinas que, como la sociología, la antropología, la economía o la ciencia política también intervienen en el propio campo sino por una práctica de ensayo, periodismo de investigación o de divulgación que con distintos grados de rigurosidad, goza de gran difusión en los medios de comunicación y que permanece muy poco atento a los resultados de una producción historiográfica que avanza con otros ritmos pero guardando una serie de cuidados para evitar las fáciles tentaciones de la simplificación, el maniqueísmo o la banalización. Hacer Historia Reciente muestra más diáfananamente que los intentos de atrapar el devenir humano no constituyen una prerrogativa de las y los historiadores o para decirlo con Natalie Zemon Davis que “no somos dueños del pasado”<sup>48</sup>. A su vez, y a modo de una impregnación insistente, la tarea posee una especial complejidad, ya que sobre la escritura de la Historia Reciente distintos grupos y actores sociales imprimen demandas y depositan expectativas que no siempre resultan confortadas por nuestros trabajos. Ello nos recuerda, una vez más, aquello que sostenía William Faulkner en *Requiem para una mujer*. Que “el pasado no ha muerto, ni siquiera ha pasado”.

47 Ver TRAVERSO, Enzo “Memoria, olvido, reconciliación: el uso público del pasado” en CERNADAS Jorge y Daniel LVOVICH (editores) *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*. Buenos Aires, Prometeo Libros/ Universidad Nacional de General Sarmiento, 2010.

48 ZEMON-DAVIS, Natalie “Quien es el dueño de la historia. La profesión del historiador” en *Entrepasados*, N° 14, Buenos Aires, 1998.

## BIBLIOGRAFIA

### Capítulo 1

BENJAMIN, Walter; *Discursos interrumpidos I*. Taurus, Buenos Aires, 1989.  
 \_\_\_\_\_ *Calle de mano única*. Editora Nacional de Madrid, Madrid, 2002.

\_\_\_\_\_ *Libro de los pasajes*. Akal, Madrid, 2005.  
 \_\_\_\_\_ “Sobre la facultad mimética”, en *Conceptos de filosofía de la historia*. Terramar Ediciones, Buenos Aires, 2007.

BUCK-MORSS, Susan; *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. Interzona Editora, Buenos Aires, 2005.

LÖWY, Michel; *Walter Benjamin: Aviso de incendio. Una lectura de las tesis «Sobre el concepto de historia»*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.

MOSÉS, Stéphane; *El ángel de la historia. Rosenzweig, Benjamin, Scholem*. Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Madrid, 1997.

OYARZÚN ROBLES, Pablo; *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*. Universidad ARCIS y LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1995.

REYES MATE, Manuel; *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin «Sobre el concepto de historia»*. Editorial Trotta, Madrid 2006.

SAZBON, José; *Historia y representación*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2002.

SCHOLEM, Gershom; *Walter Benjamin. Historia de una amistad*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

### Capítulo 2

ARICO, José; *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Puntosur; Buenos Aires, 1984.

AAVV; *Gramsci y las ciencias sociales*; Cuadernos de Pasado y Presente N° 19; Córdoba; 1972.

BOGSS, Carl; *El marxismo de Gramsci*. Ed. Premia; México; 1975.

BUCI – GLUCKMANN, Cristine; *Gramsci y el Estado (Hacia una teoría materialista de la filosofía)*. Ed. Siglo XXI, México, 1988.

CERONI, Humberto; *Teoría política y socialismo*. Ed. ERA 1° ed., México, 1976.

GRAMSCI, Antonio; *Notas sobre Maquiavelo. Sobre la política y sobre el Estado moderno*. Ed. Nueva Visión; Traducción y notas: José Aricó; Buenos Aires, 1984.

\_\_\_\_\_ *Pasado y presente*. Ed. Gedisa; Barcelona, 1977.

\_\_\_\_\_ *El Risorgimento*. Ed. Juan Pablos, México, 1986.

\_\_\_\_\_ *Sobre el fascismo*. Prólogo y selección de Enzo Santarelli; Ed. ERA, México, 1979.

\_\_\_\_\_ *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Juan Pablos Editor, México, 1975.

\_\_\_\_\_ *Cuadernos de la cárcel*. Edición Crítica del Instituto Gramsci dirigido por Valentino Guerratana. Ediciones Era/Universidad Autónoma de México, DF, 1999.

PAGGI, Leonardo; *La teoría general del marxismo en Gramsci*. Prólogo a *Escritos políticos (1917 - 1933)*; Ed. Siglo XXI; 4ª edición, México, 1990.

PORTELLI, Hugues; *Gramsci y el bloque histórico*. Ed. Siglo XXI, México, 2003.

PORTANTIERO, Juan Carlos; *Los usos de Gramsci*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1999.

SANTARELLI, Enzo; *Antonio Gramsci. Sobre el fascismo*. "Introducción", Ed. ERA, México, 1979.

### Capítulo 3

BLOCH, Marc; *Introducción a la historia*. FCE, México, 2004.

BURKE, Peter; *Sociología e historia*. Alianza, Madrid, 1980.

\_\_\_\_\_ "La nueva historia socio-cultural" en *Historia Social*, nº 17, Valencia, 1993.

\_\_\_\_\_ *Formas de hacer la historia*. Alianza, Madrid, 1996.

CASANOVA, Julián *La historia social y los historiadores*. Crítica, Barcelona, 2003.

CHACÓN, Francisco; "La revisión de la tradición: prácticas y discurso en la nueva historia social", en *Historia Social*, nº 60, Valencia, 2008.

CHARTIER, Roger; "De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social" en *Historia Social*, nº 17, Valencia, 1993.

DOSSE, François; *La historia: conceptos y escrituras*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2003.

\_\_\_\_\_ *Historia del estructuralismo. Tomo I: El campo del signo, 1945-1966*. Akal, Madrid, 2004.

ELEY, Geoff; "¿El mundo es un texto? De la Historia Social a la Historia de la sociedad dos décadas después", en *Entrepasados*, nº 17, Buenos Aires, 1999.

\_\_\_\_\_ *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Universitat de Valencia, Valencia, 2008.

FEBVRE, Lucien; *Combates por la historia*. Ariel, Barcelona, 1975.

FONTANA, Josep; *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Crítica, Barcelona, 1982.

FOX, Elisabeth y GENOVESE, Eugene; "La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y como sujeto" en *Historia Social*, nº 1, Valencia, 1988.

GISSELBRECHT, André; *Introducción a la obra de Bertold Brecht*. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1958.

\_\_\_\_\_ *Historia Social*, nº 10, Valencia, 1991. Dossier: "¿Qué es la historia social...?"

\_\_\_\_\_ nº 60, Valencia, 2008. Dossier: "¿Qué entendemos hoy por

historia social?"

\_\_\_\_\_ *Historia Social*, nº 69, Valencia, 2011. Dossier: "De la historia cultural a la historia social"

HOBSBAWM, Eric; "De la historia social a la historia de la sociedad" en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998.

KOCKA, Jürgen *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas*, Alfa, Barcelona, 1989.

KOCKA, Jürgen; "Historia social - un concepto relacional", en *Historia Social*, nº 60, Valencia, 2008.

WILLIAMS, Raymond; *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1980.

ZEMON DAVIS, Natalie; "Las formas de la historia social", en *Historia Social*, nº 10, Valencia, primavera-verano 1991.

### Capítulo 4

CASANOVA, Julián; *La historia social y los historiadores*. Crítica, Barcelona, 1991.

DOSSE, François; *Historia del estructuralismo*. Akal, Madrid, 2004, Capítulo 31: «La explosión althusseriana» y Capítulo 38: "La crisis de crecimiento de las Ciencias Sociales".

FONTANA, Josep; *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Crítica, Barcelona, 1982.

HOBSBAWM, Eric; *Sobre la historia*. Crítica, Barcelona, 1998.

KAYE, Harvey; *Los historiadores marxistas británicos. Un estudio introductorio*. Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, 1989.

- MCNALLY, David; "E. P. Thompson: lucha de clases y materialismo histórico", en *Razón y Revolución*, N° 1, Buenos Aires, otoño de 1995.
- MEIKSINS WOOD, Ellen; "El concepto de clase en E. P. Thompson", en *Cuadernos Políticos*, N° 36, México DF, abril-junio de 1983.
- MORADIELLOS, Enrique; *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*. Siglo XXI, Madrid, 2001.
- SAMUEL, Raphael; *Historia Popular y teoría socialista*. Crítica, Barcelona, 1984.
- SAZBÓN, José; "Estructuralismo", en ALTAMIRANO, Carlos (dir) *Términos críticos de Sociología de la Cultura*. Paidós, Buenos Aires, 2002.
- \_\_\_\_\_ "Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson", en *Punto de Vista*, año X, N° 29, Buenos Aires, abril-julio de 1987.
- SCOTT, Joan; *Género e historia*, Capítulo IV "Las mujeres en la formación de la clase obrera en Inglaterra". Fondo de Cultura Económica, México DF, 2008.
- THOMPSON, Edward P.; *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica, Barcelona, 1986.
- \_\_\_\_\_ *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Crítica, Barcelona, 1984.
- \_\_\_\_\_ *Miseria de la teoría*. Crítica, Barcelona, 1981.
- \_\_\_\_\_ "Folklore, antropología e historia social", en *Historia Social*, N° 3, Valencia, invierno de 1989.
- \_\_\_\_\_ "La historia desde abajo", en THOMPSON, Dorothy (comp.), *E. P. Thompson esencial*, Crítica, Barcelona, 2002.

### Capítulo 5

- BARRANCOS, Dora; "Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras" en DEVOTO, Fernando y MADERO, Marta (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad*. Taurus, Buenos Aires, 1999.
- BASSANEZI PINSKY, Carla; "Estudios de Género e História Social" en *Estudios Feministas*, 17, 1, 2009.
- BOCK, Gisela; "La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional", en *Historia Social*, 9, 1991.
- BRAVO, María Celia; "Entre la resistencia y el conflicto social. Imágenes de la mujer trabajadora en el área azucarera de Tucumán (1888-1904)" en

- BRAVO, M.C.; GIL LOZANO, F. y PITA, V. (comps.) *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. EDUNT, Tucumán, 2007.
- CAUFIELD, Sueann; "Getting into trouble: dishonest women, modern girls, and women-men in the Conceptual Language of Vida Policial, 1925-1927", en *Signs*, 19, 1, 1993.
- CHAVERRI, Carmen Murillo; "Masculinidad y cultura del trabajo ferroviario en Costa Rica, 1872-1890", en Eugenia RODRIGUEZ SÁENZ (ed.); *Entre silencios y voces: género e historia en América Central, 1750-1990*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 2000.
- D'ANTONIO, Débora; "Representaciones de género en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-1936" en GIL LOZANO, Fernanda; PITA, Valeria e INI, María Gabriela (dirs.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*. Taurus, Buenos Aires, 2000.
- DA SILVA, Fernando Teixeira; "Valentia e cultura do trabalho na estiva de Santos" en BATALHA, Claudio H. M.; DA SILVA, Fernando T. y FORTES, Alexandre (comps.), *Culturas de Classe*. Editora Unicamp, Campinas, 2004.
- FARNSWORTH-ALVEAR, Ann; "El misterio de los hombres desaparecidos: género y clase en Medellín a comienzos de la era industrial" en *Historia y Sociedad*, 5, 1994.
- \_\_\_\_\_ *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*. Duke University Press, Durham, 2000.
- FRENCH, William; "Masculinidades y clase obrera en el distrito de Hidalgo, Chihuahua" en *Nueva Antropología*, XVII, 2000.
- HALL, Catherine; "The Tale of Samuel and Jemima: Gender and Working Class Culture in Nineteenth-century England" en HARVEY, H.J. y McLELLAND, K. (eds.); *E. P. Thompson: critical perspectives*. Filadelfia, Temple University Press, 1990.
- JAMES, Daniel; *Doña María: historia de vida, memoria e identidad política*. Manantial, Buenos Aires, 2004.
- KELLY, Joan; "¿Tuvieron las Mujeres Renacimiento?" en AMELONG, J. y NASH, M. (comps.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990 [1977].
- KELLY GADOL, Joan; "La relación social entre los sexos: implicaciones metodológicas de la historia de las mujeres" en Carmen RAMOS ESCANDÓN (comp); *Género e Historia*. Instituto Mora/UNAM, México, 1992.
- KLUBOCK, Thomas; "Hombres y mujeres en el Teniente: la construcción



de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951” en Lorena GODOY, (ed.) *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX*. CEDEM, Santiago de Chile, 1995.

LOBATO, Mirta Z.; *La vida en las fábricas. Trabajo, Protesta y Política en una comunidad obrera, Berisso, 1904-1970*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2001.

*Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. EDHASA, Buenos Aires, 2007.

PALERMO, Silvana; “¿Trabajo femenino y protesta masculina? La participación de las mujeres en la gran huelga ferroviaria de 1917” en BRAVO, M.C.; GIL LOZANO, F. y PITA, V. (comps.); *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. EDUNT, Tucumán, 2007.

PALMER, Bryan; “Respuesta a Scott” en *Historia Social*, 4, 1989.

PERROT, Michelle; “Haciendo historia: Las mujeres en Francia” en RAMOS ESCANDON, Carmen (comp.); *Género e Historia*. Instituto Mora/UNAM, México, 1992.

ROCCHI, Fernando; “Concentración de capital, concentración de mujeres. Industria y trabajo femenino en Buenos Aires, 1890-1930” en GIL LOZANO, F.; PITA, V. S. e INI, M. G (dirs.); *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*. Taurus, Buenos Aires, 2000.

SCOTT, Joan W.; “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en AMELONG, J. y NASH, M.; (comps.) *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990 [1986].

SCOTT, Joan W.; “Una respuesta a las críticas”, en *Historia Social*, 4, 1989.

STANSELL, Christine; “Una respuesta a Scott” en *Historia Social*, 4, 1989.

TILLY, Louise; “Genre, histoire des femmes et histoire sociale” en *Gèneses. Sciences Sociales e Histoire*. Vol. 2, 1, 1990.

THOMPSON, E.P.; *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica, Barcelona, 1989 [1963].

THOMPSON, E.P.; *Miseria de la teoría*. Crítica, Barcelona, 1981 [1977].

VARIKAS, Eleni; “Género, experiencia e subjetividad a propósito do desacuerdo Tilly-Scott”, en *Cadernos Pagú*, Nº 3, 1994.

ZEMON DAVIS, Natalie; “Womens History in Transition: The European Case” en *Feminist Studies*, 3, invierno de 1975-1976.

## Capítulo 6

AGAMBEN, Giorgio; *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Pre-textos, Valencia, 2000.

ANUARIO Escuela de Historia, *Historia, memoria y pasado reciente*, Nº 20. UNR, 2da época, 2003/2004. Coedición Escuela de Historia/Homo Sapiens ediciones, Rosario, año 2005.

ARÓSTEGUI, Julio; *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Alianza, Madrid, 2004.

BEDARIDA, François; “Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Nº 20. Madrid, 1998.

CERNADAS, Jorge y Daniel LVOVICH (editores); *Historia, ¿para qué? Revisitas a una vieja pregunta*. Prometeo Libros/ Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, 2010.

CUESTA BUSTILLO, Josefina (editora) *Memoria e historia*. Marcial Pons ed., Madrid, 1998.

da SILVA CATELA, Ludmila y Elizabeth JELIN (comps); *Los archivos de la represión. Documentos, memoria y verdad*. Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2002.

DOSSE, François; *La historia en migajas*. Edicions Alfons El Magnanim, Valencia, 1988.

FRANCO, Marina y Florencia LEVIN; *La Historia Reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2007.

JELIN, Elizabeth; *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI editores, Madrid, 2002.

JOUTARD, Philippe; *Esas voces que nos llegan del pasado*. F.C.E., Buenos Aires, 1999.

NECOECHEA GRACIA, Gerardo y Antonio TORRES MONTENEGRO (comps) *Caminos de historia y memoria en América Latina*. Red Latinoamericana de Historia Oral (RELAHO) e Imago Mundi, Buenos Aires, 2011.

NORA, Pierre; *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Ediciones Trilce, Uruguay, 2008.

PORTELLI, Alessandro; *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*. FCE, Buenos Aires, 2003.

SAMUEL, Raphael; *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Vol 1, Universitat de Valencia, Valencia, 2008.

SCHUTZ, Alfred; *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Paidós, Buenos Aires, 1972.



SCHWARSTEIN, Dora (comp.), *La Historia oral*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.

KOSELLECK, Reinhart; *Futuros pasados. Hacia una semántica de los tiempos históricos*. Editorial Paidós, Barcelona, 1993.

WIEVIORKA, Annette; *L'ère du témoin*. Plon, Paris, 1998.

**Colección Universidad**

**Laura Graciela Rodríguez**

*Católicos, nacionalistas y políticas educativas en la última dictadura (1976-1983)*

**Graciela Agnese**

*Historia de la fiebre hemorrágica argentina  
Imaginario y espacio rural (1963-1990)*

**Martha Ruffini y Luis E. Blacha**

*Burocracia, tecnología y agro en espacios marginales*

**Marcelo Ulloque**

*Asilar a las niñas. La construcción de un espacio de género*

**Mariano Fabris**

*Iglesia y democracia.  
Avatares de la jerarquía católica en la Argentina post-autoritaria (1983-1989)*

**Lorena Rodríguez**

*Resistencias, conflictos, negociaciones.  
El valle Calchaquí desde el periodo prehispánico hasta la actualidad.*

**María Luisa Femenías**

*Sobre sujeto y género.  
(Re) lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*

**Omar Acha y Nicolás Quiroga**

*El hecho maldito.  
Conversaciones para otra historia del peronismo.*

**Inés Elena Sanjurjo de Driollet**

*-compiladora-  
Pequeños espacios ex-céntricos.  
Instituciones, sociedad y economía en la periferia de Mendoza  
(1900-1955)*

Descargue gratuitamente capítulos e índices de estos libros en [www.scribd.com/prohistoria](http://www.scribd.com/prohistoria)